



El resistible ascenso de Abelardo Ui.



Régimen Político



03 El resistible ascenso de Abelardo Uribe.
Francisco Toloza Fuentes



11 El neoliberalismo: ¡a la carga! con “nuevo” presidente en Colombia.
Diego Andrés Guevara Fletcher



18 La política exterior de la “patria milagro” y su subordinación plena a intereses imperiales.
Jairo Estrada Álvarez



27 La “libertad para educar” que privatiza la escuela pública: una crítica a la propuesta educativa del presidente Abelardo Uribe de la Espriella.
María de Fátima Cossio.

Capitalismo Hoy



34 El declive de Estados Unidos.
Claudio Katz



47 Algunas innovadoras lecturas de la obra de Karl Marx. Los trabajos de Kohei Saito. [Primera parte]
Renán Vega Cantor



57 El proyecto pedagógico del neofascismo en clave hispanoamericana.
Sergio De Zubiría Samper



66 El misterio detrás del “tecnofeudalismo”: el neoliberalismo de nuestros días. [Cuarta parte]
José Francisco Puello-Socarrás

Subversiones Intellectuales

Consejo Asesor Internacional: Beatriz Stolowicz (México) | Julio Gambina (Argentina) | Ricardo Antunes (Brasil) | Antonio Elias (Uruguay), Marcello Musto (Canadá) | **Director:** Jairo Estrada Álvarez | **Jefe de Redacción:** Jesús Gualdrón Sandoval

Consejo Editorial: Victor Manuel Moncayo Cruz (q.e.p.d) | Carolina Jiménez Martín | María Teresa Cifuentes Traslaviña
Sergio De Zubiría Samper | Ricardo Sánchez Ángel | Daniel Libreros Caicedo | Jorge Gantiva Silva | José Francisco Puello-Socarrás

El resistible ascenso de Abelardo Ui

Aventuras –preliminares– de un neofascismo dependiente



Francisco Javier Toloza
Docente Departamento de Ciencia Política
Universidad Nacional de Colombia

La genial pluma de Bertolt Brecht pudo elevar a sátira teatral la evitable asunción del nazismo en la Alemania de la entreguerra. En 1941, mientras proyectaba su exilio en Estados Unidos, el dramaturgo logró imaginar el conveniente impulso que los carteles capitalistas podían proporcionar a la barbarie fascista, aunque lo hizo desde el escenario “ficticio” del mundo gansteril de Chicago. Si bien el macartismo impidió que la obra fuera representada hasta 1958, *El resistible ascenso de Arturo Ui* constituye un referente obligado para aproximarse no solo a la figura de Hitler, sino también al fenómeno mismo del surgimiento del fascismo.

Capitalismo en crisis, grandes trust presionando a favor de sus intereses de clase, violentos grupos de choque, decadencia moral de la dirigencia política tradicional y de la democracia liberal, venta de “protección” y seguridad por gánsteres recién formalizados, farsas judiciales contra sus contradictores, la extracción delincriminal de sus protagonistas, el lenguaje político del miedo y la fuerte imposición de simbología sobre las masas, rasgos todos reflejados por Brecht en alusión expresa a la génesis y consolidación del NSDAP¹, se tornan familiares con el reciente proceso político que acaba de poner en la Presidencia de la República a Abelardo de la Espriella. La licencia literaria de Brecht de unir mafia y fascismo gracias a la simbiosis y analogías entre legalidad e ilegalidad parece creada adrede para representar ciertos rasgos de la apuesta fascista en su versión colombiana.

No se pretende en el presente artículo forzar la realidad, ni mucho menos el arte, para hacer calzar a calco y copia de la dramaturgia de Brecht, ni de los denominados fascismos históricos, la (nueva) deriva autoritaria del bloque de poder contrainsurgente en Colombia, pero sí identificar trazos similares e inspiraciones de la reciente –y evitable– ascensión de otro Arturo Ui, puesta al día en la actual crisis capitalista, y aclimatada al trópico de Macondo. Hay que comprender el Tigre, para no asustarse con su cuero, ni creer que es solo de papel.

Bonapartismo, fascismo y neofascismo dependiente

Como es común con la irrupción de supuestos “fenómenos” políticos tipo Abelardo de la Espriella, los opinadores del establecimiento y la ciencia política burguesa vierten sus versiones salpicadas de individualismo metodológico, negación de la lucha de clases y explicaciones casi mágicas, que no solo dispensan responsabilidades estructurales del orden social, sino que terminan endiosando a dichos personajes. Marx logra construir una explicación muy distinta desde su método a la luz del análisis del naufragio de la II República Francesa y del golpe de Estado de Luis Napoleón, en su célebre texto *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*.



¹ Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán (en alemán: Nationalsozialistische Deutsche Arbeiterpartei; abreviado como NSDAP).

Obviamente las peculiaridades histórico-concretas no son trasladables a ninguna otra realidad nacional, pero si las lógicas de la lucha política de clases que se avistaban en la temprana república burguesa: la relativa autonomía de lo político posibilita que, cuando se desborda el control de la democracia liberal, el bloque de poder capitalista recurra a la alternativa contrarrevolucionaria y autoritaria, acudiendo para ello a sectores advenedizos o vinculados a las estructuras coercitivas. A este fenómeno es al que Marx denominará *bonapartismo*, en referencia al emperador francés ungido primero por el sufragio.

Pero el bonapartismo no es una persona, sino una forma de estado de excepción capitalista en crisis hegemónica. No depende del individuo que asuma el rol de Bonaparte –o de Arturo Ui–, sino de una situación específica de correlación de fuerzas en la lucha de clases, en la que una convergencia dominante en el bloque de poder propicia su ascenso. De allí, que Brecht introduzca el adjetivo de “resistible” o “evitable” ya que no se trata de un sino trágico, sino

de acciones e inacciones de los factores reales de poder que imponen esta apuesta contrarrevolucionaria aparentemente autónoma a las estructuras políticas tradicionales.

Durante el presente siglo, el bloque de poder contrainsurgente en Colombia ha recurrido reiteradamente a la opción bonapartista. Inicialmente, con los gobiernos de Uribe Vélez, quien, tras avanzar parcialmente en su funcionalidad para el gran capital, terminó generando tensiones dentro del establecimiento; posteriormente, mediante la búsqueda de supuestos *outsiders* –como en el caso de Rodolfo Hernández–, que no lograron consolidar los consensos necesarios; y, finalmente, mediante la impostura del actual presidente, De la Espriella. Esta recurrencia sistemática a la alternativa bonapartista solo puede comprenderse en el marco de una crisis orgánica sostenida, que no ha logrado ser resuelta ni por administraciones de derecha sin tapujos, ni por las supuestas coaliciones de unidad nacional, ni por la reciente experiencia progresista.



La arriesgada opción del bloque de poder contrainsurgente en Colombia de montarse en la figura del autodenominado Tigre, con la presión imperialista de por medio, recuerda el viejo adagio oriental sobre la imposibilidad de bajarse de felino una vez ensillado. ¿Qué lleva a la oligarquía más estable de América a acudir a ADLE? ¿Dónde quedaron las opciones tradicionales de la inveterada clase política colombiana? ¿Podrán apearse del Tigre, como ya lo hicieron con Uribe?

Ahora bien, la asunción de ADLE no constituye simplemente un bonapartismo en versión macondiana, sino que debe comprenderse en el marco de un proyecto *neofascista dependiente*. No se trata de abundar en epítetos o dejos peyorativos, sino de definir con rigurosidad categorías conceptuales. Retomando el estado del arte sobre el debate actual en torno a la definición de las alternativas globales de ultraderecha, sintetizado por De Zubiría², se sostiene que la categoría de *neofascismos* ofrece la aproximación más acertada, pues permite integrar dialécticamente los rasgos de continuidad y cambio que caracterizan el nuevo momento histórico. Al respecto son válidas también las reflexiones de Kohan³, quien reivindica esta categoría en contravía de otras, a las que considera ambiguas o equívocas, como la de autoritarismos o *posfascismos*.

Los rasgos comunes de la actual oleada de “ultraderecha” con el denominado *fascismo histórico* son bastante evidentes. En primer lugar, ambos constituyen respuestas capitalistas de choque frente a profundas crisis del propio capitalismo (1929 y 2008), posibilitadas por una gran burguesía que aspira a mantener y elevar sus niveles de ganancia y acumulación. En segundo lugar, ambos son proyectos orientados a disputar las masas populares a los sectores revolucionarios y progresistas, en un contexto marcado por una creciente crisis de representatividad de las democracias burguesas. En tercer lugar, los fascistas de ayer y los neofascistas de hoy combinan la participación electoral con diversas formas de violencia política, apoyándose en estructuras de base que, en sentido

estricto, poseen un carácter paramilitar. Finalmente, se trata de doctrinas reaccionarias y anticomunistas que apelan al ideario más conservador y a la batalla cultural e ideológica mediante eficaces aparatos de propaganda, correspondientes a cada época, para insuflar el odio hacia los sectores subalternos y sus proyectos políticos. Su deriva hacia el militarismo y la guerra, así como sus lugares comunes discursivos en torno al patriotismo, el nacional-chauvinismo y los valores tradicionales, constituyen consecuencias lógicas de lo aquí expuesto.

Ahora bien, también resulta necesario identificar los elementos novedosos que se expresan en los neofascismos, entre los cuales puede enmarcarse el proyecto de ADLE: i) la reconfiguración del bloque hegemónico entre distintas facciones del gran capital, marcada por la financiarización, la creciente incidencia de las llamadas *big tech*, el capitalismo de plataformas y otros ámbitos de acumulación, como las zonas de penumbra vinculadas al despojo –los mercados ilegales, para el caso colombiano– o el actual complejo militar-industrial global; ii) las tensiones y disputas en torno a la respuesta capitalista y al tipo de regulación económica que debe adoptarse, que abarcan desde el “libertarismo” de Milei, inspirado en la escuela austriaca, hasta los amagos neoproteccionistas de Trump y de los partidos xenófobos europeos; y iii), a diferencia de las experiencias históricas del siglo XX y en consonancia con las nuevas dinámicas electorales, la pérdida de centralidad de la forma partido, así como de la estructuración formal de milicias, sin que ello implique necesariamente su desaparición, sino su imbricación en una red más compleja y diversificada de propaganda, acción directa, movilización y participación electoral.

² <https://revistaizquierda.com/elecciones-presidenciales-en-colombia-extrema-derecha-o-neofascismo/>

³ Kohan, Néstor, *Nuevas derechas: escuela austriaca y neofascismo*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Amauta Insurgente, 2025.



De otra parte, a diferencia de los arquetipos históricos de fascismo en Alemania e Italia, especialmente, los neofascismos no están acotados a Estados imperialistas en pugna o decadencia. Si bien no constituyen necesariamente un factor novedoso, los proyectos neofascistas dependientes⁴ proliferan en medio de la creciente virulencia de un imperialismo en declive como el estadounidense. De esta manera, en Colombia –como en toda Nuestra América en la actualidad– el neofascismo y las alternativas ultraconservadoras surgen aupadas directamente por la política imperial norteamericana y, muy particularmente, por la opción que condensa el modelo MAGA del binomio Trump-Rubio. No puede comprenderse el cambio del mapa político regional sin esta injerencia directa imperialista, la subordinación estratégica de estos mandatarios y Washington como su principal sustento.

Quien cabalga un tigre

La arriesgada opción del bloque de poder contrainsurgente en Colombia de montarse en la figura del autodenominado Tigre, con la presión imperialista de por medio, recuerda el viejo adagio oriental so-

bre la imposibilidad de bajarse de felino una vez ensillado. ¿Qué lleva a la oligarquía más estable de América a acudir a ADLE? ¿Dónde quedaron las opciones tradicionales de la inveterada clase política colombiana? ¿Podrán apearse del Tigre, como ya lo hicieron con Uribe?

Es claro que De la Espriella no representa ningún proyecto antisistema y que, en todos los aspectos, es funcional al proyecto hegemónico del capital. Sin embargo, los inesperados relevos en la Presidencia tras el Acuerdo de Paz con la guerrilla de las FARC-EP son elocuentes de una ruptura con la “normalidad” del establecimiento y de una sostenida crisis hegemónica. La alternativa progresista fue incapaz de consolidarse como proyecto contrahegemónico, pero también se tornó inviable como opción de recomposición del régimen, lo que profundizó su decadencia y sus contradicciones.

La administración petrista, prisionera del régimen político incluso para llevar adelante sus reformas más moderadas, contribuyó, junto con la intervención directa de EE. UU. y sus agencias en el país, a la

⁴ Sobre el concepto de fascismo dependiente valga recuperar el acercamiento que realizara en su momento Theotonio Dos Santos (1978), “La cuestión del fascismo en América Latina”, y anteriormente el marxista argentino Ernesto Giudici (1938), *Hitler conquista América*.

El resistible ascenso de ADLE, posibilitado por la aquiescencia no solo de Uribe, sino de todos los expresidentes vivos –con la excepción de Samper–, devela con más nitidez que hace un cuarto de siglo la consolidación de la lumpenburguesía colombiana como sector determinante del bloque de poder contrainsurgente y de la geopolítica continental. Lejos de ser un renglón marginal o aislado, la acumulación criminal en el país irriga el conjunto de la economía colombiana configurando un auténtico capitalismo gansteril, que, haciendo una alegoría a la farsa teatral de Brecht, haría palidecer a la mafia de la coliflor.

conformación de una coalición heterogénea de clases dominantes, tanto por su extracción como por sus intereses, que hoy sustenta el proyecto de neofascismo dependiente en el país. Su esencia constituye una respuesta contrarrevolucionaria de choque frente a la crisis hegemónica, que se despliega en cuatro grandes frentes: el militar, el judicial, el económico y el ideológico.

Una disección de la convergencia hegemónica que sustenta la presidencia de ADLE también pareciera inspirada en la obra teatral de Brecht, con gremios, políticos y mafias. Tras la figura de “El Tigre” se alinean sectores del gran capital con posiciones estratégicas en el modelo extractivista y el complejo militar-industrial colombiano; las decadentes oligarquías regionales y nacionales; élites no tradicionales de dudosa reputación en ascenso; el mercenarismo corporativo, legal e ilegal; multinacionales de la fe, con gran arraigo popular y subordinación geopolítica, y la siempre oportunista clase política tradicional.

El resistible ascenso de ADLE, posibilitado por la aquiescencia no solo de Uribe, sino de todos los expresidentes vivos –con la excepción de Samper–, devela con más nitidez que hace un cuarto de siglo la consolidación de la lumpenburguesía⁵ colombiana como sector determinante del bloque de poder contrainsurgente y de la geopolítica continental. Lejos de ser un renglón marginal o aislado, la acumulación criminal en el país irriga el conjunto de la economía colombiana configurando un auténtico capitalismo gansteril, que, haciendo una alegoría a la farsa teatral de Brecht, haría palidecer a la mafia de la coliflor.

Como se ha expuesto en otros textos⁶, la DEA estadounidense, entidad ante la cual el actual presidente fue mediador en numerosos acuerdos de colaboración de sus defendidos, viene cumpliendo un papel de regulación del mercado capitalista criminal del narcotráfico, convirtiéndose así en una auténtica autoridad con poder coercitivo y decisorio sobre buena parte del bloque hegemónico en Colombia. Es en este padrinazgo imperial y en su inmersión en la zona de penumbra de la acumulación, vital para el capitalismo colombiano, donde reside el factor determinante de nuestro Arturo Ui, y no en sus capacidades individuales.



⁵ <https://revistaizquierda.com/lumpenburguesia-y-capitalismo-gangsteril-en-colombia/>

⁶ <https://revistaizquierda.com/imperialismo-narcotizado-la-conflictiva-decadencia-hegemonica-estadounidense-en-nuestra-america/>

Queda, no obstante, el interrogante sobre la posibilidad de una convivencia armónica de una convergencia tan heterogénea, unida por un trumpismo por obligación y un antipetrismo de vocación. La primera variable puede verse afectada por las dinámicas propias de la disputa política estadounidense, en medio de las elecciones del próximo mes de noviembre, y por el pulso internacional de la Casa Blanca más allá de Nuestra América, especialmente en Oriente Medio. El segundo factor tiende a resultar insuficiente si no se logran conciliar los intereses particulares y corporativos de partidos, liderazgos políticos, grupos empresariales, bases claramente fanatizadas y la infame figura presidencial.

Frentes del neofascismo dependiente y resistencias antifascista

El plan de choque del nuevo gobierno en su accidentado inicio se asoma en cuatro grandes áreas, que de tajo se convierten en dimensiones para la resistencia antifascista.

En primer lugar, dado su marcado carácter dependiente, ADLE ha profundizado la cesión de la soberanía territorial en el plano militar. La entrega de Medellín como sede del Escudo de las Américas; la incorporación del país a la denominada Alianza contra los Carteles; el anuncio, desde el Pentágono, de “operaciones conjuntas” en territorio nacional, sin siquiera informar al Congreso; el supuesto Plan Patriota 2.0, aunados al mantenimiento inalterado de la sujeción militar a EE. UU. durante el cuatrienio progresista, consuman de facto no ya una “invasión por invitación”, sino una auténtica colonia bélica, lo que representa un grave riesgo para la paz regional.

A riesgo de redundar, detrás del vacío discurso antinarcóticos y antiterrorista se configura una clara apuesta por el control territorial de recursos estra-

tégicos y por la subordinación militar de la Fuerza Pública colombiana, con el propósito de profundizar su labor contrainsurgente contra la población civil. Esta orientación se afianza, además, con la reanudación de relaciones con el Estado de Israel y el papel nefasto del sionismo en el sector de seguridad y defensa del país. No es gratuito que Rubio, en su cumbre anticomunista, haya declarado organización terrorista al antifascismo. Si el neofascismo es guerra e imperialismo, hoy la lucha por la paz en Colombia y Nuestra América es antifascista y antimperialista.

En segundo lugar, se configura una versión santanderista de las farsas judiciales de Roland Freisler, no sin cierta inspiración en el chantaje asociado a los delitos de Hindenburg. Se trata de una guerra jurídica o *lawfare* contra el progresismo que dejó el gobierno y contra toda oposición al neofascismo, tanto en Colombia como en EE. UU., tal como lo anunciara el propio presidente, quien prefiere litigar y presentar denuncias en su (otra) patria.

Detrás del negocio de las megacárceles se vislumbra toda una oleada de criminalización del movimiento social, negación del delito político, punitivismo de todo tipo, aporofobia y persecución del pensamiento crítico, que se profundizará una vez ADLE presente su terna para la Fiscalía y tenga control sobre dicha institución. La defensa de los derechos humanos vuelve a ponerse en el orden del día como clásica consigna democrática y antifascista.

El tercer frente del capital será el enésimo apretón fiscal, facilitado por las facultades especiales que se invocan a partir del trágico terremoto en el occidente del país. No más impuestos para los grandes capitales, pero ampliación de la base gravable para la población en general; recortes draconianos de la nómina estatal que tendrán efectos nocivos en la demanda y el conjunto de la economía; impostura del *fracking* y

Una disección de la convergencia hegemónica que sustenta la presidencia de ADLE también pareciera inspirada en la obra teatral de Brecht, con gremios, políticos y mafias. Tras la figura de “El Tigre” se alinean sectores del gran capital con posiciones estratégicas en el modelo extractivista y el complejo militar-industrial colombiano; las decadentes oligarquías regionales y nacionales; élites no tradicionales de dudosa reputación en ascenso; el mercenarismo corporativo, legal e ilegal; multinacionales de la fe, con gran arraigo popular y subordinación geopolítica, y la siempre oportunista clase política tradicional.



demás políticas extractivistas, no sin conflictos con las comunidades en los territorios. Sin duda, la opción “libertaria” del vicepresidente Restrepo pronto se encontrará con el muro arancelario de Trump, la tozudez geopolítica de su fanático canciller que desestima a los BRICS u otros mercados, y los límites estructurales de un gasto público inflexible por la hipertrofia del aparato de guerra estatal. Claramente el ingente déficit fiscal y el crecimiento de la deuda pública que recibe ADLE, no son producto esencial del gobierno Petro sino de más de treinta años de neoliberalismo y financiarización de las finanzas públicas. En este aspecto, la lucha de los movimientos sociales será determinante para resistir a un ajuste económico inspirado en las fracasadas reformas de Milei.

Finalmente, y como muestra palmaria de la estirpe neofascista del nuevo gobierno, este anuncia la “batalla cultural”. A los nombramientos en los Ministerios de Cultura y Educación de fanáticos de la más recalcitrante ideología de derecha se suma una añoranza de refundación nacional, inspirada en la ultraconservadora Regeneración de Núñez y Caro, que propugna el retorno a un Estado confesional, con inclusión del protestantismo y el judaísmo prosionistas, entremezclado con medidas cosméticas de supuesta descentralización y campañas publicitarias de un presidente “antipolítico”.

Aunque, efectivamente, habrá debates ideológicos, revisionismo y negacionismo histórico, así como promoción de censuras oficiales, la cruzada neofascista no es asimilable a las viejas inquisiciones. En este acápite asoman sus aspectos novedosos, con dinámicas propias de lo que ya se denomina *tecnofascismo*⁷: el empobrecimiento y la reducción del campo político mediante controles algorítmicos; la promoción de la *manósfera* para el reclutamiento de jóvenes en ideologías reaccionarias contra las mujeres, y el uso intensivo y extensivo de nuevas tecnologías y redes sociales, en una perspectiva goebbeliana orientada a fabricar una posverdad que se torna indistinguible de los hechos reales. No obstante, la batalla cultural no descarta la recurrencia a los tradicionales grupos de choque, que reivindican la acción violenta como parte de su pedagogía neofascista. Nuevamente, aquí será central el papel de la educación y la cultura antifascistas en la resistencia a los aparatos ideológicos, viejos y nuevos.

En resumen, ante todos estos frentes de lucha contra el neofascismo en pleno siglo XXI, se puede recitar a Brecht:

*General, el hombre es muy útil.
Puede volar y puede matar.
Pero tiene un defecto:
puede pensar.*

⁷ DI CESARE, Donatella. Tecnofascismo. PAIDOS. 2026

El Neoliberalismo: ¡A la carga! con “nuevo” presidente en Colombia



Diego Andrés Guevara Fletcher

Economista

Doctor en Ciencias Sociales, FLACSO

Profesor Titular ESAP

Diego.guevara@esap.edu.co

Sin detenernos en el recorrido histórico de los distintos gobiernos, ya fueran de orientación liberal, conservadora, progresista o producto de diversas combinaciones y reconfiguraciones ideológicas entre estas corrientes, es posible advertir que, con matices y distintos grados de intensidad, todos contribuyeron a la consolidación del Estado neoliberal en Colombia.

La defensa de la propiedad privada, el fomento de la pequeña y mediana empresa, la consolidación de un sistema estatal de seguridad robusto, así como el propósito de preservar los privilegios de la Iglesia católica, los terratenientes y las Fuerzas Militares, también se reflejaron en otras posturas políticas, como la sostenida por el Partido Conservador entre los siglos XIX y XX.

Pese a las diversas formas de intervencionismo económico y de control estatal, la transición del liberalismo al neoliberalismo constituyó un proceso gradual, en el cual los principios del liberalismo clásico fueron reformulados para responder a las transformaciones del capitalismo, especialmente tras la crisis del Estado de bienestar y el agotamiento del paradigma keynesiano durante la década de 1970.

Al finalizar el siglo XX, Colombia experimentó importantes transformaciones en el ámbito político que repercutieron en las condiciones económicas, sociales e, incluso, ambientales. Entre ellas se destacan las reformas constitucionales; la inserción del país en la oleada neoliberal de la globalización; la creciente alineación y dependencia de la política

económica respecto de organismos financieros internacionales –como el FMI, el Banco Mundial (BM) y el Banco Interamericano de Desarrollo (BID)–, así como el incremento del endeudamiento y la persistencia de los déficits fiscales, entre otros fenómenos.



Sin detenernos en el recorrido histórico de los distintos gobiernos, ya fueran de orientación liberal, conservadora, progresista o producto de diversas combinaciones y reconfiguraciones ideológicas entre estas corrientes, es posible advertir que, con matices y distintos grados de intensidad, todos contribuyeron a la consolidación del Estado neoliberal en Colombia. Pese a las diversas formas de intervencionismo económico y de control estatal, la transición del liberalismo al neoliberalismo constituyó un proceso gradual, en el cual los principios del liberalismo clásico fueron reformulados para responder a las transformaciones del capitalismo, especialmente tras la crisis del Estado de bienestar y el agotamiento del paradigma keynesiano durante la década de 1970.

Estas transformaciones propiciaron la profundización del neoliberalismo. En consecuencia, este modelo nunca desapareció. Por el contrario, permaneció activo, preservando los principios que lo sustentan: la concepción de un Estado fuerte, aunque subordinado a las necesidades del mercado y a los intereses del capital; el predominio de la acumulación incesante de ganancias; y la notable capacidad discursiva y de adaptación de este ideario, entre sus rasgos más característicos.

Un ejemplo que merece especial atención son los lineamientos del denominado *Disenso de Washington* (tabla N.º 1), conjunto de políticas económicas cuyo eje central consiste en “reducir la pobreza y promover una mayor equidad”, aunque “sin sacrificar el crecimiento”. Tales lineamientos pueden identificarse en diversos planes, programas y acciones implementados desde el gobierno de Álvaro Uribe Vélez, iniciado en 2002, y que, al parecer, continúan vigentes. A continuación, analizaremos algunas de estas políticas desde la perspectiva de la política económica y social en el nuevo gobierno colombiano. (Ver Tabla No. 1)

El gobierno de Abelardo de la Espriella: el neoliberalismo recargado

Hace cuatro años, el gobierno de Gustavo Petro Urrego –denominado “progresista” y que, desde determinadas perspectivas, podría considerarse otra variante del neoliberalismo, en la medida en que no desinstitucionalizó la matriz de este modelo– ganó las elecciones presidenciales con una diferencia ligeramente superior a

Tabla No. 1
Propuestas del Disenso de Washington: objetivos de programa de gobierno y actividades

Disenso de Washington. Programas de actuación	Objetivos programa de Gobierno	Actividades, planes y acciones
1. Disciplina fiscal reglamentada	1.1 Crecimiento Económico	1.1.1 Ajuste fiscal para promover el crecimiento y el empleo; cumplimiento de las metas de déficit fiscal e incremento de la inversión extranjera.
	1.2 Seguridad Democrática	1.2.1 Incremento del gasto en seguridad y fortalecimiento de los mecanismos de protección ciudadana.
	1. Renovación de la Administración Pública	1.3.1 Reorganización de la administración pública con criterios de austeridad y eficiencia; eliminación de prácticas clientelistas y de la corrupción.
2. Atemperar las expansiones y contracciones del mercado	2.1 Infraestructura	2.1.1 Particularmente en vías, aeropuertos y proyectos de navegabilidad, entre otros.
	2.2 Confianza inversionista	2.2.1 Implementar medidas tributarias que favorezcan sectores como el de hidrocarburos y otras actividades extractivas.
	2.3 Política fiscal para atemperar los efectos del gasto público a través de fondos de estabilización	2.3.1 Fondo de ahorro y estabilización de los ingresos petroleros; Fondo de Estabilización de Precios de los Combustibles.
3. Redes automáticas de protección	3.1 Promoción social a través de la protección de pérdidas de ingresos	3.1.1 Transferencias monetarias condicionadas y otras
4. Escuela también para los pobres	4.1 Mayor y mejor educación reduce la brecha de ingresos de los hogares	4.1.1 Programa Alianzas; capacitación y formación de capital humano.
5. Gravar a los ricos y gastar más en los demás	5.1 Reformas tributarias progresivas. Más ciudadanos contribuyentes	5.1.1 Reformas tributarias
6. Dar oportunidades para la pequeña empresa.	6.1 Fomento de crédito y emprendimiento para disminuir la brecha de ingresos y evadir la pobreza	6.1.1 Fondo colombiano de modernización y desarrollo tecnológico de las micro, pequeñas y medianas empresas; Apoyo a la microempresa rural; Incubadora de empresas de base tecnológica; Mujeres cabeza de familias microempresarias.
7. Reforzar los derechos de los trabajadores	7.1 Empleos remunerados y productivos para aumentar la equidad el nivel de ingresos y disminuir la pobreza	7.1.1 Atención al desempleado: sistema de protección al cesante y programas de capacitación para la inserción laboral.
8. Sanear el mercado de tierras	8.1 Ciudades amables	8.1.1 Disponibilidad de tierras urbanas; dinamización de los mercados, mejorar la calidad de vida mediante desarrollos urbanos: vivienda, agua potable, saneamiento básico y transporte.
	8.2 Tierras rurales	8.2.1 Programas: Manejo social del Campo; Programa de recuperación de tierras.
9. Servicios públicos al servicio de los consumidores	9.1 Proveer servicios públicos confiables y administrados con transparencia. Regulación e información al consumidor	9.1.1 Manejo social de los servicios públicos en materia de regulación e información al consumidor.

Fuente: Autor con base en Birdsall y de la Torre (2001)



tres puntos porcentuales (50,44 % frente al 47,31 % obtenido por Rodolfo Hernández). Este último fue presentado como un *outsider* de la política, aunque posteriormente fue declarado culpable y condenado por el delito de interés indebido en la celebración de contratos, cometido durante su gestión como alcalde de Bucaramanga.

Los analistas políticos, al parecer, no supieron interpretar las condiciones que conducirían al escenario político de cuatro años después. Como es de conocimiento público, el actual presidente de Colombia, Abelardo de la Espriella, es un abogado con escasa experiencia en la administración de los asuntos del Estado. Su campaña se articuló alrededor de consignas centradas, principalmente, en el fortalecimiento de la seguridad ciudadana mediante el respaldo a la Fuerza Pública, la promesa de una política de “mano dura”

contra el narcotráfico y los grupos delincuenciales, así como en propuestas tributarias orientadas a reducir los impuestos al gran capital.

Asimismo, ha planteado, de manera general, la adopción de regulaciones destinadas a fortalecer la inversión privada; reformas institucionales dirigidas a eliminar diversas agencias y entidades calificadas como “burocráticas” o “clientelares”; la reducción del déficit fiscal; y el impulso del sector minero-energético mediante la expansión de la explotación de petróleo, gas y otros minerales. En este último aspecto, respalda abiertamente el modelo del denominado *neoliberalismo energético*, incluyendo el uso del *fracking*.

Estas iniciativas, comparadas con las expuestas en la Tabla N.º 1, permiten concluir que constituyen, en esencia, una reedición de políticas económicas y socia-

les implementadas previamente durante los gobiernos de Álvaro Uribe Vélez, Juan Manuel Santos y, especialmente, de Iván Duque Márquez. A continuación, examinaremos algunos de estos antecedentes.

Por ejemplo, durante el gobierno de Álvaro Uribe Vélez, bajo la premisa de la “seguridad democrática”, se planteó que esta constituía una estrategia fundamental para garantizar la disciplina fiscal y una fuente permanente de ingresos para el Estado. En esa perspectiva, los ajustes fiscales deberían traducirse en mayores aportes al PIB y en la generación de empleo. En esta dirección, el incremento del gasto público se concentró en el fortalecimiento de las fuerzas militares, hasta alcanzar un gasto en seguridad equivalente al 4,7 % del PIB.

En relación con las cifras de inversión extranjera, en su momento la

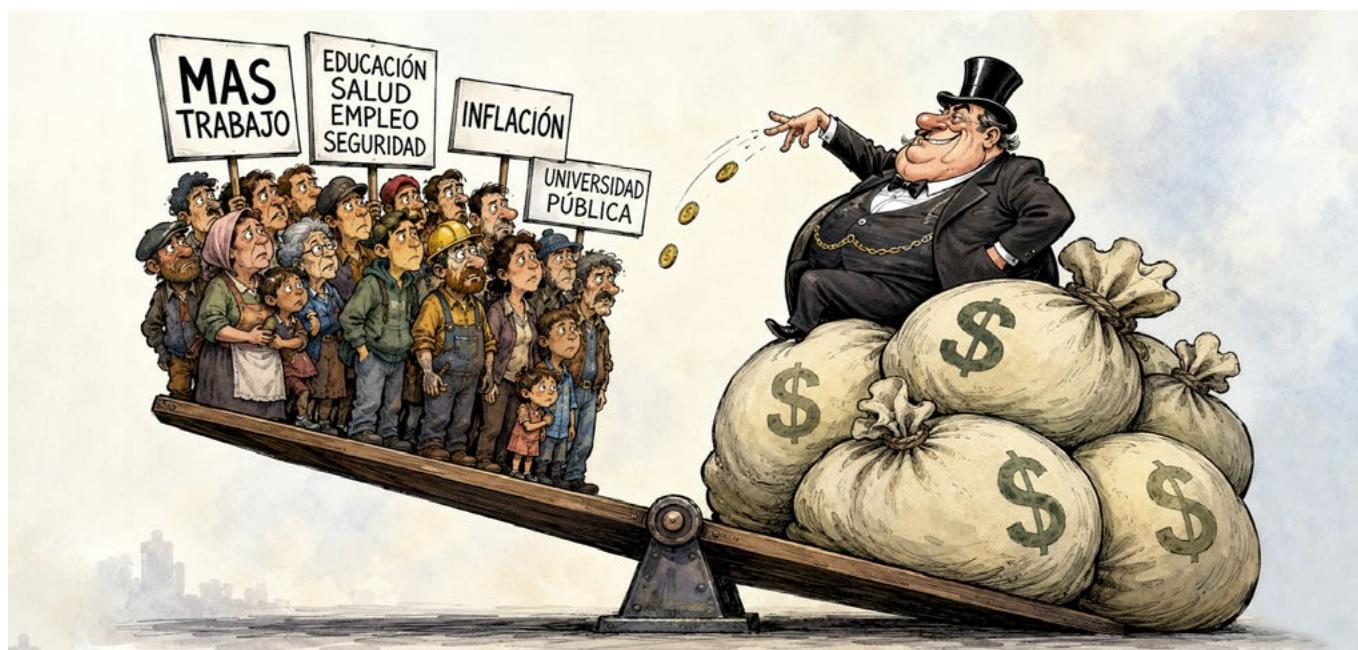
Quizá lo más preocupante de la discusión es que no parece presentarse una propuesta sustancialmente nueva en el gobierno entrante. Se observa, más bien, el reciclaje de viejas fórmulas y posturas que ya han demostrado limitaciones, ahora presentadas bajo eslóganes populistas, simplificadores y de escasa innovación, como el de “la patria milagro”. Esta situación evidencia, una vez más, las profundas debilidades en la formación histórica y en la educación política ciudadana de amplios sectores de la sociedad colombiana.

Revista Dinero señaló: “La Inversión Extranjera Directa (IED) creció casi cuatro veces en la era Uribe, al pasar de US\$2.134 millones en 2002 a US\$7.201 millones en 2009. Se esperaba que en 2010 llegara a US\$10.000 millones. La expansión de la inversión se concentró en petróleo, donde aumentó de US\$449 millones a US\$4.568 millones, y en minas y canteras, donde pasó de US\$466 millones a US\$3.089 millones. El crecimiento de la IED en los demás sectores fue de apenas US\$1.000 millones en ese mismo periodo” (*Dinero*, 2010).

En cuanto al punto de disenso del Consenso de Washington, relacionado con la propuesta de “gravar a los ricos y gastar en los demás”, durante este gobierno se realizaron cuatro reformas tributarias, todas orientadas a la creación de nuevos impuestos. Con ello se buscaba responder a la idea de que los “...gobiernos democráticos de la región deben hacer un esfuerzo para que sus regímenes tributarios sean visiblemente más ‘justos’. Elevar el nivel de ingreso personal sujeto a gravamen podría llevar a un aumento significativo de la recaudación...” (énfasis propio, Birdsall & de la Torre, 2001, pp. 38-39).

Estas medidas fueron justificadas bajo el argumento de que el nivel de deuda heredado de los gobiernos anteriores era insostenible, al alcanzar el 54 % del PIB, cuando apenas un lustro atrás era inferior al 30 %. Como consecuencia de este deterioro fiscal, Colombia perdió su grado de inversión.

Durante el gobierno de Juan Manuel Santos Calderón, la denominada “Locomotora minero-energética” se constituyó en una política económica sustentada, en gran medida, en la inversión extranjera directa y en la exportación de materias primas como petróleo, carbón y otros minerales. No obstante, las “locomotoras” del crecimiento durante el periodo 2010-2018 no registraron incrementos significativos, a pesar del buen desempeño de sectores minero-energéticos como los hidrocarburos, favorecidos por los altos precios internacionales. Resultó preocupante el aumento de las importaciones, que alcanzaron un crecimiento del 26 %. A ello se sumó el elevado nivel de endeudamiento del país. En este



sentido, si bien hubo crecimiento económico, este estuvo acompañado por un incremento de la deuda pública. La deuda como porcentaje del PIB aumentó un 26 %. Del total de la deuda, el 54 % correspondió a bonos, principalmente TES, y el 15 % a créditos con organismos internacionales como el BIRF y el BID.

Durante este gobierno se aprobaron cuatro reformas tributarias – Leyes 1430, 1607, 1739 y 1819–, que permitieron recaudar un total de \$25,6 billones; sin embargo, estos recursos resultaron insuficientes para cerrar el déficit fiscal.

Las estrategias para reducir la pobreza y la vulnerabilidad social se concentraron en el programa

“Red Unidos”, una continuidad del programa implementado durante el gobierno de Uribe Vélez denominado “Red Juntos”. Este modelo focalizó el acceso a la oferta social en áreas como salud, educación, vivienda y empleo. No obstante, algunos indicadores reflejan resultados limitados. Por ejemplo, Colombia pasó en el Índice de Desarrollo Humano (IDH) del puesto 79 al 98 en 2017, lo que significó un descenso de 19 posiciones en este ranking internacional.

En cuanto al coeficiente de Gini urbano, este presentó una reducción marginal: pasó de 0,546 en 2002 a 0,533 en 2010, una disminución de apenas 0,013 puntos. Por su parte, el IDH ajustado por

desigualdad –que incorpora los efectos de la distribución desigual del desarrollo humano dentro de un país– alcanzó en 2017 un valor de 0,571, con una pérdida del 23,6 %. Aunque este indicador mostró resultados relativamente favorables frente a otros países de la región como Perú, Ecuador, Panamá y México, evidenció la persistencia de profundas desigualdades estructurales.

Durante el gobierno de Iván Duque Márquez (2018-2022) continuaron, en buena medida, los mismos lineamientos de política económica y social promovidos por su mentor político, el expresidente Uribe Vélez, los cuales se resumen en la siguiente tabla:

Tabla N.º 2
Metas propuestas y resultados del gobierno de Iván Duque 2018-2022

Metas proyectadas en el gobierno de Iván Duque 2018-2022	Cumplimiento	Resultados al año 2022
1. Reducir el índice de pobreza rural del 36 % al 28,9 % en 2022.	Sí	El índice de pobreza rural llegó al 23,3 %.*
2. Reducir el índice de pobreza extrema rural del 15,4 % al 9,9 %.	No	El índice de pobreza extrema rural alcanzó el 23,3 %.*
3. Pilar de equidad: incorporar 500.000 nuevos estudiantes en instituciones de educación superior.	No	El número de nuevos estudiantes en las IES aumentó en 25.861, equivalente a un crecimiento del 1 %.**
4. Sacar de la pobreza a 1,5 millones de personas y reducir la pobreza multidimensional en 2,5 millones de personas.	Sí	La pobreza multidimensional se redujo en 6,7 puntos porcentuales, mientras que la pobreza monetaria disminuyó en 13 puntos porcentuales.*
5. Generar 1,6 millones de empleos	No	La tasa de desempleo pasó del 10,8 % al 11,2 %.*
6. Disminuir la tasa de homicidios	No	La tasa de homicidios pasó de 23,88 a 25,27 por cada cien mil habitantes.***
7. Disminuir los cultivos de coca	No	Los cultivos de coca aumentaron en 60.000 hectáreas.****

Fuente: *Dane; **SNIES; ***Policía Nacional; ****UNODC



En el argot popular existe un adagio ampliamente conocido en nuestro país: “En el desayuno se sabe cómo será el almuerzo”. Jugando con la futurología, disciplina en la que los economistas solemos incursionar con frecuencia, es posible anticipar algunos escenarios para estos cuatro años: un eventual mejoramiento de los indicadores fundamentales de la economía, como el PIB, la inversión extranjera e incluso la inflación. Sin embargo, este posible desempeño económico podría estar acompañado de costos sociales expresados en indicadores como la desigualdad, la educación y la salud, entre otros. En otras palabras, podría consolidarse una priorización de la economía de mercado sobre las dimensiones sociales del desarrollo.

Quizá lo más preocupante de la discusión es que no parece presentarse una propuesta sustancialmente nueva en el gobierno entrante. Se observa, más bien, el reciclaje de viejas fórmulas y posturas que ya han demostrado limitaciones, ahora presentadas bajo eslóganes populistas, simplificadores y de escasa innovación, como el de “la patria milagro”. Esta situación evidencia, una vez más, las profundas debilidades en la formación histórica y en la educación política ciudadana de amplios sectores de la sociedad colombiana.

Referencias bibliográficas

- Barba, C. (2004). Los enfoques latinoamericanos sobre la política social: más allá del Consenso de Washington. *Espiral*, 11(31), 85-130.
- Birdsall, & de la Torre, A. (2001) El Disenso de Washington: Políticas económicas en pro de la equidad social en América Latina. Fondo Carnegie para la paz Internacional y Diálogo Interamericano.
- Dinero, R. (2010). La economía que deja Uribe: Promesas Vs. Avances. *Revista Dinero*.
- Estrada Álvarez, J. (2006). “Las reformas estructurales y la construcción del orden neoliberal en Colombia”. En A. Ceceña (comp.), *Los desafíos de las emancipaciones en un contexto militarizado*. Buenos Aires: CLACSO.
- Guevara D.A. (2025). *Cambio de piel mismo espíritu. (Re) Consolidación del modelo neoliberal en Colombia*. [Manuscrito de libro no publicado]
- Puello-Socarrás J. F. (2020). “Nuevo neoliberalismo. Arquitectónica estatal en el capitalismo del siglo XXI”, en AA.VV. *Anuario de estudios políticos*, no. 6. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia & Clacso. ISBN 2339-4889, pp. 29-62.

La política exterior de la “patria milagro” y su subordinación plena a intereses imperiales



Jairo Estrada Álvarez

Profesor del Departamento de Ciencia Política
Universidad Nacional de Colombia

No ha sido necesario ejercer presión por parte de la potencia imperial. Tampoco simular, como en el pasado, la existencia de planes propios que requieren de apoyo. La anunciada “patria milagro” no es otra que la que asume, por “voluntad propia” y “soberana”, la condición de Estado vasallo. El gobernante y su equipo no solo se comportan como súbditos, sino que se sienten orgullosos de su vasallaje y de cumplir una función amplificadora en la región, de caja de resonancia, a fin de reforzar esa posición.

Ha iniciado un nuevo cuatrienio presidencial que da continuidad a los aspectos sustantivos propios del régimen de democracia gobernable de excepción que impera en el país desde la Constitución de 1991. Los cambios de acento observados durante el gobierno de Gustavo Petro dieron cuenta de un “giro progresista” transitorio, pero no fueron suficientes para afectar los fundamentos estructurales de dicho régimen; tampoco para incidir de manera significativa sobre sus condiciones de reproducción. Se terminó imponiendo la ya contemplada alternancia; en esta ocasión, con la llegada al gobierno de un proyecto político reaccionario y de ultraderecha que se autodefine como de la “patria milagro”.

No hay aún elementos de juicio suficientemente consolidados para formular una caracterización rigurosa del gobierno que inicia en el campo del que se ocupa este texto: la política exterior. Por tal razón, los referentes de análisis se encuentran en las declaraciones de campaña, en los anuncios posteriores a la elección y en el minúsculo discurso de posesión presidencial; también, en las manifestaciones de adhesión al pensamiento y a las políticas de ultraderecha y de corte fascista, particularmente las del gobierno de Donald Trump, así como en las identidades con otros gobiernos de la región que comparten la misma ideología.

Rasgos generales de la política exterior

En la cartilla *El nuevo gobierno de Colombia. Patria Milagro. Inicia un nuevo capítulo para Colombia*, que se entregó a los asistentes nacionales e internacionales al acto de posesión presidencial, en la parte de “Colombia en el mundo”, se anuncia que “Colombia se proyecta en el mundo con una diplomacia seria, moderna y orientada a la defensa de sus intereses. Fortaleceremos la cooperación, promovemos el comercio, impulsamos la inversión y abrimos nuevas oportunidades para las regiones y los colombianos”; y se describen cuatro lineamientos: “diplomacia al servicio del país”, “cooperación internacional”, “comercio e inversión”, “liderazgo regional”. Asimismo, se habla de “una nación que dialoga con el mundo, defiende su soberanía y construye puentes de cooperación”.

Esos enunciados, que parecen neutros y propios de cualquier gobierno, esconden de manera deliberada la marcada ideologización reaccionaria y de ul-

traderecha que caracterizará la política exterior y la diplomacia de la “patria milagro”. La práctica de la falsificación de la realidad y la instalación de realidades paralelas construidas con los dispositivos que brinda el capitalismo digital es asunto ya probado con éxito en la campaña electoral, que hará parte de las prácticas continuas del cuatrienio que inicia, incluida la política exterior.

Al despojar tales enunciados del oscuro velo que los cubre, aparecen los rasgos que, en realidad, caracterizarán la política exterior y la diplomacia, todos ellos entrelazados e interrelacionados: el anticomunismo; el fanatismo religioso; el racismo; la subordinación plena e irrestricta a los intereses de los Estados Unidos, y el estímulo a la acumulación capitalista transnacional.

Tales rasgos son concordantes, por una parte, con la ideología del nuevo gobernante y su equipo y, sobre todo, con los intereses del consenso de clase que representa (en sus diferentes expresiones) y que lo llevó a la primera magistratura para detener una posible continuidad del progresismo, definido por la ultraderecha como una «amenaza comunista», por cierto, contra toda evidencia histórico-concreta. Por la otra, con las tendencias de los proyectos políticos de la ultraderecha mundial y de la región, muchos de ellos ya en el gobierno, que cooperan y actúan de manera unificada con los recursos que brindan el *tecnocapitalismo* y la oligarquía digital para imponer, a escala planetaria, sus proyectos de ajuste al orden social capitalista y de renovación de sus condiciones de reproducción, con énfasis en la construcción de una nueva hegemonía que debe emerger en medio de su “guerra cultural”.

El anticomunismo y el fanatismo religioso son rasgos que fácilmente se juntan, pues el primero es visto como la encarnación del mal en todas las expresiones imaginables y como manifestación corrosiva de los principios fundantes de la sociedad occidental y de su «orden democrático» (judeocristianismo, libertad individual, propiedad privada, tradición, familia), según como los concibe el pensamiento de ultraderecha. En el segundo se encuentra el antídoto. En este caso, se trata de posicionar la idea de un pretendido origen divino de la cruzada que se emprenderá para derrotar al comunismo maligno y de que los pasos por seguir están guiados por Cristo Rey en la construcción de la «patria milagro».

Además de la notoria ideologización de ultraderecha de la política exterior, es evidente que su inspiración se encuentra igualmente en el estímulo a la acumulación capitalista en sus diversas modalidades. La subordinación a los intereses de los Estados Unidos va de la mano de la generación de mejores condiciones para el acceso a recursos estratégicos a través de la inversión extranjera y la protección de dichas inversiones. En esa dirección deben comprenderse las disposiciones en curso para reactivar la locomotora extractivista.

La designación del ministro de Relaciones Exteriores, Omar Bula Escobar, y del embajador ante la OEA, Alejandro Ordoñez, son los primeros ejemplos suficientemente ilustrativos del sello que se le imprimirá a la política exterior. Las posturas ideológicas de ambos así lo indican. Me detengo brevemente en el primero, pues el segundo es suficientemente conocido.

Bula, ultraconservador y ultraderechista, "cristiano" y "pro-Occidente", con una borrosa trayectoria diplomática internacional y presunta experticia en geopolítica, sostiene la tesis de una "guerra cultural" a escala mundial para enfrentar la amenaza contra la "identidad nacional" –por lo que se le define como "soberanista"– que representa el globalismo promovido por la ONU y el *wokismo*. Asimismo, contempla la existencia de un "eje del mal" moderno en el que confluirían China y Rusia, el extremismo islámico y regímenes totalitarios, articulándose con el crimen transnacional, incluido el narcotráfico, para amenazar los valores occidentales y desestabilizar el "orden democrático" en la región. El progresismo, con sus discursos globalistas –incluido el ambientalismo extremo– e ideológicos de género, adelantaría, en el nivel interno, propósitos desestructuradores de la identidad histórica, que sería esencialmente hispánica y cristiana. Desde ese entendimiento, se considera a los Estados Unidos e Israel como los baluartes y estandartes que ejercen el liderazgo en esa cruzada contra el mal. Donald Trump es definido como "salvador de Occidente" y el "hombre más poderoso del planeta".

Dada esa concepción, plenamente coincidente con las posturas del actual presidente, expresadas en diversos escenarios, no es difícil comprender la subordinación –no el alineamiento– declarada frente a la

política exterior de los Estados Unidos y la asunción plena de su estrategia como propia; a ello se agrega la inusual e inaceptable condición de la nacionalidad estadounidense del presidente, quien ha juramentado defender, por encima de todo, los intereses de la potencia imperial.

A lo largo de la historia republicana, las clases dominantes colombianas y sus gobiernos han estado subordinados a potencias extranjeras. Desde 1914, cuando formalmente se diseñó la política del *respice polum* y, luego, cuando se elevó a doctrina oficial entre 1918 y 1921, durante el gobierno de Marco Fidel Suárez, la política exterior del Estado colombiano se ha encontrado sometida, sin restricción alguna, a los designios de la potencia imperial. Durante el cuatrienio del gobierno progresista hubo cambios transitorios de enfoque, con tintes de soberanía y desencuentros y contradicciones en escenarios internacionales, como se expresaron particularmente en torno al genocidio sionista contra el pueblo palestino, apoyado por los Estados Unidos; la ruptura de relaciones con Israel; la agenda ambientalista; el cambio climático; los derechos humanos (incluido el enfoque de género); las políticas migratorias; la política antidrogas; los propósitos de diversificación de las relaciones exteriores, entre otros. Sin superar, en todo caso, la condición única de Colombia en la Región como aliado estratégico y socio global de la OTAN.

Tras ese lapso progresista, se asiste a un momento nuevo que supera con creces las subordinaciones del pasado. No ha sido necesario ejercer presión por parte de la potencia imperial. Tampoco simular, como en el pasado, la existencia de planes propios que requieren de apoyo. La anunciada "patria milagro"



no es otra que la que asume, por “voluntad propia” y “soberana”, la condición de Estado vasallo. El gobernante y su equipo no solo se comportan como súbditos, sino que se sienten orgullosos de su vasallaje y de cumplir una función amplificadora en la región, de caja de resonancia, a fin de reforzar esa posición. De esa manera, además de halagar al “salvador del planeta”, anunciando decisiones que trascienden incluso lo que este ni siquiera ha pedido, se consolida el “interés propio” y el poder que conlleva estar arropado por ese salvador. Debe decirse que, frente a esa circunstancia, no hay recelo alguno en el “consenso de clase” que llevó a De la Espriella a la presidencia. Al contrario, grupos económicos, gremios del capital, medios de comunicación y partidos políticos del establecimiento exhiben complacencia y advierten, más bien, una “ventana de oportunidad” para reforzar el poder y la dominación de clase que apreciaban amenazados y para acrecentar su escandalosa riqueza. Todo indica que la política exterior, en este marco, será la propia de una neocolonia.

Primeras decisiones de política exterior

Los primeros anuncios y las primeras decisiones del gobierno que inicia son muestra incontrovertible de los asertos anteriores. Entre tanto, dentro de ellos se encuentran:

1. La inclusión de Colombia dentro de la iniciativa político-militar de seguridad regional, diseñada por el gobierno de Donald Trump, denominada Escudo de la Américas (también conocida como Coalición contra los Cárteles de las Américas, o ACC). A tal iniciativa se han adscrito todos los gobiernos de derecha y ultraderecha de la Región, asumiendo (y exhibiendo con absurdo orgullo) su sometimiento pleno a los intereses estratégicos de los Estados Unidos. El Escudo de las Américas es la materialización de la Estrategia de Seguridad Nacional de esa potencia imperialista, presentada en diciembre de 2025, en la cual se introdujo en “corolario Trump” para “actualizar” la “doctrina Monroe”.

Con tal doctrina, denominada también “doctrina Donroe”, se busca reafirmar y consolidar el dominio imperialista sobre la Región, pretendiendo contrarrestar la influencia de potencias externas (particularmente China y Rusia) y de bloques económicos (por ejemplo, los BRICS). El discurso de defensa del “orden democrático” en Nuestra América, en el entendimiento imperial de ese orden, encubre no solo la consideración de nuestra Región como “patio trasero”, sino también, y sobre todo, la garantía de acceso a recursos estratégicos (recursos energéticos, minerales y tierras raras, recursos hídricos y de biodiversidad) y con ello el favorecimiento de la acumulación capitalista transnacional.

El Escudo de las Américas es expresión de la faceta militarista de la Estrategia de Seguridad Nacional y representa un “cerco de seguridad regional” para consolidar esa estrategia, conformado con los numerosos gobiernos afines, léase Estados vasallos. A través de él, más allá de la anunciada asistencia y cooperación militar y de inteligencia, quedan abiertas las puertas para la intervención directa de los Estados Unidos en países de la Región, sea a través del fortalecimiento de las bases militares existentes, la instalación de nuevas o de la realización operaciones militares conjuntas, que comprenden la participación de tropas estadounidenses.

En este punto es necesario insistir en que el crimen transnacional actual que se afirma pretender combatir es comprendido como una articulación de potencias externas, extremismo islámico, regímenes totalitarios, narcotráfico, migrantes y progresismos cómplices. En ese sentido, se trata también de una cruzada judeocristiana, anticomunista y racista. Para un gobierno vasallo, como el de la “patria milagro”, que asume a plenitud el proyecto MAGA, se trata de una función y una tarea que se asume con satisfacción y ufanía. La intervención militar en Venezuela y el control que ejercen los Estados Unidos sobre ese país y sus recursos estratégicos constituyen una muestra anticipada de la realidad histórico-concreta que se vive en el presente de la Región.

La señalada subordinación irrestricta constituye, igualmente, una devolución por el apoyo brindado por Donald Trump y Marco Rubio a la campaña electoral de De la Espriella. Siempre tuvieron claro que el

hoy presidente en ejercicio sería un hombre vasallo, plegado a sus intereses.

2. La reanudación de las relaciones con Israel es una expresión adicional de una política exterior vasalla. Más que el restablecimiento de relaciones diplomáticas, las decisiones gubernamentales indican una clara subordinación a la política exterior del sionismo israelí. En oposición a la gran mayoría de Estados del mundo, se ha reconocido a Jerusalén como capital del Estado de Israel (solamente 6 de los 195 que integran la ONU lo han hecho). Jerusalén es una ciudad cuyo status hace parte del irresuelto conflicto internacional árabe-israelí; Jerusalén Oriental fue invadida y ocupada militarmente por Israel en 1967 y es capital constitucional y administrativa del futuro Estado palestino. Así es que su reconocimiento como capital es una bofetada a los derechos del pueblo palestino. Concordante con esa decisión se encuentra la orden de suspender la apertura de la embajada en Palestina y de retirar el apoyo a la demanda por genocidio del pueblo palestino interpuesta por Sudáfrica contra Israel ante la Corte Internacional de Justicia el 29 de diciembre de 2023. Como si fuera poco, se ha reconocido también la soberanía de Israel sobre los Altos del Golán, convirtiéndose en el segundo país del mundo después de Estados Unidos (en 2019), que así lo hace. Se trata de un territorio sirio, invadido en 1967, durante la denominada Guerra de los Seis Días, que desde entonces se encuentra ocupado militarmente y fue anexado por Israel en 1981, mediante medida transgresora del derecho internacional. Esa acción imperialista del sionismo israelí ha sido vergonzosamente legitimada por el gobierno de De la Espriella, aduciendo la importancia de ese territorio para la seguridad de Israel frente a amenazas externas.

Más allá de las razones expuestas, expresivas del anticomunismo extremista propio de los proyectos de la ultraderecha, esa decisión de ruptura, que contraría principios básicos de la diplomacia, es ante todo un acto de ingratitud con Cuba. A ese país y a su gobierno, se le debe reconocer su apoyo irrestricto e incondicional a los propósitos de construcción de paz llevados a cabo a lo largo de décadas en Colombia. Siempre a solicitud expresa de los respectivos gobiernos.

En la “patria milagro” se convertirá de nuevo a Colombia en la Israel de América Latina, pues lo que se anuncia adicionalmente es el restablecimiento de la estrecha alianza militar y de inteligencia que se forjó en el pasado, especialmente en los gobiernos de Uribe Vélez. Así es que, al intervencionismo del Escudo de las Américas, será preciso agregarle el sionista israelí. Ya está en preparación una numerosa delegación de alto nivel que visitará Israel en octubre del año en curso, que además del componente militar y de inteligencia, se afirma busca poner en marcha una comisión económica binacional, atraer inversión extranjera y tecnología y buscar beneficios



para el talento joven. En todo esto está incluido el pago de favores al rol desempeñado por la inteligencia sionista en el triunfo electoral de De la Espriella.

3. El “ajuste diplomático” ordenado por De la Espriella, más allá del velo del ahorro de recursos, se inscribe dentro de la concepción ya expuesta de la política exterior, incluidos sus tintes racistas y el propósito de borrar las huellas progresistas en la diversificación de las relaciones internacionales, incluso las diplomáticas. La gran mayoría de esos cierres anunciados así lo explican. Sin duda, predominan factores ideológicos, como en los casos de Sudáfrica (por su posición frente a Israel), Argelia (por su postura como detractora de Israel y sus relaciones con Cuba y Venezuela) y Senegal (por sus posturas nacionalistas y progresistas). En los cierres de América Latina y el Caribe se replica la misma lógica. Con Cuba y Nicaragua se romperán relaciones por tratarse, se afirma, de tiranías con las que “no habrá vínculo alguno”. El caso de Cuba merece una atención posterior en este texto. El caso de Barbados podría inscribirse dentro del concepto de ideologización de la política

exterior, dados algunos de sus rasgos progresistas y socialdemócratas y las relaciones sostenidas con Cuba. Aunque, en este caso, como en los de Haití, Ghana y Etiopía, algunos países europeos (República Checa, Hungría y Rumania) y Azerbaiyán, podrían contemplarse razones de austeridad, las mismas se debilitan cuando se trata de comprender las relaciones diplomáticas, pues estas no deben reducirse a una perspectiva exclusiva de relación costo-beneficio económico.

Las relaciones entre los países y naciones, además de comerciales son también políticas, sociales y culturales. Diversificarlas y profundizarlas es propósito de cualquier Estado moderno. En Nuestra América son además relaciones sustentadas en un pasado común de hermandad, cooperación y de lucha por la soberanía y la Patria Grande. Con África nos unen lazos históricos y de sangre. En Etiopía, en Addis Abeba, por ejemplo, se encuentra hoy la sede de la Organización de Estados Africanos. Cerrar esa embajada es cerrarse a interlocuciones con ese continente.

Por otra parte, las decisiones de unificar las embajadas en la UNESCO con la de Francia, y de la FAO con la de Italia, junto con la mentada austeridad, podrían indicar igualmente una subordinación a la visión trumpista sobre el rol de la ONU y sus organismos internacionales.

4. A fin de borrar todo sello progresista de la política exterior, se reconoció la soberanía de Marruecos sobre el Sahara Occidental. El gobierno de Petro había establecido en agosto de 2022 relaciones diplomáticas con la República Árabe Saharaui Democrática (RASD). El Sahara Occidental es considerado por la ONU como un territorio no autónomo pendiente de descolonización; en diferentes momentos, la RASD ha sido reconocida por 84 países. La RASD es miembro de la Organización Estados Africanos desde 1984. Se trata de una postura que, alineándose con el Reino de Marruecos, es contraria a los propósitos de los movimientos de liberación nacional, como es el caso del Frente Polisario, organización que ha liderado la lucha por la independencia del señalado territorio.

5. El país ha conocido por boca de Nate Morris, embajador designado de Estados Unidos en Colombia, en audiencia de confirmación ante el Comité de Relaciones Exteriores del Senado celebrada el 5 de

agosto, que el presidente De la Espriella le había manifestado su “absoluto compromiso” y la intención de retirar a Colombia del memorando de entendimiento de la Iniciativa de la Franja y la Ruta (también conocida con la Ruta de la Seda) suscrito con China por el gobierno de Petro en mayo de 2025. Ese insólito anuncio, pues no fue hecho por el propio presidente, es una muestra más de la relación de subordinación frente a los Estados Unidos. El memorando de la Ruta de la Seda ha sido suscrito por más de 150 países (incluso gobiernos de ultraderecha en América Latina, como los de El Salvador, Argentina, Chile y Ecuador, se mantienen dentro de esa iniciativa). Aunque no ha habido aún anuncio formal del actual del gobierno de Colombia, todo parece indicar que el país será retirado próximamente de la señalada iniciativa, lo cual supone subordinarse a la tesis trumpista sobre la influencia china en la Región y la exhortación a escoger entre Estados Unidos y China.

La política exterior de la “patria milagro” trasciende en diferentes aspectos de la propia política imperial estadounidense; es más papista que el papa. Como es propio de los vasallos se trata también de halagar al “gran salvador del planeta”. El anuncio de que el relacionamiento con el gobierno de Venezuela pasa por las definiciones de Washington y no a través del contacto directo es suficientemente revelador.

6. Además de la notoria ideologización de ultraderecha de la política exterior ya expuesta, es evidente que su inspiración se encuentra igualmente en el estímulo a la acumulación capitalista en sus diversas modalidades. La subordinación a los intereses de los Estados Unidos va de la mano de la generación de mejores condiciones para el acceso a recursos estratégicos a través de la inversión extranjera y la protección de dichas inversiones. En esa dirección deben comprenderse las disposiciones en curso para reactivar la locomotora extractivista.

La ruptura de relaciones con Cuba

La ruptura de relaciones con Cuba anunciada por el gobierno de la “patria milagro” merece una particular atención. Ella expresa la ya señalada ideologización de ultraderecha y se inscribe dentro del propósito mayor de aniquilación de la experiencia de la revolución cubana y de lo que ella ha significado para las luchas por la soberanía, la autodeterminación y la construcción de proyectos alternativos de sociedad en el mundo y particularmente en América Latina.

Con esta medida el gobierno de De la Espriella suscribe plenamente las tesis del documento preparado por el Departamento de Estado y su secretario, Marco Rubio, denominado *Cuba. La capital del comunismo del siglo XXI*, publicado el 20 de julio del año en curso. Se trata de un texto que tiene el propósito de justificar (una vez más) la presunta amenaza extraordinaria que representaría Cuba frente a la seguridad nacional de los Estados Unidos, en el que a través de una intencionada falsificación de la historia se invierten las cargas para mostrar a Cuba como una suerte de victimario de la potencia imperialista, que ha promovido y desarrollado toda suerte de movimientos y acciones desestabilizadoras del “orden democrático” estadounidense y ha alentado el socavamiento de la “democracia” en la Región mediante el apoyo a organizaciones comunistas y terroristas, articulándose con otras potencias extranjeras (China, Rusia, Irán) y con el crimen transnacional.

A Cuba se le sindicca de haber adelantado una ofensiva ideológica deliberada contra los valores de la “civilización occidental” y el “modelo democrático”, de haber dirigido campañas de inteligencia, guerra



sicológica y subversión política contra los Estados Unidos y la Región, de ser el nodo central que nutre, orienta e influye en movimientos políticos y activistas de izquierda dentro de los Estados Unidos, de ser prácticamente la rectora de la subversión revolucionaria antiestadounidense mundial. Semejante despropósito, que no resiste análisis histórico riguroso alguno, no tiene otro objetivo que justificar la política imperialista más reciente del gobierno de Trump contra Cuba, mediante la cual, por una parte, se ha exacerbado hasta el extremo la guerra económica que, durante más de seis décadas, se ha adelantado contra esa nación caribeña, llevándola a niveles propios de un genocidio. Y, por la otra, se busca incrementar el descontento social para provocar un derrocamiento del “régimen comunista” desde dentro o en ausencia de esa opción –dada la resistencia cubana– de intervenir de manera directa. Es evidente que el gobierno de Trump sueña con una condición neocolonial de Cuba. Esa aspiración tiene otro de sus soportes en la mafia cubano-americana y la ultraderecha asentada en el Estado de la Florida y en Miami, con fuerte influencia en la política exterior de los Estados Unidos y de la cual el actual secretario del Departamento de Estado, Marco Rubio, es uno de sus mejores exponentes. El presidente De la Espriella se concibe como integrante de esa comunidad y contó con todo su apoyo en la campaña que lo llevó a la presidencia. Así es que no sorprende en absoluto la ruptura de relaciones con Cuba.

Más allá de las razones expuestas, expresivas del anticomunismo extremista propio de los proyectos de la ultraderecha, esa decisión de ruptura, que contraría principios básicos de la diplomacia, es ante todo un acto de ingratitud con Cuba. A ese país y a su gobierno, se le debe reconocer su apoyo irrestricto e incondicional a los propósitos de construcción de paz llevados a cabo a lo largo de décadas en Colombia. Siempre a solicitud expresa de los respectivos gobiernos. A manera de ejemplo, durante los mandatos presidenciales de derecha de Uribe Vélez, a pesar de las protuberantes diferencias entre uno y otro gobierno, no solo se sostuvieron relaciones diplomáticas, sino que Cuba desempeñó un rol significativo y prestó su territorio tanto en los primeros contactos exploratorios (en 2002) como en las rondas exploratorias que se celebraron con el ELN en La Habana entre diciembre de 2005 y agosto de 2007, en la búsqueda (fallida) de una solución política con esa guerrilla. El acuerdo de paz de 2016, suscrito por

la extinta guerrilla de las FARC y el gobierno de Santos, contó con la valiosa contribución de Cuba, que además de brindar su territorio para el desarrollo de los primeros acercamientos y las negociaciones, fungió como país Garante junto con Noruega. Esa condición se ha extendido hasta el presente por esos dos países en labores de acompañamiento al proceso de implementación del señalado acuerdo.

Por otra parte, Cuba ejerció el rol de Garante, junto con otros países, en la fase secreta y exploratoria con el ELN, que comenzó en 2014 durante el gobierno de Santos. Tras la instalación formal de los diálogos y negociaciones con esa guerrilla en 2017, en Ecuador, Cuba asumió, desde mayo de 2018, la sede principal de ese proceso. Después del congelamiento *de facto* que tuvo lugar durante el segundo semestre de 2018, tras el inicio del gobierno de derecha de Duque y, posteriormente, del atentado del ELN contra la Escuela de Policía General Santander, el 17 de enero de 2019, se produjo, al día siguiente, la ruptura definitiva e inmediata de la mesa de conversaciones. El gobierno de Duque exigió la extradición de los comandantes guerrilleros que hacían parte de la Delegación de Paz en La Habana. Cuba, por su parte, se negó a tal requerimiento, en atención a lo dispuesto en el “Protocolo en caso de ruptura de la negociación de paz Gobierno-ELN”, aduciendo que dicho protocolo representaba un compromiso de Estado, independiente del gobierno de turno, y que estaba en juego, igualmente, su credibilidad como país Garante. La posición del otro Garante, Noruega, fue de firme respaldo al cumplimiento del derecho internacional y de los protocolos firmados, coincidiendo con la postura cubana.

La situación así creada, asociada con las gestiones del gobierno de Duque ante el primer gobierno de Donald Trump, se constituyó en argumento –realmente en pretexto– para incluir a Cuba el 12 de enero de 2021 dentro de la lista de países patrocinadores del terrorismo expedida anualmente por el gobierno de los Estados Unidos, con lo cual se acentuaron aún más las medidas de guerra económica contra el país caribeño. El rol de Garante, a pedido expreso del Estado colombiano, terminó de manera injusta en sanciones adicionales contra Cuba, acentuando su ya difícil situación. A pesar de esas circunstancias –y en medio de la tensión– no se rompieron las relaciones diplomáticas. Aunque debe decirse que ganas no le faltaron al gobierno de Duque.



En el mandato de Gustavo Petro se reanudaron las negociaciones con el ELN; Cuba –fiel a su política de apoyo a los procesos de paz en Colombia– reasumió su rol de Garante de ese proceso. Tras el reinicio formal en noviembre de 2022 en Caracas, Cuba participó como Garante en los cinco ciclos que se alcanzaron a desarrollar. Uno de ellos, el tercero, se llevó a cabo entre mayo y junio de 2023 en La Habana. Como es de amplio conocimiento, el gobierno de Petro anunció el 17 de enero de 2025 la suspensión formal y definitiva de los diálogos y negociaciones con el ELN, tras la ofensiva de esa guerrilla en la región del Catatumbo. Petro definió las acciones de esa guerrilla como “crímenes de guerra” y la sindicó de carecer de voluntad real de paz. Por otra parte, en el marco de la política de “paz total”, Cuba aceptó también fungir como Garante –junto con Noruega y Venezuela– del proceso de paz con la Segunda Marquetalia. En este caso, se trató de una corta labor, desarrollada entre febrero y noviembre de 2024. Ese proceso llegó en ese mes a su final formal.

La ruptura de relaciones con Cuba no trae ningún beneficio para la población colombiana. Las relaciones con ese país han trascendido su rol de Garante de procesos de paz, abarcando campos de la cooperación científica, cultural y comercial. Para el gobierno de la “patria milagro” se trata de una demostración más de su declarada “guerra cultural”.

En el contexto del cierre anunciado a cualquier propósito de salida negociada del conflicto armado y la violencia en el país, por parte del gobierno actual, no hay espacio alguno para considerar acompaña-

mientos de la comunidad internacional. No es preciso acudir a los buenos oficios, como los desempeñados por Cuba. Si en la actualidad son necesarios tales apoyos, lo son en una lógica militarista y de prolongación de la guerra. No es casual que Estados Unidos e Israel figuren en primer plano.

La política exterior de la “patria milagro” se acompañará de la movilización política del capital transnacional en sus diversas manifestaciones. El gobierno de Trump ha anunciado su intención de tramitar apoyos por mil millones de dólares para apalancar la política de seguridad de De la Espriella. Israel también ha manifestado su disposición de aportar recursos. Los organismos multilaterales, el FMI, el Banco Mundial, el BID y la CAF, tienen sus cheques abiertas para financiar los requerimientos de la “patria milagro”. Al fin y al cabo se trata de fortalecer un proyecto político de ultraderecha, en un país de indudable importancia para los intereses estratégicos imperiales en toda la Región. Lo que seguirá es la profundización de las relaciones de dependencia frente al imperialismo estadounidense y los continuos anuncios de un gobierno vasallo. Desde ahora puede afirmarse que una cosa son los propósitos del gobierno de la “patria milagro”, así se presenten como una aplanadora de anuncios y disposiciones, y otra sus verdaderas posibilidades y alcances. Vivimos en una sociedad en la que el antagonismo y el conflicto social y de clase delinean los trazos de la historia. Resistencias y luchas están también a la vista.

La “libertad para educar” que privatiza la escuela pública:

una crítica a la propuesta educativa del presidente Abelardo de la Espriella



María de Fátima Cósio

Profesora titular de la Universidad Federal de Pelotas (UFPel)
Adscrita al Departamento de Enseñanza de la Facultad de Educación.

La ficha técnica de quienes “participaron en la elaboración de este documento” ya anticipa la clave de lectura: la Asociación de Colegios Privados de Colombia (ACOPRICOL), representada por dos de sus vicepresidentes; el grupo libertario Liberland; el colectivo La Ola Libertaria, y congresistas elegidas por el propio partido. No aparece en esa lista, presentada al inicio del documento, ni una sola organización docente, ni un solo sindicato del magisterio público, ni una sola asociación de padres de familia de la escuela oficial. El documento no está escrito para el sistema educativo colombiano: está escrito por el mercado educativo colombiano, para sí mismo, con el Estado como intermediario del financiamiento.

Un programa que se presenta como técnico y es, ante todo, político

“La educación que construye la patria milagro”. Bajo ese lema de campaña, acompañado de banderas de colores y de la fotografía de dos candidatos en pose marcial, circuló un documento de once páginas que pretende rediseñar el sistema educativo colombiano. La “Propuesta de Transformación del Sistema Educativo Colombiano”, vinculada a la candidatura de Abelardo de la Espriella, recientemente elegido presidente de Colombia y cuya posesión está prevista para el 7 de agosto, constituye un programa de gobierno. Y, como todo programa de gobierno, expresa intereses de clase organizados bajo la forma de política pública. La ficha técnica de quienes “participaron en la elaboración de este documento” ya anticipa la clave de lectura: la Asociación de Colegios Privados de Colombia (ACOPRICOL), representada por dos de sus vicepresidentes; el grupo libertario Liberland; el colectivo La Ola Libertaria, y congresistas elegidas por el propio partido. No aparece en esa lista, presentada al inicio del documento, ni una sola organización docente, ni un solo sindicato del magisterio público, ni una sola asociación de padres de familia de la escuela oficial. El documento no está escrito para el sistema educativo colombiano: está escrito por el mercado educativo colombiano, para sí mismo, con el Estado como intermediario del financiamiento.

Esta constatación inicial no es anecdótica. En la formulación de Stephen Ball (2014), las políticas educativas contemporáneas son producidas cada vez más por redes relativamente estables de actores –fundaciones, consultoras, asociaciones empresariales y *think tanks*– que hacen circular ideas, métricas y vocabularios entre escalas nacionales e internacionales, produciendo aquello que el autor denomina el imaginario neoliberal (BALL, 2014, p. 150). Este imaginario se traduce en una reformulación de los objetos, los sujetos y las políticas sociales, configurando un repertorio de soluciones que pasan a ser

reconocidas como legítimas, incluso cuando están desvinculadas de las tradiciones educativas nacionales.

La propuesta educativa de Espriella constituye un ejemplo casi didáctico de este fenómeno: cita a la OCDE, el Banco Mundial, la UNESCO y un informe de la consultora McKinsey & Company (2018) como fuentes de autoridad técnica, al mismo tiempo que fue redactada en alianza directa con el empresariado educativo. La “evidencia internacional”, utilizada de esta manera, funciona menos como conocimiento científico que como un blindaje retórico para un proyecto político específico.

Ninguno de los mecanismos aquí descritos se presenta en el documento como una opción política susceptible de debate. Todos aparecen blindados mediante referencias a organismos internacionales, evidencias cuidadosamente seleccionadas y una retórica de modernización inevitable, propia de “un mundo dinámico, tecnológico y cambiante”, que exigirá “superar modelos rígidos e ineficientes”. Esta naturalización constituye, en sí misma, parte de la operación ideológica: presentar como un consenso técnico lo que en realidad es una decisión política acerca de hacia dónde se dirige el dinero público destinado a la educación y quién ejerce el control sobre él.

La gramática de la libertad: lo que “libertad para educar” oculta

El documento organiza toda su argumentación en torno a un significante que se repite de manera obsesiva: libertad. “Libertad para elegir”, “libertad para educar”, “libertad frente a la hiperregulación estatal”, “libertad frente a las cargas tributarias”, “libertad efectiva de las familias”. La retórica resulta seductora precisamente porque moviliza un valor que nadie, ni desde la izquierda ni desde la derecha, desea negar públicamente. Sin embargo, es necesario preguntarse: ¿libertad de quién, para hacer qué y a costa de quién?

La respuesta que ofrece el propio texto es reveladora. “Libertad para educar” no significa autonomía pedagógica de los docentes y de las comunidades escolares sobre el proceso de trabajo educativo; significa, según el propio documento, “libertad de las comunidades educativas en la construcción y el desarrollo del proyecto educativo institucional”, una autonomía que, articulada con los demás ejes de la propuesta, opera principalmente como un mecanismo de desregulación de la oferta educativa privada. Por su parte, la “libertad frente a la hiperregulación



El grupo libertario Liberland; el colectivo de la ola libertaria.

estatal” se traduce en una reducción de la capacidad del Ministerio de Educación para inspeccionar, exigir estándares y contener la expansión de instituciones con fines de lucro.

La “libertad efectiva de las familias para elegir” constituye el eufemismo consagrado en la literatura internacional para designar los sistemas de elección escolar (*school choice*), cuya consecuencia más ampliamente documentada –desde Chile hasta Suecia, pasando por Estados Unidos– no ha sido la diversificación democrática de la oferta educativa, sino la estratificación socioeconómica de los sistemas escolares, en la medida en que las familias con mayor capital cultural y económico ejercen esa “elección” de manera mucho más eficaz que las familias pobres.

Esta es precisamente la operación que Puella-Socarás (2021) describe mediante la categoría de Nuevo Neoliberalismo: el Estado no se retira, sino que se reorganiza para producir activamente oportunidades de acumulación para fracciones específicas del capital, al tiempo que interpela a los sujetos –en este caso, las “familias” y las “instituciones educativas”– como agentes emprendedores de sí mismos, responsables de gestionar su propia trayectoria educativa dentro de un cuasi mercado. La “libertad” prometida por el documento no es la libertad de la comunidad

escolar frente al mercado; es la libertad del mercado educativo frente al Estado regulador.

Becas por la Patria: el voucher disfrazado de innovación

El núcleo financiero de la propuesta se denomina “Becas por la Patria desde la Primera Infancia”, descrito textualmente como un “sistema de financiamiento centrado en el estudiante”, cuyo enfoque incluye el “subsidio a la demanda”, la “libertad de elección” y la “eficiencia en la asignación de recursos”.

Se trata, en esencia, de un sistema de *vouchers*: El Estado transfiere recursos per cápita a las familias o directamente a las instituciones educativas elegidas por ellas, las cuales pueden ser privadas. En la tipología de la privatización educativa propuesta por Theresa Adrião (2018), este mecanismo corresponde exactamente a la primera modalidad identificada por la autora: la privatización de la oferta, es decir, la transferencia de matrículas y recursos de la red pública hacia el sector privado mediante subsidios a la demanda o contratación directa de servicios educativos.

El documento no oculta la genealogía de esta propuesta. Presenta como “antecedente sólido” el Programa de Ampliación de Cobertura de la Educación

La defensa de la escuela pública, gratuita, laica y universal no puede reducirse, frente a propuestas como esta, a la defensa formal de la propiedad estatal de las instituciones. Es necesario disputar la lógica que organiza el sistema, el vocabulario con el que este se describe y los instrumentos mediante los cuales evalúa su propia calidad. En el fondo, de eso trata esta propuesta: no de ampliar la libertad, sino de redefinir, bajo el lenguaje de la libertad, quién decide qué se enseña, a quién se enseña y con el dinero de quién.

Secundaria (PACES), implementado en Colombia durante la década de 1990, y cita como prueba de su éxito el conocido estudio de Angrist, Bettinger, Bloom, King y Kremer (2002), publicado en la *American Economic Review*, además de un informe de McKinsey. Lo que la propuesta silencia es que el PACES constituye también, dentro de la literatura crítica sobre la privatización educativa en América Latina, uno de los casos más estudiados acerca de cómo los programas de *vouchers*, aun cuando puedan producir mejoras puntuales en indicadores de permanencia escolar, tienden a profundizar la segmentación social de los sistemas educativos: los mejores colegios privados seleccionan a los estudiantes con mayor capital social y cultural, mientras la red pública absorbe a quienes quedan excluidos, en un proceso acumulativo de desigualdad ampliamente documentado por la literatura sobre el caso chileno, hoy el ejemplo más desarrollado de este modelo en el continente.

Al analizar el sistema educativo chileno, DONOSO-DÍAZ y BENAVIDES-MORENO (2023) sostienen, en relación con el sistema de *vouchers*:

La aplicación del sistema de “voucher” tiene como influencia neoliberal fundamental el pensamiento de Friedman (1955), combinado con los aportes de Chubb y Moe (1990). Se trata de un modelo semihíbrido respecto de la ortodoxia neoliberal, ya que la no entrega directa del cupón (*voucher*) a las familias constituye un elemento diferenciador relevante que incide en las decisiones de la demanda educativa, pudiendo alterar los efectos esperados por Friedman. Es fundamental destacar esta distinción, pues durante décadas se desarrollaron políticas de profundización del modelo sin una comprensión clara de sus fundamentos (p. 4).

Más grave aún: el propio documento explicita el cálculo político y presupuestal que sustenta este meca-

nismo. Entre las “funciones estratégicas” atribuidas a Becas por la Patria figura la “optimización de la capacidad existente”, definida como el aprovechamiento de la “infraestructura disponible en el sector privado y mixto sin requerir expansión estatal inmediata”, así como la “reducción de los tiempos de implementación”, evitando que la ampliación de la jornada escolar “dependa exclusivamente de la construcción de nueva infraestructura pública”. En otras palabras, el objetivo declarado no es fortalecer la capacidad instalada del Estado, sino evitar invertir en ella, canalizando los recursos públicos, mediante subsidios a la demanda, hacia la capacidad ya existente del sector privado. Esta constituye la arquitectura estatal característica del Nuevo Neoliberalismo: el Estado no desaparece, sino que se especializa en organizar, financiar y hacer viable la valorización del capital privado en el ámbito educativo.

Jornada Única y Fondo Nacional Mixto: ¿universalizar qué y para quién?

La “Jornada Única Universal desde la Primera Infancia” es presentada como el “eje estructural del modelo” y parte de un diagnóstico según el cual apenas entre el 17 % y el 24 % de los estudiantes de la red oficial colombiana tienen acceso a la jornada única, frente a una cobertura casi universal en el sector privado. Se trata, según el propio documento, de una desigualdad en el tiempo escolar “condicionada por el nivel socioeconómico”. El diagnóstico es correcto. Sin embargo, la solución propuesta no consiste en la expansión directa y planificada de la red pública, sino en el uso del voucher como “vehículo acelerador” para movilizar la demanda hacia instituciones privadas y mixtas con capacidad instalada ociosa.

El mismo razonamiento aparece en el “Fondo Nacional Mixto para la Educación desde la Primera Infancia”, que integra “recursos públicos”, “educación por impuestos” –un mecanismo de renuncia fiscal a

cambio de inversión privada en educación, análogo al instrumento de “obras por impuestos”, ya naturalizado en otros ámbitos de la política colombiana– y el “financiamiento de infraestructura pública/privada”, bajo el marco jurídico de la Ley 1508 de 2012, que regula las Alianzas Público-Privadas (APP) en el país. La elección de este instrumento jurídico no es incidental. La Ley 1508 fue concebida originalmente para proyectos de infraestructura vial y saneamiento, y su extensión a la educación básica normaliza una lógica de concesión semejante a la seguida, con variaciones nacionales, por los colegios concesionados de Bogotá. Estos ya han sido objeto de investigaciones que muestran mejoras discretas en los resultados académicos, pero también efectos concretos sobre la precarización del trabajo docente y la apropiación privada de recursos públicos, verdadero núcleo de la “eficiencia” que estos modelos afirman producir (EDWARDS JR. y HALL, 2017).

Regulación inteligente y autonomía curricular: el Estado que se retira fingiendo fortalecerse

El apartado 2.8 de la propuesta, titulado “Regulación inteligente y modernización del rol del Estado”, cons-

tituye quizá el fragmento más sofisticado del documento desde el punto de vista discursivo y el más preocupante desde el punto de vista institucional. Allí se afirma que el Estado “no se debilita, sino que se fortalece en su función esencial”, al mismo tiempo que se propone “reducir la rigidez normativa” y transformar el control “de un enfoque centrado en el control de procesos a uno orientado a la garantía de resultados”. Se trata del guion clásico de la Nueva Gestión Pública (New Public Management), sistematizado por Verger y Normand (2015): sustituir la regulación sobre los procesos –condiciones laborales del profesorado, infraestructura, currículo o financiación por estudiante– por una regulación a distancia, basada en indicadores de desempeño medidos externamente. Este modelo traslada la responsabilidad por los resultados a las propias instituciones educativas, mientras abre espacio para que actores privados operen con una supervisión cada vez menor sobre el proceso pedagógico.

La “autonomía curricular responsable”, por su parte, se presenta como una herramienta neutra para adaptar la enseñanza a los contextos locales. Sin embargo, combinada con la expansión de las alianzas público-privadas y con la incorporación de capital





privado al financiamiento de la educación inicial, esa autonomía abre precisamente la puerta que Theresa Adrião (2018) identifica como la tercera y más sutil modalidad de privatización: la privatización del currículo y de la formación docente, mediante la incorporación de paquetes pedagógicos, sistemas estructurados de enseñanza y plataformas educativas privadas al funcionamiento cotidiano de la escuela. En este caso, también de la escuela oficial, que pasa a operar bajo una lógica de “resultados” y “eficiencia” definidos desde instancias externas.

Una propuesta latinoamericana, no una excepción colombiana

Leer este documento con las herramientas conceptuales desarrolladas por la crítica latinoamericana a la Nueva Gestión Pública (NGP) y a la Pos-Nueva Gestión Pública (Pos-NGP) permite reconocer, bajo el barniz de novedad retórica –“patria milagro”, “libertad para educar”–, un repertorio extremadamente familiar: subsidios a la demanda, alianzas público-privadas, autonomía institucional articulada con la rendición de cuentas por resultados, reducción de la regulación estatal sobre los procesos e incorporación de capital privado al financiamiento educativo.

Se trata del mismo patrón identificado en Brasil, con la expansión de los sistemas de enseñanza estandarizados (*sistemas apostillados*) y de las alianzas con fundaciones empresariales (GONÇALVES, CÔSSIO y PERONI, 2026); en México, con la actuación de organizaciones como Mexicanos Primero (MARTINS, ROSSI y BERNARDI, 2025); y, de manera paradigmática, en Chile, donde décadas de sistemas de *voucher* y de descentralización municipal produjeron uno de los cuasi mercados educativos más estudiados del mundo. La evaluación crítica de ese modelo muestra reiteradamente que la ampliación de la coordinación estatal no elimina la lógica competitiva ni la captura de la educación pública por intereses privados.

La propuesta colombiana no inventa este modelo: lo reedita, con una precisión casi didáctica, bajo un nuevo envoltorio programático. Y lo hace en una coyuntura regional en la que la financiarización de las políticas educativas –a través de fondos filantrópicos, capital de riesgo y plataformas EdTech– se ha sumado a las formas más tradicionales de privatización, ampliando aún más la distancia entre el discurso de la innovación y el contenido material de la mercantilización de la educación.

Por qué esta propuesta no puede leerse como un documento técnico

Ninguno de los mecanismos aquí descritos se presenta en el documento como una opción política susceptible de debate. Todos aparecen blindados mediante referencias a organismos internacionales, evidencias cuidadosamente seleccionadas y una retórica de modernización inevitable, propia de “un mundo dinámico, tecnológico y cambiante”, que exigiría “superar modelos rígidos e ineficientes”.

Esta naturalización constituye, en sí misma, parte de la operación ideológica: presentar como un consenso técnico lo que en realidad es una decisión política acerca de hacia dónde se dirige el dinero público destinado a la educación y quién ejerce el control sobre él.

La defensa de la escuela pública, gratuita, laica y universal no puede reducirse, frente a propuestas como esta, a la defensa formal de la propiedad estatal de las instituciones. Es necesario disputar –como recuerda Peroni (2015)– la lógica que organiza el sistema, el vocabulario con el que este se describe y los instrumentos mediante los cuales evalúa su propia calidad. En el fondo, de eso trata esta propuesta: no de ampliar la libertad, sino de redefinir, bajo el lenguaje de la libertad, quién decide qué se enseña, a quién se enseña y con el dinero de quién. Corresponde a la movilización del profesorado, del estudiantado y de los sectores populares, tanto en Colombia como en el conjunto de América Latina, rechazar esta naturalización y disputar, mediante la acción colectiva, el sentido público de la educación.

Referencias bibliográficas

ADRIÃO, T. Dimensões e formas da privatização da educação no Brasil: caracterização a partir de mapeamento de produções nacionais e internacionais. *Currículo sem Fronteiras*, v. 18, n. 1, p. 8-28, jan./abr. 2018.

ANGRIST, J.; BETTINGER, E.; BLOOM, E.; KING, E.; KREMER, M. Vouchers for Private Schooling in Colombia: Evidence from a Randomized Natural Experiment. *American Economic Review*, v. 92, n. 5, p. 1535-1558, 2002.

BALL, S. J. *Educação Global S.A.: novas redes de políticas e o imaginário neoliberal*. Tradução de Janete Bridon. Ponta Grossa: Editora UEPG, 2014.

DONOSO DÍAZ, S., & BENAVIDES-MORENO, N. (2023). O Sistema de Financiamento da Educação Obrigatória no Chile: situação atual e desafios. *FINEDUCA – Revista De Financiamento Da Educação*, 13. <https://doi.org/10.22491/2236-5907132790>.

MARTINS, E.; ROSSI, A.; BERNARDI, L. Ação dos movimentos empresariais na América Latina: interlocução e disputa pela política educacional no Brasil, Uruguai e México. In: PERONI, Vera; MARTINS, Éverton; RODRIGUEZ, Laura. *A relação entre o público e o privado na educação básica no contexto de avanço neoliberal: desafios para a democratização da educação latino-americana*. V. 26, n. 3, 2025. DOI: <https://doi.org/10.31512/19819250.2025.26.03.01-11>.

McKINSEY & COMPANY. *Cómo mejorar el sistema educativo: experiencias internacionales de reforma educativa*. McKinsey Global Institute, 2018.

GONÇALVES, L. D.; CÓSSIO, M. F.; PERONI, V. M. V. Mapeamento das Parcerias Público-Privadas em Educação no Rio Grande do Sul, Brasil (2017–2020): Proposições Teórico-Metodológicas. *Arquivos Analíticos de Políticas Educativas*, v. 34, 2026. DOI: <https://doi.org/10.14507/epaa.34.9025>.

PERONI, V. M. V. Implicações da relação público-privada para a democratização da educação no Brasil. In: PERONI, V. M. V. (org.). *Diálogos sobre as redefinições no papel do Estado e nas fronteiras entre o público e o privado na educação*. São Leopoldo: Oikos, 2015. P. 15-34.

PUELLO-SOCARRÁS, J. F. Novo neoliberalismo: arquitetura estatal no capitalismo do século XXI. *Revista Eletrônica de Administração (REAd)*, Porto Alegre, v. 27, n. 1, p. 35-65, jan./abr. 2021.

SALVACIÓN NACIONAL. *Propuesta de transformación del sistema educativo colombiano: la educación que construye la patria milagro*. Documento de campaña, 2026. Acessado em 01/07/2026

VERGER, A.; NORMAND, R. Nueva gestión pública y educación: elementos teóricos y conceptuales para el estudio de un modelo de reforma educativa global. *Educação & Sociedade*, Campinas, v. 36, n. 132, p. 599-622, jul./set. 2015.

El declive de Estados Unidos

Claudio Katz

Economista, investigador del CONICET

Profesor de la UBA

Página web: www.lahaine.org/katz



El retroceso del liderazgo norteamericano es reconocido con mayor énfasis que en otros momentos. Actualmente se verifica una generalizada coincidencia en torno a un diagnóstico, que suscitó numerosas controversias en el pasado.

Es importante constatar, describir y explicar ese declive para captar la principal tendencia del escena-

rio contemporáneo. El imperialismo estadounidense intenta contrarrestar con agresiones militares su retroceso económico y su pérdida de primacía geopolítica. Busca preservar por la fuerza un comando que ya no tiene los cimientos del pasado.

Esta caracterización ordena la evaluación de los principales acontecimientos mundiales. Permite

reconocer quién es el principal responsable de las tragedias bélicas del planeta y cuál es la causa de esas sangrías.

Si esta evaluación es relativizada o diluida, el debate sobre la regresión estadounidense queda enmarañado en interminables discusiones sobre aspectos específicos, como el retroceso del dólar, la gravitación de Wall Street, el impacto Hollywood o la incidencia del Pentágono.

En esas discusiones, el declive de Estados Unidos ya no es indagado para clarificar las tremendas consecuencias militares de ese descenso para el resto del mundo. El esclarecimiento de ese impacto queda reemplazado por especulativas evaluaciones del nivel agudo o acotado de la regresión norteamericana.

En esas mediciones, el análisis del principal proceso geopolítico del siglo XXI queda sustituido por ejercicios descriptivos de los factores que acentúan o contrapesan el declive. Se omite que lo importante de esa caída no es su variable intensidad, sino las guerras imperiales que suscita. Indagar el problema con el foco puesto en esas convulsiones, permite comprender las principales consecuencias del declive imperial.

Cronología del descenso

Estados Unidos emergió de la Segunda Guerra Mundial como la potencia preponderante de Occidente, con un inédito nivel de primacía sobre sus rivales. El fin de las conflagraciones entre imperios y la custodia que asumió del capitalismo, le otorgaron un predominio mayúsculo entre 1945 y 1970.

Esa superioridad se asentaba en la preponderancia bélica y la preeminencia económica. No solo comandaba la OTAN y controlaba un centenar de bases mi-

litares distribuidas por todo el planeta, sino que manejaba la mitad del producto mundial y el 60 % de la fabricación planetaria, con un tesoro que albergaba el 80 % de las reservas auríferas totales. Basta observar que esos porcentuales han caído en la actualidad al 25 %, 17 % y 25 %, respectivamente, para notar la magnitud del poder económico que detentó gigante norteamericano y su dramática reducción actual (Torres López, 2026)

El período de auge fue acertadamente denominado la “Edad del Imperialismo” para subrayar esa preeminencia (Magdoff, 1969). Con los marines desplegados por el grueso del planeta, el dólar funcionaba con una moneda mundial, aceptada sin ninguna vacilación por los socios y subordinados del hegemon. Con esa conducción operó el imperialismo colectivo de la Triada (Estados Unidos, Europa y Japón), que consagraba el alto nivel de entrelazamiento y sometimiento de dos grandes aliados al comando norteamericano (Amin, 2004).

Bajo esa dirección se configuró un sistema imperial con jerarquías y funciones definidas por la primera potencia. Las tradicionales diferencias entre los rivales de Occidente perdieron connotaciones bélicas y se procesaron como acotadas controversias comerciales o financieras (Katz, 2023: 28-44).

Ese período de auge estadounidense afrontó varios momentos de erosión. En los años 60, la acelerada reconstrucción de Alemania y Japón restauró la competitividad de ambas economías, que comenzaron a erosionar la superioridad de las empresas norteamericanas. Washington contrarrestó esa amenaza con medidas comerciales y monetarias, que sofocaron el desafío de sus subordinados. El poder del Pentágono sobre los dos grandes perdedores de la Segunda Guerra Mundial bloqueó por completo ese despertar germano y nipón.

El retroceso del liderazgo norteamericano es reconocido con mayor énfasis que en otros momentos. Actualmente se verifica una generalizada coincidencia en torno a un diagnóstico, que suscitó numerosas controversias en el pasado. Es importante constatar, describir y explicar ese declive para captar la principal tendencia del escenario contemporáneo. El imperialismo estadounidense intenta contrarrestar con agresiones militares su retroceso económico y su pérdida de primacía geopolítica. Busca preservar por la fuerza un comando que ya no tiene los cimientos del pasado.



En la década siguiente, la descontrolada emisión de dólares y el desbordante endeudamiento del gen-darme yanqui afectaron la confiabilidad de la divisa estadounidense hasta tornarla inconvertible al oro. Frente a esa adversidad, el Departamento de Estado recurrió al sostén de sus subalternos del mundo árabe y apuntaló el mecanismo de los petrodólares para preservar el reinado del dólar. Los monumentales excedentes financieros que generaba la exportación de crudo del Medio Oriente, fueron reciclados en los mercados bajo control yanqui, para asegurar esa continuidad del imperialismo del dólar.

En los años 80, Reagan añadió a ese refuerzo el inicio del modelo neoliberal –con privatizaciones, aperturas comerciales y desregulaciones laborales– que recompusieron los beneficios de las grandes empresas, recortando los salarios y los gastos sociales. Esa agresión contra los trabajadores restauró las ganancias, pero no revirtió la continuada regresión estadounidense frente a sus rivales. La decreciente competitividad internacional de la economía yanqui no fue modificada y el declive persistió como un problema irresuelto.

Pero ese descenso pareció súbitamente contenido en la década siguiente por la inesperada implosión de la Unión Soviética. El antagonista ruso nunca amenazó a su rival en el plano económico, pero lideró durante

décadas un denominado campo socialista, que afectó seriamente el poder de Occidente. La existencia de ese contrapeso facilitó las revueltas sociales contra el capitalismo y las resistencias nacionales contra las agresiones imperiales.

Adversidades autoinfligidas

La imprevista implantación de un orden unipolar a fin del siglo XX –con preeminencia total de Estados Unidos– le brindó a la primera potencia una gran oportunidad, para recrear su preponderancia económica y geopolítica. Pero en lugar de consumir esa restauración, Washington se embarcó en una escalada de aventuras bélicas con resultados adversos. Dilapidó recursos, erosionó su autoridad, socavó sus alianzas y terminó agravando el declive precedente.

Las campañas militares en el Gran Oriente Medio (Afganistán, Irak, Libia, Siria Palestina e Irán), la expansión de la OTAN en Europa del Este, el provocativo rearme en Asia Oriental y el continuado intervencionismo en América Latina jalaron ese desborde belicista, que sepultó todos los atisbos de recomposición norteamericana. El Pentágono demolió países y destruyó sociedades, sin recrear los procesos de inversión requeridos para rentabilizar a las empresas estadounidenses.



La dinámica del Plan Marshall no se repitió en ninguna de las incursiones de las últimas décadas y la pérdida de posiciones de la economía norteamericana se acentuó con el nuevo despliegue internacional de los marines. A diferencia de lo ocurrido en Europa durante la posguerra, las intervenciones bélicas estadounidenses no dieron lugar a negocios florecientes. Esa incapacidad para transformar acciones militares en beneficios económicos retrata la agudeza del declive.

Ese retroceso se tornó más transparente en los últimos 20 años, con la extinción del espejismo unipolar. Estados Unidos quedó enfrentado a su pérdida de primacía, en un nuevo contexto de creciente distribución mundial del poder.

Ese escenario emergió a la superficie en la crisis financiera del 2008, cuando el socorro estatal evitó el colapso de los principales bancos norteamericanos. El país logró escapar de ese abismo con mayor oxígeno que sus rivales de Europa o Japón, pero quedó como un nítido perdedor frente a China. Desde ese momento, afronta las duras consecuencias del despertar asiático y del surgimiento de nuevos centros de acumulación divorciados (o autonomizados) de la tradicional centralidad estadounidense.

Ese desplazamiento es una consecuencia imprevista de la globalización neoliberal, que Estados

Unidos impulsó para recrear su dominio y terminó padeciendo como una gran desventaja. Beijing (y no Washington) fue el gran favorecido por esa expansión mundial del comercio y por esa razón, continúa auspiciado las transacciones globales, contra la reacción proteccionista del auspiciante inicial de ese rumbo. Ningún dato ilumina con mayor nitidez el declive norteamericano, que esa ventaja lograda por el rival chino de un proyecto propiciado por Estados Unidos.

El determinante económico

El retroceso del coloso norteamericano tiene un pilar primordialmente económico. Es un declive perceptible en todos los ámbitos, pero derivado de la regresión industrial y productiva que padece el país. Esa caída se verifica en la financiarización y el consiguiente desborde especulativo. El episodio más reciente de esa secuencia fue el rescate estatal del 2008, que evitó el quebranto de los bancos, pero legó un endeudamiento mayúsculo que mantiene la vulnerabilidad de todo el sistema.

Por esa razón, los temblores que periódicamente afectan a las distintas entidades, suscitan el pánico a un reinicio de las grandes convulsiones. Ese temor fue por ejemplo visible en el 2023, con la quiebra del Silicon Valley Bank y en el 2024, cuando el desplome de la Bolsa japonesa hizo temblar a Wall Street.

El pavor a otro estallido financiero se localiza actualmente en la burbuja tecnológica, que ha inflado con incuantificables inversiones a los títulos de las siete mega corporaciones del universo digital. En el 2023, esas compañías canalizaban la mitad de las ganancias del principal índice bursátil. La capitalización de esas firmas –que comandan la Inteligencia Artificial– supera cualquier cálculo de ganancias o ingresos acordes a su captura de fondos.

Esos indicadores de continuada financiarización de la economía estadounidense son la contracara del deterioro productivo. Los bajos rendimientos en la esfera industrial motorizan la emigración de capitales al ámbito especulativo, recreando la clásica tendencia de los capitalistas a contrarrestar ganancias reducidas en la producción, con altas remuneraciones en las finanzas.

Ese persistente comportamiento de la elite dominante agrava el estancamiento de la productividad, el deterioro de la base industrial y la pérdida de negocios frente a China (Lapavistas, 2026). En la batalla por bajar costos, aumentar ventas y conquistar mercados –que gobierna la acumulación capitalista– Estados Unidos tiene a quedar relegado.

El pasaje de la globalización neoliberal al estatismo neomercantilista refleja este nuevo escenario, signado por la retracción del capitalismo estadounidense hacia políticas de mayor resguardo interno y menor audacia externa.

El declive económico de la primera potencia también se verifica en una deuda pública gigantesca, que se amplifica con el bajo crecimiento del PBI. Cada recuperación cíclica se consume con mayores niveles de endeudamiento, financiados por el imperialismo del dólar (Hudson, 2024).

Esa dominación permite solventar las monumentales erogaciones internas, con el sostén de una mo-

neda que preserva su reinado mundial, pero afronta la pérdida de privilegios. La desdolarización es un proceso lento, pero persistente que puede acelerarse súbitamente si se acrecienta la vulnerabilidad geopolítico-militar de la primera potencia.

Las reservas en dólares de los bancos centrales se mantienen en un alto nivel, pero han caído del indisputado porcentual previo. La mitad de todos los pagos transfronterizos se liquidan en dólares, pero esa divisa continúa perdiendo fortaleza, a medida que China compra oro y reduce la participación de los billetes norteamericanos en sus caudales (Roberts, 2023).

La tendencia de los BRICS Plus a desdolarizarse se afianza en los mercados de materias primas que ya operan con otras monedas y en las transacciones de combustible ese viraje es más llamativo. Todo el circuito del petrodólar que durante décadas sostuvo la primacía yanqui está en revisión y muchos expertos observan con atención, que los extranjeros poseen más activos estadounidenses, que los inversores de ese país en activos foráneos. En este escenario, los desenlaces geopolíticos desfavorables para Washington, tienen un impacto erosivo muy directo sobre el imperialismo del dólar.

La primera potencia emergió del temblor del 2008 sin resolver ninguno de los desequilibrios estructurales que afronta una economía inflada, con capitales sobrantes sin desvalorizar. Los remedios neoliberales y keynesianos –para lidiar en las últimas dos décadas con esa desventura– fueron infructuosos y por esa razón, la guerra en gran escala despunta como la principal salida que avizora el gran capital. El gasto bélico y la reconversión militarista son concebidos como la carta de salvación al continuado deterioro económico.

El declive de Estados Unidos no es una mera regresión de un competidor en desgracia frente a sus

Los enfoques que subrayan la dimensión multicausal del declive, enfatizan la variedad de procesos que interactúan en esa regresión. Atribuyen la caída al efecto combinado de la explotación capitalista, el militarismo intervencionista, el hegemonismo político y la ideología misionera. Con esa visión subrayan la multiplicidad de contradicciones que genera esa interacción. El declive fue avizorado también por los críticos del comportamiento imperial estadounidense y por personajes de la elite de ese sistema, que en forma circunstancial o sistemática dieron cuenta de esa regresión con el propósito de revertirla.

ascendentes rivales. Desde hace mucho tiempo, la economía del norte opera como pilar del capitalismo mundial y su deterioro es un signo de la alicaída salud de todo el sistema.

Estados Unidos concentra dos grandes desequilibrios de la época actual: la desigualdad social y la catástrofe del medio ambiente. Por esa condensación de trastornos sistémicos, también comanda la devastadora salida militarista que tantea el capitalismo para lidiar con su crisis.

El imperialismo norteamericano es experto en esa respuesta, porque compensa desde hace décadas su deterioro económico con belicismo. Ese contrapeso se forjó al calor de la primacía del “complejo militar industrial” sobre toda la estructura económica del país. La posibilidad de financiar con emisión ilimitada en dólares acentuó esa gravitación del dispositivo bélico.

Estados Unidos ha desarrollado una compulsión militarista que lo empuja a guerrear en incontables rincones del planeta, optando siempre por desenlaces guerreros en desmedro de soluciones negociadas. Ejerció durante todo el siglo XX su dominio con actos de fuerza, bombardeos de la población civil y demolición de sociedades. En ningún momento de los últimos veinticinco años introdujo algún paréntesis en ese destructivo accionar. Pero los resultados de su conducta ilustran otro costado del declive norteamericano.

Los fallidos militares

Los efectos económicos negativos del gigantismo bélico se multiplican con el creciente intervencionismo de los marines. El “complejo industrial-militar-digital” acrecienta ganancias a costas del grueso del sistema productivo, que pierde posiciones a escala internacional. Los beneficios que acaparan los proveedores del Pentágono erosionan la competitividad de las empresas del país.

Esas adversas consecuencias se han verificado al cabo de incursiones victoriosas (Yugoslavia) y de palpables fracasos (Afganistán, Irak). Estos segundos fallidos han sido la norma de las últimas décadas. En lugar de forjar una nueva supremacía mundial, Estados Unidos se autoinmola, agotando su tesoro en largas y costosas conflagraciones que no logra ganar. Esos contratiempos en el campo de batalla se han corroborado también en los operativos puntuales contra Somalia o Yemen, en las improvisaciones bélicas contra Irán y en las desventuras acumuladas en Ucrania.

Esa impotencia bélica es rigurosamente ocultada por el Departamento de Estado mediante manipulaciones del sistema comunicativo global. Los medios desinforman para sostener el mito del poderío y la invencibilidad de las tropas yanquis.

Transmiten una imagen inflada de las capacidades del Pentágono, distorsionando la propia historia de



En lugar de forjar una nueva supremacía mundial, Estados Unidos se autoinmola, agotando su tesoro en largas y costosas conflagraciones que no logra ganar. Esos contratiempos en el campo de batalla se han corroborado también en los operativos puntuales contra Somalia o Yemen, en las improvisaciones bélicas contra Irán y en las desventuras acumuladas en Ucrania. Esa impotencia bélica es rigurosamente ocultada por el Departamento de Estado mediante manipulaciones del sistema comunicativo global. Los medios desinforman para sostener el mito del poderío y la invencibilidad de las tropas yanquis.

esas fuerzas. Lo ocurrido en la Segunda Guerra Mundial quedó incorporado como un patrón de esas deformaciones, que la propaganda estadounidense ha repetido en forma invariable.

En esa oportunidad ocultó que el nazismo fue doblegado por el heroísmo de la Unión Soviética que destruyó al 75 % del ejército alemán, luchando contra las mejores divisiones de la Wehrmacht en el frente oriental. Por el contrario, los Aliados se enfrentaron tardíamente y con gran lentitud a tropas de segundo nivel.

Hollywood desvirtuó ese desenlace con relatos que glorificaron imaginarias gestas del ejército norteamericano y extendió la misma adulteración a lo ocurrido en Vietnam, Irak o Afganistán. En esos casos transformó humillantes derrotas del invasor en insustanciales episodios, carentes de vencedores o vencidos. Siempre eludió contar el revés sufrido por los marines hiperarmados, frente a los resistentes mal aprovisionados que enfrentaban (Nolan, 2025).

El Pentágono mantiene un esquema mundial de bases militares forjado durante la guerra fría que ha perdido operatividad. Esa inadecuación fue muy visible en la reciente guerra contra Irán. El costoso gigantismo naval fue totalmente ineficaz, frente a la efectividad y baratura de los drones, que anticiparon la dinámica de las confrontaciones contemporáneas.

Esa inadaptación se extiende también a las pulseadas atómicas. Todo el sistema de control nuclear – establecido durante la guerra fría para contener la proliferación– ha quedado sepultado. Ya hay ocho naciones con armas nucleares y otras treinta con pericia para construirlas.

Los tratados de equilibrio atómico que durante décadas renovaban Washington y Moscú han perdido

efectividad y Estados Unidos no sabe cómo gestionar un escenario que escapa a su mando. Esa desorientación conduce a replanteos de todo tipo. Algunos generales proponen reconsiderar la estrategia de la Destrucción Mutuamente Asegurada (MAD) y otros retoman la doctrina del primer golpe, para una eventual confrontación con China (Foster, 2025).

La renovación de la “guerra de las galaxias” que auspician los consejeros de Trump forma parte de esos replanteos. Las cúpulas doradas –con miles de satélites en el espacio orbital controlados por la Inteligencia Artificial– son concebidas para una conflagración atómica, por la empresa de fabricación aeroespacial Space X del multimillonario Elon Musk.

Ese tipo de proyectos se inscribe en la privatización de las guerras y el creciente uso de mercenarios, que desde hace varias décadas administra el Pentágono. Luego del fracaso de Vietnam, esa preeminencia de los contratistas se tornó dominante.

Pero la conversión de conflictos bélicos en un simple campo de negocios introduce dos problemas al intervencionismo imperial. Por un lado, erosiona la legitimidad política de esas acciones, que son percibidas por el grueso de la población como acontecimientos lejanos y no patrióticos. Por otra parte, multiplica el descontrol de los mercenarios, que tienden a autonomizar sus operativos, privilegiando sus intereses o asumiendo metas propias. Fue lo ocurrido con viejos socios de la CIA como Bin Laden y con otros legionarios del yihadismo.

La capacidad de los imperios para gestionar sus posesiones con tropas de otro cuño, siempre dependió de la vitalidad de esas configuraciones. En su esplendor, Roma otorgaba la ciudadanía a cambio del servicio militar e Inglaterra llegó a manejar casi la mitad de sus fuerzas con reclutas de las colonias.



Pero esas modalidades resultaron contraproducentes en el declive de ambas potencias y ese mismo infortunio con los cipayos afecta a Estados Unidos en la actualidad.

La sustitución de la confrontación bélica por el terrorismo es otro indicio de las desventuras que afronta el Pentágono. De la misma forma, que ha optado por delegar en vasallos los operativos más riesgosos y que elude el uso de tropas propias, recurre a los métodos mafiosos del asesinato selectivo en su acción internacional.

Hilary Clinton festejó el crimen de Gadafi y Obama celebró el homicidio de Bin Laden, con la misma naturalidad que Trump exaltó el magnicidio de Jameiné. Israel introdujo y generalizó esa modalidad de ultimar opositores, que tradicionalmente diferenció al hampa de la punición estatal.

Ese desprecio por el derecho internacional parece un acto de dominación, poder o impunidad, pero en los hechos es otro signo de impotencia del declinante imperialismo norteamericano. Como no logra ejercer su tradicional preponderancia, recurre a vetustas modalidades de salvajismo (Chomsky; Prashad, 2012). El uso reciente de la Inteligencia Artificial para programar masacres de civiles en Palestina, Líbano o Irán es otro indicio de la misma tendencia.

Estados Unidos afianza esta variedad de militarismo atropellado, como desorientada respuesta a su pérdida de autoridad geopolítica. Ninguno de sus gobiernos asume que el fin de la unipolaridad obliga a la primera potencia a actuar en un nuevo tablero de disperso poder multipolar.

Los antecesores de Trump ignoraron ese cambio y el magnate ha intentado manejar sin ningún éxito este adverso escenario. No logró ese control con amenazas económicas coercitivas en el 2025 y menos aún con las aventuras bélicas del 2026. Ese bienio aportó nuevas confirmaciones de un declive derivado de tendencias de mayor porte.

Anticipos, percepciones y aciertos

El retroceso de largo plazo que afronta Estados Unidos fue diagnosticado con gran anticipación por varios estudiosos del tema. De ese pelotón sobresalió un pensador, que subrayó la triple dimensión del declive en el plano financiero, económico y militar (Arrighi, 1999: 192-288).

Destacó que el primer indicador era característico del ocaso padecido por todas las potencias en repliegue. Describió cómo en el caso estadounidense, la financiarización socavó el aparato productivo y atribuyó esa regresión fabril a la expansión de empresas

transnacionales, que erosionaron la cohesión territorial norteamericana. Precisó, además, la forma en que el neoliberalismo acentuó la sobreacumulación, afectando a la economía del Norte y detalló cómo el languidecimiento de la actividad productiva agravó la caída del beneficio (Arrighi, 1999: 288-390).

Partiendo de esa evaluación, estimó que el ocaso no era contenido con exhibiciones de poder militar, ni por sus efectos en inconsistentes recuperaciones. Recordó, además, que los fracasos bélicos inaugurados con Vietnam, no fueron revertidos por ninguna contraofensiva posterior (Arrighi, 2005).

Ese diagnóstico permitió percibir en forma muy temprana el ascenso de China y señalar la existencia de una aguda contraposición entre dos modelos (territorialismo capitalista y economía mercantil), determinantes de retroceso estadounidense y del ascenso chino. Fue una mirada que capturó en su embrión, dinámicas de largo plazo que desbordaban la mera competencia económica entre Occidente y Oriente (Arrighi, 2007: 217-371).

En contraste con otras visiones, que situaban el declive estadounidense en un tobogán de inexorable autodestrucción de todo el sistema mundial (Wallerstein, 2005: 109-141), ese enfoque avizoró distintos desenlaces posibles, sin postular un devenir predestinado. Evitó identificar la crisis del capitalismo norteamericano con un derrumbe cronológicamente previsible, señalando que el declive no seguía un patrón de automaticidad económica. Remarcó la conexión de ese retroceso con procesos político-sociales divorciados de cualquier calendario preestablecido (Katz, 2023: 41-42).

Muchos analistas posteriores han destacado las distintas aristas del declive estadounidense, ilustrando cómo la continuada financiarización de esa economía ha obstruido los intentos de recomposición productiva. Recuerdan, especialmente, que la sostenida exacción de recursos del resto del mundo, no logra ser utilizada internamente para contrarrestar el ocaso.

Los enfoques que subrayan la dimensión multicausal del declive, enfatizan la variedad de procesos que interactúan en esa regresión. Atribuyen la caída, al efecto combinado de la explotación capitalista, el militarismo intervencionista, el hegemonismo político y la ideología misionera. Con esa visión subrayan

la multiplicidad de contradicciones que genera esa interacción (Galtung, 2010: 10-29).

El declive fue avizorado también por los críticos del comportamiento imperial estadounidense y por personajes de la elite de ese sistema, que en forma circunstancial o sistemática dieron cuenta de esa regresión con el propósito de revertirla.

El registro de esas lecturas enriqueció la comprensión del fenómeno, especialmente durante el auge de la unipolaridad. Su análisis permitió confrontar con los erróneos pronósticos de resurrección imperial norteamericana, que al poco tiempo fueron desmentidos de la realidad (Borón, 2014: 8-25).

Analogías con Roma

El declive de Estados Unidos suscita instructivas comparaciones históricas, especialmente con el antecedente romano, que también operó como un sistema de dominación asentado en normas de coerción, expansión y jerarquía. La denominación latina "imperium" alude a esa estructura, contrapuesta con el concepto griego de hegemonía, que siempre fue asociado con formas de sometimiento más consensuadas (Ilkowski, 2015).



Muchas comparaciones resaltan similitudes de Estados Unidos con Roma en el terreno de la violencia autodestructiva. Las semejanzas son extendidas a otras esferas, como el estancamiento productivo, la depredación de los recursos naturales, el despilfarro de las riquezas o la sobre expansión militar.

Las potencias declinantes suelen forzar la extracción de excedentes de sus súbditos para conservar el poder, quebrantando los equilibrios que facilitaban la prosperidad precedente. Por esa compulsión confiscatoria, Roma terminó devorándose a sí misma, cuándo la expropiación de la población circundante no alcanzó para financiar el descontrolado gasto militar. Esa práctica de confiscación guerrera agotó al imperio (Torres López, 2026).

La misma corrosión afecta actualmente a Estados Unidos en el plano de los ingresos y la deuda pública. Roma colapsó cuando el avance de los pueblos vecinos recortó su base tributaria, deteriorando la custodia militar de sus fronteras. Esta misma erosión socava el financiamiento de Estados Unidos, a través de la creciente desdolarización de las transacciones mundiales.

Roma ejercía su poder mediante la fuerza, pero manteniendo contrapartidas de protección, seguridad y beneficios con sus súbditos y aliados. Cuando rompió ese equilibrio, perdió capacidad para preservar su dominación (Norman, 2025). Esa misma fractura de alianzas afecta a Estados Unidos, desde que tiende a transformar a sus socios en vasallos. Ese cambio de relaciones corroe, por ejemplo, el pacto transatlántico que durante toda la segunda mitad del siglo XX sostuvo al sistema imperial.

Un contrapunto esclarecedor entre los efectos de la expansión agrícola romana y la globalización contemporánea, ilustra el boomerang que emparenta al declive de los dos imperios. Al extender sus cultivos fuera de sus fronteras, Roma deterioró su vieja primacía rural a favor de sus vecinos, en un proceso semejante a la mundialización económica que inició Estados Unidos y empoderó a China.

En ambos casos, las ventajas iniciales de la potencia dominante en sectores estratégicos fueron capturadas por sus adversarios, en la propia dinámica expansiva del hegemon. En las dos situaciones, las metrópolis plantaron las semillas de su propia regresión. En la Antigüedad, compartiendo prácticas

agrícolas y en la actualidad, exportando industrias, tecnologías y servicios, que fueron recreados con mayor productividad por sus destinatarios (Heather; Rapley, 2024).

Otro rasgo del declive que emparenta a Roma con Estados Unidos es la perduración temporal de ese descenso, luego del propio agotamiento del sistema. Esa decadencia se extendió durante centurias en la Antigüedad y se verifica en las últimas décadas de regresión norteamericana (Galtung, 2010: 10-29).

La analogía entre ambos imperios, se extiende también a la forma en que las contradicciones económicas internas fueron agravadas por la acción militar. La Guerras contra Cartago le permitieron al coloso de la Antigüedad controlar el Mediterráneo y la provisión de esclavos para su economía doméstica. Pero ese suministró incentivó expansiones militares ulteriores que socavaron esas ventajas. El gendarme norteamericano padece el mismo síndrome, como custodio internacional de la opresión capitalista (Roberts, 2026).

Las semejanzas también se verifican en la virulencia imperial. Esa ferocidad es una consecuencia directa del declive, que reduce la capacidad para generar consensos y desplegar la hegemonía, generando formas más inestables y violentas de dominación. Los imperios nunca declinan de manera suave, aceptando pasivamente la pérdida de su poder. Multiplican las amenazas, exigen mayor obediencia y se tornan más agresivos.

Esa conducta de Roma, fue reproducida por las atrocidades de la Corona española para mantener sus dominios americanos, por el genocidio de los armenios durante el ocaso del imperio otomano, por la crueldad de los británicos frente la pérdida de su joya en la India y por el baño de sangre que perpetró el colonialismo francés para evitar la independencia Argelia (Boron, 2014: 8-25). Desde hace décadas, el imperialismo norteamericano repite esa conducta, con guerras que destruyen países, sin generar ninguna contención a su declive.

Otros contrapuntos históricos

La confrontación entre Estados Unidos y China ha recreado también el interés por la moraleja histórica de la trampa de Tucídides. Esa referencia es utilizada para ilustrar el resultado adverso que afronta una potencia emergente, cuando intenta destronar a

destiempo a su rival dominante. Atenas era la ascendente ciudad-estado marítima, que tenía todo a su favor para doblegar al antiguo dominador terrestre espartano. Pero esas ventajas no le alcanzaron para ganar su apuesta bélica.

Ese inesperado resultado es recordado, a veces, para imaginar situaciones victoriosas del dominador estadounidense, si el desafiante chino captura Taiwán y termina sufriendo la misma derrota que padecieron los atenienses.

Pero la reincorporación de esa isla al territorio unificado de China, sigue una pauta estratégica de otro tipo y ya anticipada por la asimilación de Hong Kong. Es concebida como un proceso más económico que militar y no se inscribe en políticas imperiales expansivas por parte de China. La analogía con Atenas y Esparta es además forzada, porque en el siglo XXI el agresor (Estados Unidos) es una potencia establecida en declive y el agredido (China) es un emergente, que elude el uso de la fuerza.

Justamente por ese posicionamiento, la trampa de Tucídides fue explícitamente aludida por Xi Jinping en su reciente encuentro con Trump. El presidente chino convocó a evitar el aprisionamiento mutuo en un conflicto bélico. Aludió a esa referencia histórica, como un enredo que todos los involucrados deben rehuir para impedir inútiles sangrías.

Algunos autores han estudiado la enseñanza de Tucídides con esa misma finalidad, distinguiendo cuáles fueron los conflictos entre potencias desafiantes y predominantes, que desembocaron en la guerra y cuáles sortearon ese desenlace. A partir de ese cómputo, destacan que la contienda fue evitada en varios casos y puede ser igualmente soslayada en el futuro. Señalan que el ejemplo más reciente de esa tensión sin guerra final, fue la confrontación que mantuvieron Estados Unidos y la Unión Soviética. Entienden que ese antecedente debería ser reproducido en la disputa actual entre Washington y Beijing (Allison, 2017:1-3).

Ese escape de la trampa de Tucídides sería factible, porque al igual que la Unión Soviética (y a diferencia de Atenas), China no está embarcada en proyectos militaristas ofensivos, sino en desenvolver un escudo defensivo contra el agresor norteamericano.



Otro antecedente ilustrativo –muy distante de lo ocurrido entre la Estados Unidos y la URSS– fue la confrontación que desató el hegemónico imperio británico (retador), contra el desafiante rival alemán (retado), a principio del siglo XX. Pero esa pugna se dirimió en el campo de batalla e involucró a enemigos con estrategias y conductas muy distintas del contexto actual. China no es comparable con Alemania, y Estados Unidos no se asemeja a Inglaterra.

En el primer caso, porque Beijing está embarcado en una expansión económica mundial, que no sigue la pauta del militarismo imperialista. Despliega negocios y no invasiones, con la atención puesta en sostener su crecimiento y no en la ocupación formal o informal de territorios ajenos. Esta conducta se ubica en las antípodas del imperialismo alemán de la primera mitad del siglo XX (Katz, 2023: 100-109).

Por otra parte, varias diferencias separan a Estados Unidos de su antecesor británico, ante todo, en el plano económico. Inglaterra era un acreedor mundial que exportaba capitales, financiando la inversión mundial con fondos que fluían desde la metrópolis hacia la periferia. Por el contrario, Estados Unidos es un deudor que recepta esos capitales. Acumula, además, un monumental déficit comercial con su retador chino que financia con emisión y endeudamiento (Tooze, 2026).

Es cierto que la industria inglesa declinaba con la misma tónica que su sucesor norteamericano actual y que también recurrió al proteccionismo para contrarrestarla, pero nunca afrontó la escala que presentan esos procesos en Estados Unidos. Y esa diferencia de intensidades es muy relevante para una potencia norteamericana, que se expandió a partir de su propia base territorial.

Mientras que Gran Bretaña, que se vio obligada a salir tempranamente al exterior para colocar sobrantes industriales, importar materias primas y asegurar su preeminencia financiera, la economía estadounidense se desarrolló en forma paulatina con parámetros autocentrados. No emergió de una localización pequeña (como Holanda o Portugal), ni mediana (como Gran Bretaña o Francia), sino de un enorme asentamiento poblado con torrentes de inmigrantes. El declive actual de su industria afecta duramente esa trayectoria.

Estados Unidos no cuenta, además, con la flexibilidad que tuvo Gran Bretaña para consumir su repliegue, amoldándose a nuevas circunstancias históricas. Mientras que Inglaterra pudo realizar su traspaso del comando mundial al socio ascendente, su ahijado no tiene a mano ese candidato y no puede repetir esa transferencia.

La inflexibilidad norteamericana obedece a fuertes determinantes militares, que lo diferencian del antecesor inglés. La primera potencia ha forjado una estructura bélica cualitativamente superior a la construida por Gran Bretaña, puesto que asumió un rol de protección del capitalismo mundial que su predecesor nunca desarrolló. Por esa razón, Washington no se embarca en los caminos para deshacer el imperio que siguió Londres y refuerza su ofensiva de guerras imperiales, en todos los rincones del planeta.

Existen también comparaciones de la regresión estadounidense con lo ocurrido con la Unión Soviética, pero son contrapuntos poco pertinentes. Omiten que la URSS nunca tuvo una impronta imperial, porque tampoco cobijó un sistema capitalista. Careció de una clase propietaria asentada en la acumulación de plusvalía y sujeta a las reglas de la competitividad entre empresas.

Esa ausencia explica la política conservadora que desarrolló el Kremlin, evitando el expansionismo y bregando por recrear el estatus quo con su par norteamericano. Por el contrario, Estados Unidos es el imperialismo global más agresivo de la historia, porque concentra en su sistema económico todas las contradicciones del capitalismo del siglo XXI.

Es importante tener presente las diferencias de regímenes sociales en que se asientan las potencias en declive. El poder de Roma descansaba en la propiedad territorial, el trabajo esclavo y la expansión fronteriza, mientras que el imperio del capital estadounidense se sostiene en la explotación del trabajo asalariado, la competencia y la productividad de las empresas. Y lo mismo vale para los contrapuntos con otros casos. Ese reconocimiento es importante, para notar que las semejanzas en los declives de los distintos imperios no suponen desemboques análogos.

El interés por mirar el pasado con preocupaciones de futuro siempre fue el propósito de esas comparaciones. Las primeras analogías de la decadencia de Roma con su posible repetición en Inglaterra (que formuló Gibbon en 1776), eran impulsadas por la pretensión de evitar ese descenso, con mayor estímulo del comercio y la industria.

La trampa de Tucídides es reiteradamente recordada para alertar sobre las inmanejables consecuencias de cualquier chispa bélica, pero también para postular singularidades de Estados Unidos que lo eximirían de cualquier declive. Ese negacionismo constituye otro aspecto clave del escenario actual, que analizaremos posteriormente.

Referencias bibliográficas

Allison, G. T. (2017). *Destined for war: Can America and China escape Thucydides's trap?* Houghton Mifflin Harcourt.

Amin, S. (2004). *El imperialismo colectivo*. IDEP-CTA.

Arrighi, G. (1999). *El largo siglo XX: Dinero y poder en los orígenes de nuestra época*. Akal.

Arrighi, G. (2005a). Hegemony unravelling–1. *New Left Review*, 32, 23–80. <https://newleftreview.org/issues/ii32/articles/giovanni-arrighi-hegemony-unravelling-1>

Arrighi, G. (2005b). Hegemony unravelling–2. *New Left Review*, 33. <https://newleftreview.org/issues/ii33/articles/giovanni-arrighi-hegemony-unravelling-2>

Arrighi, G. (2007). *Adam Smith en Pekín: Orígenes y fundamentos del siglo XXI*. Akal.

Borón, A. A. (2014). *América Latina en la geopolítica del imperialismo*. Luxemburg.

Chomsky, N., & Prashad, V. (2022, 15 de septiembre). La retirada. *Zenda*. <https://www.zendalibros.com/la-retirada-de-noam-chomsky-y-vijay-prashad/>

Foster, J. B. (2025, 12 de junio). La doctrina Trump y el nuevo imperialismo MAGA. *Monthly Review*. <https://monthlyreview.org/articles/the-trump-doctrine-and-the-new-maga-imperialism/>

Galtung, J. (2010). *La caída del imperio de los EE. UU.: ¿Y luego qué?* Transcend University Press.

Heather, P., & Rapley, J. (2024). La caída de Occidente: ¿Qué podemos aprender del Imperio romano? *El Orden Mundial*. <https://elordenmundial.com/entrevista-rapley-heather-caida-occidente-imperio-romano/>

Hudson, M. (2024). La economía está en el punto máximo de endeudamiento... no hay forma que se recupere. *Kaos en la Red*. <https://kaosenlared.net/michael-hudson-la-economia-esta-en-el-punto-maximo-de-endeudamiento-no-hay-forma-que-se-recupere/>

Ilkowski, F. (2015). *Capitalist imperialism in contemporary theoretical frameworks: The newest theories*. Peter Lang.

Katz, C. (2023). La crisis del sistema imperial. *Jacobin*. <https://jacobinlat.com/2023/09/la-crisis-del-sistema-imperial-2/>

Lapavistas, C. (2026). El poder del dólar depende más de la capacidad coercitiva de EE. UU. que de su economía. *Rebelión*. <https://rebellion.org/el-poder-del-dolar-depende-mas-de-la-capacidad-coercitiva-de-eeuu-que-de-su-economia/>

Magdoff, H. (1969). La era del imperialismo. *Pensamiento Crítico*, 29, 6–159.

Nolan, G. (2025). *Yankwashing: Cómo el imperio borra la verdad*.

Norman, M. (2025, 22 de agosto). The fall of empires: A Marxist perspective. *GreekReporter*. <https://greekreporter.com/2025/08/22/empires-fall-marxist-perspective/>

Roberts, M. (2023). Un mundo multipolar y el dólar. *Sin Permiso*. <https://www.sinpermiso.info/textos/un-mundo-multipolar-y-el-dolar>

Roberts, M. (2026). La trampa de Tucídides y el declive del imperialismo estadounidense. *Viento Sur*. <https://vientosur.info/la-trampa-de-tucidides-y-el-declive-del-imperialismo-estadounidense/>

Tooze, A. (2026). Imperialismo: Por qué los Estados Unidos del siglo XXI no son como la Gran Bretaña eduardiana. *Sin Permiso*. <https://sinpermiso.info/textos/imperialismo-por-que-los-estados-unidos-del-siglo-xxi-no-son-como-la-gran-bretana-eduardiana4>

Torres López, J. (2026). El doloroso declive de los imperios. *Rebelión*. <https://rebellion.org/el-doloroso-declive-de-los-imperios/>

Wallerstein, I. (2005). *Análisis de sistemas-mundo: Una introducción*. Siglo XXI.

*Algunas innovadoras lecturas de la obra de Karl Marx**

Los trabajos de Kohei Saito

[Primera parte]



Renán Vega Cantor
Investigador Independiente

No debe resultar sorprendente que Marx permanezca tan inagotable como el propio capital, y que, con cada adaptación o mutación de este, resuenen en sus textos y en su pensamiento nuevos modos con acentos frescos -inédits como dirían los franceses-, ricos en nuevos significados.

Fredric Jamenson, *Representing Capital. El desempleo: una lectura de El Capital*,
Lengua de Trapo, Madrid, 2012, p. 19.

* Nota de la Revista: Este texto es el primero de una serie de tres, en la que su autor aborda un análisis crítico de lo que él considera son lecturas innovadoras de la obra de Marx. En este número se ocupa de los trabajos del filósofo y economista político japonés Kohei Saito, especializado en la crítica ecológica y el pensamiento de Carlos Marx. En la segunda entrega, realizará un estudio del trabajo Marx en los márgenes del investigador estadounidense Kevin Anderson traducido al castellano en 2024. Y, en la tercera, se ocupará del libro del filósofo italiano Matteo Pasquinelli, *El ojo del amo*. Una historia social de la inteligencia artificial, publicado en castellano en 2025.

En los últimos años en diversos lugares del mundo se implementa una renovada lectura de la obra de Karl Marx, algo que cobró fuerza después de la crisis mundial capitalista de 2008, cuando empezaron a desempolvarse los escritos del coautor de *El Manifiesto comunista*. Una particular veta investigativa para acceder a un amplio acervo del pensamiento de Marx lo está proporcionando el llamado proyecto MEGA2 (Marx-Engels-Gesamtausgabe) que se ha propuesto publicar todos los escritos de Karl Marx y Friedrich Engels, incluyendo la totalidad de textos publicados por los dos autores, así como la totalidad de manuscritos, incluyendo aquellos nunca publicados en su totalidad, e incluso los cuadernos de notas de Marx, con los resúmenes y transcripciones de los libros que leyó durante su vida y sobre los que dejó glosas y comentarios. Se ha anunciado la publicación de unos 130 volúmenes, que recogerían, ahora sí, las Obras Completas de los dos autores considerados.

Esta MEGA2 es una continuación y culminación de la MEGA1, un proyecto inacabado que se realizó en la Unión Soviética en las décadas de 1920 y 1930. Esta MEGA2 había empezado en la URSS y en la República Democrática Alemana en la década de 1980 y por la desaparición de esos dos países el proyecto quedó paralizado. Luego fue retomado por investigadores independientes de muchos países, se encuentra en marcha y aspira a completarse en los próximos años¹. Ya se han publicado algunos volúmenes e investigadores que han consultado los materiales inéditos escriben estos artículos y libros que se apoyan en esa nueva documentación.

Por la novedad en cuanto a las fuentes no conocidas de Marx y Engels, algunos autores alemanes y europeos que están accediendo a ese material incurren en dos desaciertos, que es necesario señalar, de entrada, en este artículo.

¿Un nuevo Marx?

A raíz de la información que aparece en los textos no conocidos de Marx y de Engels algunos autores han llegado a plantear la existencia de un “nuevo Marx”, el cual sería una especie de autor no contaminado por el eurocentrismo, la mirada optimista sobre el progreso o sus consideraciones ambivalentes sobre

el rol de las fuerzas productivas, que se manifestaron en sus primeras obras. Quienes eso plantean, entre los que se encuentran algunos de los que proponen una nueva lectura de Marx y de *El Capital*, tienen una postura similar a la de los Dos Marx de Louis Althusser, el joven y el viejo, aunque ahora sería un Marx convencional, el más conocido, y otro radicalmente distinto, que estaría emergiendo de los archivos de la última fase vital de Karl Marx. Para visualizar ese “nuevo Marx” debe hacerse una ruptura radical entre la mayor parte de sus obras, las publicadas y las más conocidas, y los materiales inéditos que ahora empiezan a leerse y consultarse y, sobre todo, a diferenciar y distanciar por completo a Marx de Engels.

Esta apreciación es discutible por varias razones, que en nuestras lecturas de los últimos años hemos apreciado y, en forma esquemática enunciamos de manera general: porque le rinde culto a una visión anacrónica que pretende trasladar cuestiones de nuestro mundo y nuestra época a tiempos de Marx, para que este nos clarifique lo que hoy acontece con el capitalismo realmente existente, como si eso no nos correspondiera a nosotros, en terrenos donde ni siquiera en la época de Marx tenían por qué plantearse esos problemas, que claramente no habían emergido, como el relativo, por ejemplo, al trastorno climático; porque, en esa dirección, se pretende actualizar a Marx a la luz de exigencias contemporáneas, tales como las luchas de las mujeres, los asuntos ecológicos, la crítica a la tecnología, negándose a examinar sus postulados como análisis históricos, con proyecciones significativas para nuestro tiempo, pero que no pueden solucionar aspectos cruciales que dejó planteado el mismo estudio que realizó Marx, y el cual quedó inconcluso y abierto; porque, a veces entrelíneas y a menudo de manera clara y explícita, se pretende contraponer a Marx con la tradición revolucionaria que lo heredó –para mal y para bien– durante el siglo XX, el Siglo de la Revolución, sin entender las características reales que asumió la lucha de clases desde la Primera Guerra Mundial y, en ese sentido, existe un intento por “huir” de la historia real y refugiarse en un pretendidamente incontaminado “nuevo Marx”, que no tendría nada que ver con la tradición marxista posterior al año 1883, cuando aquel murió físicamente.

¹ Una historia sucinta del proyecto MEGA 1 y 2 se encuentra en Roberto Fineschi, *Un nuevo Marx. Filología e interpretación tras la nueva edición histórico-crítica (MEGA2)*. El Viejo Topo, Barcelona, 2024.

Ahora bien, la consideración de estos aspectos no significa que dejen de ser significativos los hallazgos que se han hecho en los archivos de Marx y Engels, sino que simplemente deberían ser sopesados en el marco de toda su obra intelectual y política que, como en el caso de cualquier autor, sigue un proceso de evolución, maduración y depuración de sus puntos de vista, en concordancia con el cambio en las circunstancias históricas que le ha tocado vivir y enfrentar. Tal sería, a nuestro entender, la importancia de la publicación de la MEGA2, porque allí se puede delinear la fase final de la vida de nuestro autor y la forma cómo se decantan sus reflexiones y miradas en las cuales, indudablemente, existe una crítica al progreso, al culto de las fuerzas productivas, al sistema colonial, y una reivindicación de las vías múltiples de desarrollo histórico. Todo eso es esencial para actualizar la crítica al capitalismo y enfrentarlo, en medio de los nuevos desafíos que han surgido ante las derrotas históricas del movimiento revolucionario, la ofensiva de la extrema derecha, las transformaciones del mundo del trabajo y de los trabajadores, la emergencia de nuevos sujetos en lucha, el brutal cambio climático, la guerra imperialista, el reordenamiento geopolítico del mundo, entre muchos aspectos cruciales de nuestro tiempo.

La industria académica contra Engels

Uno de los presupuestos de un “nuevo Marx” se centra en contraponer su obra a la de su compañero de reflexiones y de luchas, Friedrich Engels. Algunos autores plantean que hay una contraposición absoluta entre los dos autores, siendo Engels un pensador menor, sin mucha importancia en la reflexión de Marx y que debería ser olvidado. Por ejemplo, ciertos lectores, que han consultado las diversas variantes de los manuscritos de *El Capital*, cuestionan la labor de Engels como editor de los tomos 2 y 3 de esa obra inconclusa y llegan a afirmar que fue más negativo que positivo su papel en la difusión de ese magno libro.

En esa perspectiva, se ha ido configurando una industria académica, bastante unilateral y reduccionista, de “Marx contra Engels”. “A menudo este enfoque, si bien no carece de momentos interesantes, no se dedica tanto a señalar que los dos hombres

no siempre estuvieron de acuerdo (algo difícilmente discutible), ni a distinguir su pensamiento de forma más sistemática, y ni siquiera a contraponer el pensamiento de ambos; sino que se centra en validar al primero como el pensador verdadero, frente al segundo, supuestamente más tosco”².

Un gran error de Engels, a la luz de los marxólogos puristas de nuestros días, consistió en haberse atrevido a publicar los tomos, inconclusos e incompletos, de *El Capital*. Porque, debe recordarse, que

Engels editó el manuscrito de Marx, seleccionó, abrevió y descartó bastantes fragmentos. Una parte la reescribió, completo los textos y realizó añadidos, modificó la edición en capítulos y en epígrafes e incorporó el título. También cometió ocasionalmente algún error, lo que no es sorprendente si tenemos en cuenta el estado de desorden en que encontró los manuscritos en el legado de Marx. A los autoproclamados amigos del auténtico Marx les gusta condenar todo ello, pero Marx no dejó últimas palabras ni interpretaciones definitivas de su propia obra. *Engels estaba intelectualmente más cerca de Marx que cualquier otra persona, y conocía sus intenciones y sus planes mucho mejor que todas las generaciones posteriores*³.

Resulta lamentable que se esté instaurando una nueva moda académica, la del “nuevo y auténtico Marx”, al cual debe anteponerse en forma absoluta su amigo y camarada F. Engels. Hace 50 años, esta moda ha habido sido cuestionada por el filósofo Sebastián Timpanaro, algo que hoy se replica tal cual:

A Engels se le culpa y se le hace cargar con todo aquello que no encaja en un momento dado con el discurso académico del momento, o que es visto con malos ojos por el mismo: el materialismo, el determinismo, el historicismo, la teoría de clases, el economicismo y así sucesivamente. Así, se destila un Marx libre de impurezas apropiado para su interpretación por las sucesivas modas académicas. Este Marx depurado aparece con la fisonomía de un pensador y filósofo profundo y sutil, hasta entonces incomprendido.

² China Miéville, Un espectro recorre el mundo. Sobre el Manifiesto comunista, Akal, Madrid, 2024, Nota 36, p. 4

³ Michael Kratke, Friedrich Engels. El burgués que inventó el marxismo, Bellaterra, Barcelona, 2020, p. 44.

Así, uno puede ser “marxista” y ponerse en la misma dirección que soplan los vientos académicos a un mismo tiempo⁴.

Recientemente, Paul Blackledge, un autor inglés, ha reivindicado la importancia de Engels para el conocimiento histórico, criticando de paso esa “industria académica” que demerita y reduce sus contribuciones como revolucionario, entre ellas las de pensador y difusor de sus ideas y las de Marx⁵.

Hechas estas dos precisiones, vamos a analizar dos libros que se basan en ese material, aunque no quiere decir que esos dos textos repliquen en forma acrítica las limitaciones señaladas, a pesar de que pueda haber algo de ello.

Al final, analizaremos una parte de un libro, que no se apoya en la MEGA2, sino en una lectura cuidadosa de fuentes consultadas por Marx en sus elaboraciones teóricas sobre los procesos de trabajo bajo el capitalismo que apuntan al autor del libro a estudiar los orígenes de la Inteligencia Artificial.

Es loable el esfuerzo del joven pensador japonés por escribir en una forma sencilla, para un gran público, asuntos relacionados con la catástrofe ecológica y climática que genera el capitalismo y que eso lo haga desde una perspectiva marxista y anticapitalista. Y es loable también que se intenten relacionar aspectos teóricos, originados en la obra de Marx, algunos de los cuales se plasmaron en su primer libro, analizado antes, con los problemas ambientales de nuestro mundo. De la misma forma, es interesante que se hagan propuestas encaminadas a superar la debacle capitalista, con sus consecuencias negativas en todos los terrenos, incluyendo la destrucción de la naturaleza y que eso se formule desde el “comunismo decrecentista”.

Asuntos ecológicos

El primer libro del que nos ocupamos ha sido escrito por el joven investigador japonés Kohei Saito y se titula *La naturaleza contra el capital. El ecosocialismo de Karl Marx*. Este libro es una adaptación de una tesis de doctorado en 2014 en la Universidad Humboldt. La primera edición del libro fue distinguida en 2018 con el Premio Deutscher Memorial que se entrega anualmente al mejor libro de teoría marxista que se publica en Europa.



La gran novedad del libro estriba en su consulta de los cuadernos, notas y manuscritos de Marx no publicados que se refieren en forma directa o indirecta a asuntos ecológicos.

Este libro hace un recuento sobre el estado de la cuestión de Marx y la ecología. Allí se señala que la mayor parte de quienes han asumido el tema, con contadas excepciones, concluyen que el revolucionario de Tréveris no tuvo ninguna perspectiva ecológica seria, en gran medida porque estaba embebido de una visión prometeica del progreso, de la tecnología y de la naturaleza. En cuanto a esta, la mayor parte de los críticos sostienen que Marx concebía una relación depredadora y destructiva de la naturaleza,

⁴ Citado y parafraseado en M. Krake, op. cit., pp. 98-99.

⁵ Paul Blackledge, “Friedrich Engels nos enseñó cómo podemos hacer historia”, Sin Permiso, julio 26 de 2026. Disponible en: Paul Blackledge, “Friedrich Engels nos enseñó cómo podemos hacer historia” - Paul Blackledge | Sin Permiso.

propia del pensamiento europeo de su tiempo y del culto particular que el fundador del materialismo histórico les atribuiría a las fuerzas productivas y al dominio antropocéntrico de las fuerzas naturales, a las que los seres humanos deberían someter y destruir.

De entrada, Saito cuestiona esta concepción al resaltar que, si bien es cierto en una parte de su obra, en sus primeros escritos de finales de la década de 1840 y comienzos de la de 1850, aflora esa visión progresista de Marx y optimista con respecto a las relaciones seres humanos-naturaleza, esa mirada se fue modificando hasta configurar una perspectiva crítica del impacto nefasto del capitalismo en términos ambientales. A pesar de eso, existen manifestaciones de esa primera época, como cuando, por ejemplo, Marx y Engels están discutiendo con Ludwig Feuerbach y hacen una declaración de una impresionante resonancia actual en cuanto a la comprensión de las fuerzas capitalistas que destruyen la naturaleza, como la que se expresa de esta forma:

La “esencia” del pez es su “ser”, el agua. La “esencia” del pez de río es el agua de río, pero esta agua deja de ser su “esencia”, se convierte ya en medio inadecuado para su existencia tan pronto como el río se ve sometido por la industria, tan pronto como se ve contaminado por los colorantes y otros desechos, como comienzan a surcarlo buques, como sus aguas se desvían por un canal, en el que se podría privar al pez de su medio ambiente, interceptando el paso del agua. (Citado, p. 78)

Recalamos algunos de los aportes de este libro de Saito, entre los que se destaca, en primer término, la reconstrucción de la manera cómo Marx usa la noción de metabolismo, un vocablo que fue usado por científicos naturales desde comienzos del siglo XIX y se convirtió en un concepto central de la naciente química orgánica por parte de quien es considerado el padre de esa disciplina, el alemán Justus von Liebig (1803-1873).

Rastreando entre los manuscritos de Marx encuentra un texto de 1851 titulado Reflexión, en donde por primera vez, y no por influencia de Liebig, menciona el término metabolismo de la siguiente manera:

A diferencia de la sociedad antigua donde solo los privilegiados podían intercambiar este o aquel

[artículo] todo puede ser poseído por todos [en la sociedad capitalista]. Cada interacción metabólica puede llevarse a cabo por todos, dependiendo de la cantidad de dinero de los ingresos propios que pueda ser transformada en cualquier cosa: prostituta, ciencia, protección, medallas, sirvientes, adulación, todo [se convierte] en un producto de intercambio, al igual que el café, el azúcar y el arenque. En el caso de la [sociedad] de rango, el disfrute de una persona, su *interacción metabólica*, depende de cierta división del trabajo, bajo la cual él o ella es subsumido/a. En el caso de la sociedad de clase [depende] solo de los medios universales de intercambio que él o ella pueda apropiar [...] Donde el tipo de ingreso todavía está determinado por el tipo de ocupación, y no simplemente por la cantidad del medio universal de intercambio como hoy, sino por la calidad de la ocupación, las relaciones bajo las cuales el trabajador puede entrar en la sociedad y apropiar [objetos] son severamente restringidas, y el órgano social para la *interacción metabólica* con las producciones materiales y espirituales de la sociedad está limitado a una cierta forma y a un contenido particular desde el comienzo. (MEGA2, iv/8, pp. 233-234, citado en pp. 90-91).

Por interacción metabólica, Marx entiende el nexo transhistórico que conduce a todo individuo humano a satisfacer sus necesidades concretas, algo característico de toda forma de producción y que, en el caso señalado en la cita, está seriamente alterada en la sociedad capitalista, cuyo carácter de clase, oculto en el dinero, limita la satisfacción de esas necesidades por todos los individuos, es decir, dificulta o imposibilita sus “interacciones metabólicas”.

Esto indica que metabolismo no fue una adquisición teórica tardía de Marx, sino que ya estaba presente desde sus primeros escritos. Con el tiempo, su concepción se fue puliendo, en la medida en que estudiaba a Liebig y a otros científicos naturales de su tiempo.

De esta forma, en *Los Grundrisse* Marx señala que el metabolismo se refiere a la interacción entre los seres humanos y la naturaleza, lo cual supone incluir tres momentos de apropiación y transformación de la naturaleza: de las materias primas, de los medios de producción y del trabajo humano. En Marx se va perfilando la noción de un “metabolismo social” que

existe en cualquier sociedad, que es alterado tan drásticamente en el capitalismo que se genera una destructiva fractura metabólica.

Marx realiza a lo largo de su obra, con posterioridad a 1850, un esfuerzo por conectar los análisis procedentes de la química con la crítica de la economía política. En esa dirección, va delineando dos cuestiones íntimamente relacionadas: la del trabajo como fuerza transformadora de la naturaleza, y las restricciones que impone la naturaleza para que los seres humanos puedan controlar y regular el metabolismo. En concreto, nos dice Sayto, Marx usó el concepto de metabolismo en tres sentidos, tanto en *El capital* como en *Los Grundrisse*, “interacción metabólica entre los humanos y la naturaleza”, “metabolismo de la sociedad” y “metabolismo de la naturaleza” (p. 99). La irrupción del capitalismo altera la relación metabólica entre el hombre y la naturaleza, siendo uno de sus primeros resultados, ya señalado por Liebig, la destrucción y agotamiento de ciertos bienes naturales. En concreto, su concepción de la “agricultura del robo” se refiere a la agricultura capitalista, en la cual no existe una reposición adecuada de la tierra para que siga generando bienes alimenticios a los seres humanos. Esta es una parte del asunto, la otra son los efectos que trae el capitalismo para los trabajadores, cuya explotación genera modificaciones en los procesos de trabajo, que los aniquila a ellos y al medio natural, dado que el movimiento de valorización del capital en búsqueda de ganancia y de acumulación destruye la base natural de la producción capitalista.

Esta idea es profundizada por el autor en el capítulo 3, donde analiza el metabolismo en *El capital*. Allí se señala que el proceso de trabajo es una expresión de un metabolismo transhistórico, puesto que solamente a través de un intercambio incesante con la naturaleza, los seres humanos producen, se reproducen y pueden habitar la tierra.

En el capitalismo el proceso de trabajo sufre tales modificaciones como resultado de la ley del valor, que implica que el trabajo está subordinado al poder social de la mercancía, el dinero y el capital. Al respecto, “Marx examina en detalle como la mediación de la interacción social y natural entre los humanos y la naturaleza, a través de la lógica de valorización del capital, organiza la producción y circulación social de tal forma que el intercambio metabólico resulta trastocado inexorablemente”. (p. 147).

En el resto del capítulo 3, el autor ahonda en las consideraciones de Marx sobre el metabolismo tal y como se encuentran en *El capital*. Pero, lo más interesante, novedoso y polémico viene en la segunda parte del libro, que está consagrado a las concepciones de Marx en los últimos quince años de su vida, tal y como se encuentran en sus apuntes y notas de lectura que forman parte de los escritos que está en curso de publicar la MEGA2.

En el capítulo 5 analiza el impacto de la obra de Liebig en las preocupaciones de Marx, en lo relativo a la renta de la tierra, siendo el acápito más importante el que se refiere a los límites naturales. En concreto, en la séptima edición de su *Química agrícola* de 1862 Liebig señala, según Saito, la existencia de límites naturales para las mejoras agrícolas “debido a la cantidad finita de nutrientes minerales disponibles en el suelo y a la capacidad limitada de absorción de las raíces y las hojas” (p. 186). En esa dirección, el autor asegura que en 1865 Marx tenía clara la idea de que el capitalismo enfrenta “límites naturales insuperables” (p. 191). La idea, que aparece expresada en *El capital*, sobre el agotamiento tanto del trabajador como de la naturaleza fue tomada de Liebig. Marx lo anunció en sus manuscritos de 1864-1865:

La gran industria y la agricultura industrial van de la mano. Si originalmente se distinguen por el hecho de que la primera devasta y arruina la fuerza de trabajo, y por tanto la fuerza natural del hombre, mientras que la segunda hace lo mismo con la fuerza natural del suelo, en el transcurso del desarrollo ambas se unen, pues el sistema industrial aplicado a la agricultura también debilita a los trabajadores allí, mientras que la industria y el comercio por su parte, proporcionan a la agricultura los medios para agotar el suelo. (Citado p. 204).

En los restantes capítulos, el autor nos introduce en lo que podemos llamar “el laboratorio o el taller de Marx”, esto es, en el estudio de sus lecturas, notas, apuntes, glosas y comentarios a los libros que iban leyendo. Se destacan sus lecturas sobre ciencias naturales en diversos ámbitos (química, geología, física, biología). En el capítulo 5 se detalla la cuestión de la forma cómo la agricultura capitalista agota el suelo, a partir de las obras de Liebig y otros químicos de la época que polemizaron con este. Allí recalca el descubrimiento de Liebig, que él denomina “robo del

suelo", que consiste en explotar intensivamente la tierra basándose en la utilización de fertilizantes, lo que implica que el aumento de las cosechas no se corresponde con el enriquecimiento de las materias nutritivas del suelo, sino que es un producto del uso de técnicas que empobrecen más la tierra, con lo cual se viola lo que el químico alemán denominó la "ley de la compensación", esto es, la sustitución adecuada de los nutrientes del suelo en cada cosecha. Es decir, que entre más se explota el suelo para aumentar la ganancia y la renta más se destruye la fertilidad natural del suelo.

Sobre este asunto, Liebig hizo un punzante comentario, pleno de actualidad, plenamente compartido por Marx: "Se trata de la violación de una de las leyes más racionales de la naturaleza cuando la generación actual cree que tiene derecho a su destrucción. Lo que está circulando pertenece a la generación actual y está destinado a ella. Sin embargo, lo que el suelo contiene en su vientre no es la riqueza de la generación actual, pues pertenece a las generaciones futuras" (Citado en K. Sayto, p. 233).

Más adelante, Saito sostiene, algo muy discutible, que Marx tiene una concepción propia de lo que hoy se denomina "imperialismo ecológico". Por tal se entiende, en ese momento, que la expansión colonial de Inglaterra implicó la destrucción de los bienes naturales en los lugares que eran incorporados a su sistema colonial. Y uno de los casos históricos que considera Marx, siguiendo a Liebig, es el del guano del Perú, que fue un fertilizante de origen animal que fue expoliado por Inglaterra hasta su agotamiento, con el objetivo de nutrir artificialmente sus suelos. De la misma forma, se analiza el caso de Irlanda, cuyos suelos fueron asolados por la explotación del capitalismo inglés, cuyos colonizadores los transformaron con la introducción de pasturas para vacas y ovejas.

De ahí concluye Saito que "debido a este imperialismo ecológico, una profunda fractura metabólica se extiende por todo el planeta" (p. 241). Esto es cierto, pero lo que es discutible es si esa era la visión de Marx, en un momento que ni siquiera se usaba la noción moderna y crítica de imperialismo, aunque la idea esté en ciernes en la explicación de la explotación y destrucción del guano en las islas peruanas, pero no sea desarrollada a fondo, como se ha hecho en la actualidad, algo por lo demás difícil de realizar por el estado de la investigación y el conocimiento

con respecto a los impactos nefastos de la colonización europea y de la expansión mundial del capitalismo y cuando, sobre todo, había porciones significativas del planeta que no habían sido incorporadas a la explotación internacional del capitalismo.

El último capítulo versa sobre la "ecología de Marx después de 1868". Acá el autor japonés señala que en los últimos años de su vida Karl Marx empezó a entender el asunto de los límites naturales del capitalismo y abandonó en forma definitiva la idea de un progreso tecnológico que garantizaría un incremento permanente de la producción. De la misma manera, aunque Marx mantuvo su admiración por la obra de Liebig empezó a mirarlo críticamente en cuanto a que no cuestionaba con suficiente énfasis el uso de los abonos químicos, en cuya producción además participaba, y tampoco resaltaba el rol del colonialismo británico, crucial para entender la destrucción del suelo y de los bienes naturales en el mundo periférico, como era el caso de Irlanda.

Por primera vez, Marx se interesa por la "física agrícola" a partir de diversos escritos de la época, en especial el libro de Carl Frags, publicado en 1847, *El clima y la flora en el tiempo, una historia común*. Estos físicos destacaban aspectos que Liebig no tenía en cuenta, puesto que no se centraban solamente en la cuestión relativa al uso de los fertilizantes como factores que deterioran la fertilidad del suelo, sino que consideraban otras variables, entre ellas los efectos deletéreos de aspectos meteorológicos y climáticos en la descomposición de los suelos, lo que concretamente se expresaba en una mayor o menor velocidad de meteorización de las rocas, de los productos minerales y del suelo en general.

Los argumentos de Frags apuntan a considerar un factor descuidado por Liebig, dudar de la efectividad de los productos químicos en modificar positivamente la agricultura, porque más bien son fuerzas naturales las que contribuyen a generar una agricultura sostenible. Si esas fuerzas se usan en forma adecuada, podría garantizarse la satisfacción de las necesidades humanas sin agotar el suelo y sin recurrir a fertilizantes artificiales.

De manera sorprendente, un aspecto adicional que aparece en los cuadernos de lectura de Marx se refiere a cuestiones climáticas, las que toca marginalmente por su lectura de la obra mencionada de Frags, un autor al que elogia por ser un científico natural con

Algunos elementos que generan muchas dudas están referidos a una mirada anacrónica y extemporánea a la obra de Marx, hasta el punto de que proyecta hacia él, desde nuestro presente, asuntos y problemas que este no podía ni siquiera vislumbrar porque no eran propios de su tiempo histórico. Y nos referimos al intento, forzado e innecesario, de decir que Marx era ecosocialista, cuando en el siglo XIX dicho término ni siquiera existía y, mucho menos, podía ser considerado como un concepto al que se hubiera acercado Marx. El ecosocialismo es una corriente intelectual, y sobre todo política, que se viene gestando y consolidando en las últimas décadas, en pleno siglo XXI cronológico.

“una tendencia socialista inconsciente”. Para este, los factores climáticos son más importantes en cuanto al mantenimiento y crecimiento de la vegetación que la composición química del suelo. Así, la migración de plantas hacia zonas más altas es un indicador de cambio que señala que ciertos lugares se encuentran en proceso de desertificación. Marx cita a Humboldt, quien afirma que “la escasez o ausencia de bosques aumenta sin excepción la temperatura y la sequedad del aire”. (p. 285).

Marx enfatiza, a partir de esos elementos climáticos, en el impacto que tiene la deforestación en Europa y otros lugares del mundo como resultado de la expansión capitalista, lo cual incrementa la desertificación, como se observaba en el caso de Cuba y el sur esclavista de los Estados Unidos, cuyos suelos se agotaban por la explotación intensiva de la caña de azúcar y el algodón, respectivamente.

Estos aspectos los inscribe Sayto en la lógica de que Marx ya vislumbraría con claridad la contradicción capital-naturaleza e incluso avizoraba, de alguna forma, el cambio climático y sus impactos destructores sobre seres humanos y naturaleza. Estas afirmaciones son muy discutibles y, en gran medida, anacrónicas y forzadas por querer inscribir a Marx en el ámbito de problemas acuciantes de nuestro tiempo que, a finales del siglo XIX, no aparecían en el horizonte científico, intelectual o político, porque no habían cobrado la urgencia que hoy tienen.

El autor concluye señalando que, en los últimos años de su vida, Marx estaba muy interesado en el estu-

dio de las ciencias naturales, con la pretensión de integrar los avances en el conocimiento científico en la comprensión de los problemas ecológicos, para luego incorporarlos en la crítica de la economía política, su proyecto principal en términos intelectuales y políticos. Y por eso, en gran medida, se ocupó de esos asuntos ecológicos y dejó de lado la conclusión de *El capital*, su obra maestra.

Cuestiones polémicas en la obra de Kohei Saito

Aunque el subtítulo del libro comentado es *El ecosocialismo de Karl Marx*, al final proporciona pocos elementos que permitan asumir como válida tal caracterización. Eso es lo que hace en tres libros posteriores, o mejor dos, porque un mismo libro ha sido publicado con títulos diferentes. Esos libros son *El capital en la era del Antropoceno*, luego publicado con el título *Slow Down. Como el decrecimiento puede salvar el planeta* y, por último, *El capital desde cero*⁶.

Aunque en su primer libro quedaron sobre el tinte muchos asuntos que generan bastante polémica, tales como insinuar que Marx fue el primer ecosocialista *avant la lettre* (o sea, de manera anticipada), que llegó a considerar la contradicción capital-naturaleza e incluso a bosquejar el cambio climático, como un efecto de la expansión mundial del capitalismo. Algunas de esas cuestiones fueron mencionadas y poco desarrolladas o tan solo se insinuaban. Sin embargo, en los dos libros más recientes existe un planteamiento claro y directo, y por supuesto bastante polémico. Para empezar, allí se dice sin eufemismos

⁶ Kohei Saito, *El capital en la era del Antropoceno*. Una llamada a liberar la imaginación para cambiar el sistema y frenar el cambio climático, Randon House, Barcelona, 2022. Este libro fue republicado como *Slow Down. Cómo el decrecimiento puede salvar el planeta*, Randon House, Bogotá, 2025. Y, por último, *El capital desde cero*, Bellaterra, España, 2025.

que Marx fue el primer ecosocialista y, lo que es más discutible, que además predicaba un “comunismo decrecentista”.

Aquí deben hacerse varias precisiones. Es loable el esfuerzo del joven pensador japonés por escribir en una forma sencilla, para un gran público, asuntos relacionados con la catástrofe ecológica y climática que genera el capitalismo y que eso lo haga desde una perspectiva marxista y anticapitalista. Y es loable también que se intenten relacionar aspectos teóricos, originados en la obra de Marx, algunos de los cuales se plasmaron en su primer libro, analizado antes, con los problemas ambientales de nuestro mundo. De la misma forma, es interesante que se hagan propuestas encaminadas a superar la debacle capitalista, con sus consecuencias negativas en todos los terrenos, incluyendo la destrucción de la naturaleza y que eso se formule desde el “comunismo decrecentista”.



Algunos elementos que generan muchas dudas están referidos a una mirada anacrónica y extemporánea a la obra de Marx, hasta el punto de que proyecta hacia él, desde nuestro presente, asuntos y problemas que este no podía ni siquiera vislumbrar porque no eran propios de su tiempo histórico. Y nos referimos al intento, forzado e innecesario, de decir que Marx era ecosocialista, cuando en el siglo XIX dicho término ni siquiera existía y, mucho menos, podía ser considerado como un concepto al que se hubiera acercado Marx. El ecosocialismo es una corriente intelectual, y sobre todo política, que se viene gestando y consolidando en las últimas décadas, en pleno siglo XXI

cronológico. Y aunque se sustenta en los esbozos ecológicos de Marx, Engels y otros pensadores revolucionarios de todos los continentes y de diversas épocas, no resulta muy convincente catalogar a Marx como ecosocialista, si por tal se entiende que ya en el revolucionario de Tréveris existió una crítica ecológica muy depurado del capitalismo. Sí, en su obra hay bosquejo y acercamientos interesantes, incluso desde su juventud, como se plasmó en sus *Manuscritos económicos y filosóficos* de 1844 y en otros textos, en los cuales habla de Fuerzas Productivas-destructivas, o que los seres humanos mediante el trabajo humanizamos la naturaleza y, por esta acción, constituimos una naturaleza humanizada. Esto es una cosa, pero resulta muy forzado catalogar a Marx como un ecosocialista en toda la extensión de la palabra.

Y todavía resulta más cuestionable calificar el proyecto de Marx, a partir de las reflexiones y lecturas que realizó en los últimos años de su prolífica existencia, como el de un “comunista decrecentista”. Esto ya es un exabrupto, porque en tiempos de Marx el decrecimiento no aparecía en el horizonte intelectual, que nosotros sepamos, prácticamente de nadie, en ningún lugar del mundo. El decrecimiento es un planteamiento muy reciente en términos teóricos, por lo que no es muy preciso proyectarlos hacia el propio Marx, como cuando Saito sostiene que “el comunismo decrecentista” fue esbozado por Marx “en sus últimos años”. O en otra parte, “la concepción del comunismo propia de los últimos años de Marx se convierte en un ‘comunismo del decrecimiento’”. En esa dirección, es muy discutible el planteamiento del autor cuando sostiene:

El comunismo decrecentista no es sino la nueva interpretación de la visión de la sociedad futura del último Marx, nunca antes propuesta. No lo comprendió ni siquiera su amigo Engels. El resultado fue que la visión histórica de Marx ha permanecido malinterpretada hasta ahora, como una visión unilineal de la historia como progreso y los supremacistas de las fuerzas productivas impusieron el paradigma de las ideas de la izquierda.

Por culpa de ello, durante 150 años desde la publicación de *El capital*, el marxismo no pudo

⁷ K. Saito, *El capital desde cero...*, pp. 127 y 135.



criticar los problemas medioambientales como la contradicción fundamental del capitalismo y contribuyó con ello a agravar el problema ambiental del Antropoceno hasta el extremo que padecemos en el presente⁸.

Esta rotunda afirmación es muy unilateral y cuestionable, porque si bien es cierto que la mayor parte de marxismos históricos, e incluso de diversas concepciones revolucionarias (como el anarquismo), se ha rendido un culto a las fuerzas productivas, como hoy se sigue predicando en la República Popular China, eso no quiere decir que no hubieran existido pensadores marxistas que iban contra la corriente en ese terreno (José Carlos Mariátegui, Walter Benjamin, Rosa Luxemburgo...). Y, además, es desconocer que en las últimas décadas pensadores de afiliación marxista (entre otros, James O'Connor, Michael Löwy, John Bellamy Foster) han contribuido a precisar las características de la contradicción capital-naturaleza y a delinear los aspectos centrales de lo que se está configurando como un fértil marxismo ecológico.

Y plantearlo de una forma tan drástica como lo hace Sayto es desconocer el curso real, y los problemas que han tenido que afrontar, los diversos proyectos revolucionarios, siempre en difíciles condiciones materiales, dado que las revoluciones

se dieron en países que no tenían un gran desarrollo tecnológico capitalista y en esas condiciones tuvieron que asumir tareas encaminadas a superar esas limitaciones materiales, lo cual tuvo un gran costo humano y ambiental. Y esto además se dio en un ambiente de cerco imperialista-capitalista y de una exacerbada lucha de clases, tanto en los planos internos como internacionales. Por eso, resulta muy prematuro y discutible, plantear con tanta seguridad un "Goodbye Lenin", como se titula el capítulo 5 de su libro *El capital desde cero*.

Otro elemento teóricamente discutible radica en que el autor asuma la retórica del Antropoceno, una noción propia de diverso tipo de apologistas del capitalismo, empezando por la conservadora comunidad científica, entre la que se incluyen algunos Premios Nobel. No se asumen las críticas que se hacen a dicha noción y las propuestas alternativas, en las que se incluye el uso de la categoría de capitaloceno. En esa perspectiva resulta muy limitado afirmar que ante la múltiple crisis de nuestro tiempo se "necesita una nueva interpretación de Marx en esta era de crisis ambiental llamada Antropoceno"⁹. Parecería más lógico hablar de capitaloceno, para romper con una falsa ingenuidad que atribuye a todos los seres humanos el mismo grado de responsabilidad en la destrucción ambiental y en el vuelco climático en marcha.

⁸. K. Saito, *El capital en la era del Antropoceno...*, p. 165.

⁹. K. Saito, *El capital en la era del Antropoceno...*, p. 123.

El proyecto pedagógico del neofascismo en clave hispanoamericana



Sergio De Zubiría Samper

Profesor Doctorado en Bioética

Universidad El Bosque

Presidente Fundación Walter Benjamin para la Investigación Social

La extrema derecha y el neofascismo han declarado su denominada “batalla cultural” para disputar el “sentido común” de las poblaciones y, en este trasegar, han consolidado un núcleo pedagógico orientado a su “guerra y combate”. Debemos construir alternativas político-culturales para confrontarlos; sin embargo, paradójicamente, esas respuestas aún son inconsistentes. El pensamiento crítico debe detectar y prevenir el fascismo en el campo educativo para poder afrontarlo y combatirlo en sus distintas dimensiones sociales y culturales. Se trata de avanzar hacia una vida no fascista y una pedagogía antifascista.

En los *Cuadernos de la Cárcel*, A. Gramsci, no utiliza el término “batalla cultural”, pero ante la problemática de la construcción de hegemonía utiliza categorías como “reforma cultural”, “frente cultural”, “movimiento cultural”, “dirección cultural y moral”. La extrema derecha ha puesto en circulación, supuestamente inspirados en Gramsci, el término fetiche “batalla cultural”. Un significado plenamente instrumental y bélico, retomado acriticamente por las nuevas derechas, que copian de A. Lage sus tres características: la cultura no es simplemente el fin de una batalla cultural, sino también el medio; supone un conflicto cultural de cierta magnitud que desemboca en la “instanciación de lo político”; la batalla exige esfuerzos racionales para “conseguir la victoria”. Los medios se transmutan en fines, el conflicto se subsume en un lenguaje bélico y la finalidad de la “batalla cultural” es la victoria. Se trata de una noción que evoca la resignificación que hizo Hitler, en *Mi Lucha*, del término alemán *Kulturkampf* (“lucha cultural y racial por la existencia del pueblo alemán”). Algunas manifestaciones de esta extrema derecha, para edulcorar la asociación con un lenguaje militarista, prefieren utilizar el término “contrarrevolución cultural”, pero la intencionalidad es la misma.

El presente artículo pretende realizar la aproximación a una cartografía de las estrategias político-pedagógicas del neofascismo contemporáneo, en clave

hispanoamericana. Concebimos estas “estrategias político-pedagógicas”, inspirados en C. Wanschelbaum, como aquellas acciones, discursos y prácticas, que van desde intervenciones político-culturales y mediáticas hasta las más elaboradas políticas educativas buscando construir un sentido común acorde a las necesidades de un orden social profundamente desigual y violento. Estas estrategias operan en diversos espacios sociales y no se limitan a la acción de los gobiernos. Reconociendo la importante disputa terminológica y política, utilizamos la noción de “neofascismo” para destacar su “historicidad” desde el “fascismo clásico o histórico” a las condiciones actuales de su emergencia; no se trata de una simple repetición, sino de una adaptación que combina elementos tradicionales y nuevos; el fascismo contemporáneo es una reconfiguración del autoritarismo bajo la apariencia de democracia; fascismo no es un concepto que se ajuste a una experiencia particular, sino que es un poder de dominación que atraviesa un movimiento planetario. Las derechas contemporáneas exhiben una suerte de “división creadora” entre la derecha convencional, el neoliberalismo autoritario, los libertarios, la extrema derecha y el neofascismo. Estas corrientes, aunque diferenciadas entre sí, tienden a incorporar, a escala planetaria, diversos “rasgos fascistas”. Sin embargo, se trata de movimientos que no se autodefinen como fascistas y que, por lo general, rechazan tanto esta definición como su identificación con el fascismo.

La extrema derecha y el neofascismo han declarado su denominada “batalla cultural” para disputar el “sentido común” de las poblaciones y, en este trasegar, han consolidado un núcleo pedagógico orientado a su “guerra y combate”. Debemos construir alternativas político-culturales para confrontarlos; sin embargo, paradójicamente, esas respuestas aún son inconsistentes. El pensamiento crítico debe detectar y prevenir el fascismo en el campo educativo para poder afrontarlo y combatirlo en sus distintas dimensiones sociales y culturales. Se trata de avanzar hacia una vida no fascista y una pedagogía antifascista.

Postulamos que es posible hablar en clave hispanoamericana, porque existen investigaciones relevantes sobre sus manifestaciones tanto en el continente latinoamericano como en la península ibérica. Contamos con dos trabajos relativos a estos dos contextos que pueden orientar investigaciones y reflexiones futuras; exploran la realidad argentina y las circunstancias españolas en la perspectiva de la



penetración en el campo educativo de las ideologías que sustentan el neofascismo. El trabajo de E. Díez Gutiérrez *Pedagogía Antifascista* (2022) y la obra de C. Wanschelbaum *El proyecto pedagógico-político del Neofascismo* (2025). Debemos promover pesquisas que puedan detectar y confrontar la especificidad del neofascismo educativo colombiano, como también develar las instituciones, centros de investigaciones, tanques de pensamiento y colectivos que desarrollan estas tareas ideológicas.

El presente escrito expone las “estrategias político-pedagógicas” u “obsesiones más pregonadas” detectadas y develadas en las dos investigaciones anteriores. Se trata de establecer y reconocer una especie de coordenadas de alertas frente a la presencia de indicios de pedagogías neofascistas. En la línea del iluminador texto de Umberto Eco, publicado en 1995, sobre *El fascismo eterno* y sus características, algunas de sus catorce claves mantienen una notable vigencia: el culto a la tradición; el rechazo de lo moderno; el culto a la acción por la acción; la consideración del desacuerdo como traición; el miedo racista a la diferencia; la apelación constante a la frustración social como mecanismo de movilización; la obsesión

con una conspiración; la construcción de los enemigos, simultáneamente, como fuertes y débiles; y el uso de una especie de neolengua, caracterizada por un vocabulario empobrecido y una sintaxis elemental que obstaculizan el razonamiento complejo y crítico. En este contexto, necesitamos cartografías del mundo hispanoparlante, así como estudios de alcance nacional y regional, que permitan identificar y combatir el avance del neofascismo en el ámbito educativo.

Este artículo se divide en dos partes. En la primera enumeramos y describimos brevemente las “obsesiones más pregonadas” por el neofascismo pedagógico en el contexto español. En la segunda parte relatamos y describimos las “estrategias político-pedagógicas” en el contexto argentino. En esta exposición podremos identificar rasgos comunes con otras latitudes, porque estamos convencidos de la escasa originalidad de las ideologías de derecha contemporáneas y de la existencia de una internacional de esta extrema derecha que se presenta al público con el inofensivo título de *Conferencia de Acción Conservadora* (México, 2024).

Obsesiones para alterar y conquistar el “sentido común”

Para Díez Gutiérrez, la penetración neofascista en la educación española ha consolidado una “agenda” y existen institutos para su expansión y consolidación. Algunas de esas instituciones son: Instituto Superior de Sociología, Economía y Política (ISSEP); Fundación Disenso (*think tank* del partido Vox); Instituto de Política Social (IPS); Instituto de Liderazgo Blas de Lezo. Este último, acusa en las redes sociales a la OMS y a la ONU de ser “agencias criminales” y su presidenta equipara el aborto con el nazismo. La Fundación Disenso oferta un programa para formar “jóvenes líderes” preparados para combatir el “avance del comunismo” y “reconquistar” la “Iberosfera”, un neologismo fetiche del partido Vox, que remite a España, Estados Unidos y América Latina.

Según este investigador esta “agenda neofascista” española contiene unas “obsesiones” reiteradas, que en el fondo son los objetivos estratégicos de su “batalla cultural” o “contrarrevolución cultural”. El carácter obsesivo, dogmático y prejuicioso, hace parte constitutiva de los rasgos de la “personalidad autoritaria” analizados por los estudios de la Escuela de Frankfurt, desde la década del cincuenta del siglo XX y coordinados por T. Adorno. Las principales “obsesiones” son: (a) Erradicar lo que denominan adoctrinamiento en la educación e implantar “su doctrina”; (b) Combatir lo que califican de “marxismo cultural”, identificándolo con libertad de conciencia y expresión, los derechos humanos y el análisis crítico; (c) Desterrar el “virus” de la “ideología de género” de las escuelas; (d) Recuperar un mítico pasado de orden, por la supuesta existencia de autoridad y control, que garantizan las tradiciones culturales nacionalcatólicas. Para lograr estos objetivos estratégicos implementan siete “ejes obsesivos”, cada uno con microdispositivos bastante detallados.

El primer “eje obsesivo” es la subsunción de la acción de “educar” con “adoctrinar”. Para el neofascismo ac-

tual todo lo que no es su ideología es calificado de adoctrinamiento; lo que no sea adoctrinar en su “credo” es parte de una conspiración contra su “doctrina”. A su adoctrinamiento lo denominan “libertad”, educación legítima en “valores tradicionales”, mientras cualquier otra forma de educación es denominada “adoctrinamiento”. El neofascismo educativo español pretende restaurar en las escuelas lo que denominan “valores patrios”, identificando la “patria” con el ejército y la educación con la bandera. Este eje se acompaña de dos dispositivos bastante eficaces. En primer lugar, un “pin de censura educativa” que opera sobre y para controlar la educación pública, el cual persigue varios objetivos: acusarla de labores de adoctrinamiento; centrar el debate en la prioridad de la decisión individual que tiene el progenitor; sembrar la sospecha sobre la labor del profesorado socavando la relación de confianza entre la familia y los docentes; impulsar el miedo y la prevención dentro de profesorado que empieza a sentirse acosado y amenazado; hacer girar la agenda mediática alrededor de estos aspectos para ocultar los retos centrales de la educación. En segunda instancia, consolidación de estrategias de “lawfare educativo” a través de judicializar la escuela pública mediante denuncias de profesionales y centros, como también el constante acoso judicial contra los valores democráticos e inclusivos de una escuela abierta, libre y plural.

El segundo “eje obsesivo” lo constituye el acoso a la educación pública. El neofascismo busca sembrar en la sociedad una profunda desconfianza hacia ella. Además de acusarla de supuesto “adoctrinamiento”, difunde la idea de que en las instituciones educativas existe un exceso de diversidad y de pensamiento crítico, un supuesto desarraigo de los valores de la “familia” y una insuficiente “vigilancia y control” sobre el profesorado. Desde esta perspectiva, pretende censurar la labor docente y ampliar los mecanismos de vigilancia sobre los profesionales de la educación pública. Esta ofensiva se dirige, de manera paralela, contra la educación pública y contra quienes la

Para el neofascismo actual todo lo que no es su ideología es calificado de adoctrinamiento; lo que no sea adoctrinar en su “credo” es parte de una conspiración contra su “doctrina”. A su adoctrinamiento lo denominan “libertad”, educación legítima en “valores tradicionales”, mientras cualquier otra forma de educación es denominada “adoctrinamiento”.

El proyecto político-pedagógico del neofascismo propende por ampliar un consenso de sentido común favorable a la liberalización, mercantilización y privatización de la educación. Establece una interdependencia entre las “fuerzas del mercado” y la supuesta garantía de la libre elección educativa: un sofisma que postula que, a mayor regulación por parte del mercado, mayor sería la “libertad educativa”. La estrategia para depositar la educación en las “fuerzas del mercado” se despliega a través de las siguientes acciones: presentar la educación pública como un sistema en colapso generalizado; sostener que aquello que no produce resultados eficientes debe ser desfinanciado; implementar una descentralización funcional; y fomentar la participación privada y las políticas educativas de focalización.

ejercen profesionalmente. Al mismo tiempo, vulnera los derechos y los intereses de niños, niñas y adolescentes, pues, más allá de las responsabilidades y convicciones de las familias, existe el derecho de los menores a acceder a una educación integral, en condiciones de igualdad y libertad. Esto incluye la posibilidad de conocer perspectivas y alternativas distintas de los prejuicios particulares de sus familias.

Otro eje gira en torno a la configuración de una particular “educación patriótica militar”. Se trata de un patrioterismo militarista que exalta unos supuestos símbolos de la “nación”, concebidos y representados desde una lógica bélica, así como figuras patriarcales e hipermasculinizadas que, en el caso español, recuperan la imagen paródica del “macho ibérico”. Avalan la sentencia romana *Si vis pacem, para bellum* (“Si quieres la paz, prepara la guerra”), que evoca el programa de seguridad de Trump que entre sus principios centrales introduce el siguiente: “La paz mediante la fuerza: la fuerza es la mejor disuasión”. Se construyen enemigos de la “nación” como alteridades negativas para preparar la guerra. El mecanismo social de fabricación de alteridades negativas no es una novedad en la vida social, pero su dimensión exponencial sí lo es. La lógica neofascista actual convierte a demasiados “otros” en enemigos para odiar y liquidar: los pobres; los negros; las mujeres; los homosexuales; el mestizaje; los pensionados; los terroristas; los intelectuales; los que piensan distinto, etc. A ellos hay que enfrentarlos con esa “educación patriótica militar”.

El cuarto “eje obsesivo” es una educación en la “doctrina católica”. Una versión de la religiosidad que ha producido investigaciones urgentes y preocupantes. El teólogo español Juan J. Tamayo, en su libro *La Internacional del odio*, analiza un sesgo “cristoneofascis-

ta” como una alianza entre el neofascismo legitimado por el capitalismo y el fundamentalismo integrista religioso, que coincide con la acelerada expansión de las iglesias evangélicas neopentecostales, con gran presencia en Latinoamérica, existiendo ciertas coincidencias entre el evangelismo neopentecostal y el nacionalcatolicismo español. La teóloga alemana Dorothee Soell, profesora del Seminario Teológico de New York, acuña el término “cristofascismo” como constatación de una utilización instrumental de la religión para alcanzar objetivos fascistas fomentando el odio mediante discursos como las estructuras familiares binarias, la exaltación de la propiedad privada, la supremacía racial blanca, el libre mercado, el militarismo, el sexismo y la explotación de los países colonizados. La presencia de una religión exclusiva o dominante en la escuela, cualquiera que ella sea, cuestiona severamente la convivencia, la solidaridad e incrementa la segregación. La obsesión por la catequesis y los dogmas, como plantea Tamayo, promueve el fundamentalismo, el androcentrismo, el patriarcalismo y el dogmatismo, convirtiendo el cristianismo en un “arma” contra la convivencia, la solidaridad, la diversidad y el multiculturalismo.

Un quinto eje lo conforma una tipología del “educar” en la desmemoria y la contramemoria. El dispositivo para enterrar y ocultar el pasado de forma selectiva es constitutivo de todo fascismo con el propósito de borrar de la memoria colectiva de la devastación, los crímenes y genocidios producidos por el propio fascismo; configuran un pacto de silencio y desmemoria para evitar reabrir lo que denominan las “viejas heridas”. Es más conveniente para su proyecto no recordar que recordar demasiado. En la situación española usan mensajes como “No al odio de otros siglos” o “No a la memoria obligatoria”, combatiendo

el deber de la memoria plasmado en las distintas declaraciones del derecho internacional y de los derechos humanos. Esta desmemoria va acompañada de una batalla de “contramemoria histórica” para realizar una historia reaccionaria y conservadora de los sucesos históricos. Supuestamente, la historia contada por las tradiciones liberales y de izquierda es adoctrinamiento y falsedad. Parte central de la cruzada educativa del neofascismo es hacer una historia a la medida de sus sesgos y prejuicios, pero también introducir temas “tabú” en la narración histórica.

Otro eje obsesivo es expandir una “educación” neomachista. Las extremas derechas neofascistas convergen en la lucha contra los avances en la igualdad entre hombres y mujeres y en los ataques a las conquistas cruciales del movimiento feminista. Condensan su rechazo en torno a un término fetichizado: “ideología de género”, que abarca desde el ataque al derecho a la interrupción voluntaria del embarazo hasta una furia virulenta contra el feminismo. Se trata de un término que aglutina las siguientes obsesiones del neofascismo educativo: el rescate de un neomachismo “sin complejos” -recuperación del rol masculino tradicional, la agresividad y la bravuconería-; el rechazo frontal de las conquistas del feminismo; la oposición a las leyes sobre violencia de género, y el rechazo del lenguaje inclusivo. Se oponen a las leyes contra la violencia de género, sosteniendo que estas formas de violencia son producto de hombres con enfermedades mentales y que nada tienen que ver con la cultura patriarcal en la que vivimos. También libran una batalla por la eliminación del lenguaje inclusivo, que busca visibilizar a las mujeres en la comunicación oral y escrita.

En últimas, para la versión neofascista, el feminismo constituye una “representación fraudulenta” de las mujeres verdaderas. Como en toda educación fascista, el “neomachismo” está íntimamente conectado con el racismo y la xenofobia. El fascismo se alimenta de la división entre un “nosotros”, del que ellos se sienten líderes, y un “otro” peligroso que amenaza la “nación”, la “estabilidad”, el “orden” y la “seguridad”. No existe fascismo sin un estado de alerta permanente frente a la confrontación con ese “otro” y “diferente”.

El séptimo “eje”, para Díez Gutiérrez, muy conectado con la perspectiva neoliberal, consiste en una educación basada exclusivamente en el

“triunfo individual”. Su objetivo central busca la exaltación de la competitividad y el triunfo individual meritocrático configurando un sistema donde las víctimas son culpabilizadas por su fracaso y se exalta a los vencedores porque ellos han sido capaces de triunfar por sí mismos. En este momento se convierten en hermanos gemelos el capitalismo y el neofascismo. Sus microdispositivos son múltiples y son determinantes en la supervivencia del neofascismo. Algunos de ellos son los siguientes: pedagogía del egoísmo; ideología del esfuerzo; lo que importa es el talento; educación “meritocrática”; el cambio está en el interior. Esta pedagogía meritocrática genera una “moral de soberbia” o “superioridad moral” entre los triunfadores y una “moral de resentimiento” entre los que son etiquetados como perdedores; para el neofascismo es funcional e indispensable producir subjetividades poco empáticas, competitivas y crueles. “Este modelo corroe el carácter, nos educa en el egoísmo y la insolidaridad radical. Es más, la ideología del éxito, de la persona “que no debe a nadie”, genera la desconfianza, incluso el resentimiento o el odio hacia los pobres que son perezosos, hacia los viejos que son improductivos y una carga, hacia los inmigrantes, que quitan el trabajo, o hacia quienes fracasan en la escuela, que quitan el tiempo y atención del profesorado” (Díez Gutiérrez, 2022).



Imitar un Proyecto Político-Pedagógico Neofascista en Latinoamérica

Le educadora argentina C. Wanschelbaum ha investigado estrategias comunes en países como Argentina, Brasil y Estados Unidos para consolidar la “batalla cultural” del neofascismo hacia la construcción de hegemonía en nuestro continente. A partir de la recopilación de información empírica, análisis y codificación, logra sistematizar siete estrategias que se replican en los gobiernos de extrema derecha: (a) Una pedagogía de las fuerzas del cielo; (b) La pedagogía del *shock*; (c) Una pedagogía anticomunista; (d) Una pedagogía de guerra contra la educación pública; (e) Una pedagogía de la conspiración; (f) Una pedagogía del antimonopolio del Estado en la educación y por la libertad de enseñanza; (g) Una pedagogía de las fuerzas del mercado. La investigadora subraya una focalización en el análisis de Milei, porque considera que se ha convertido en un referente principal del neofascismo latinoamericano.

Una estrategia clave en los triunfos electorales y en el sostenimiento de las gestiones gubernamentales es la construcción de una narrativa basada en un discurso místico-religioso. Esta estrategia se desglosa en cinco puntos: un liderazgo mesiánico; los “actos de Dios”; el sujeto político-pedagógico; los y las jóvenes, y la cultura antidemocrática.

El líder es un “elegido” con una misión divina y cualidades excepcionales para cumplirla; la religión se convierte en un ins-

trumento de legitimación de esa “misión”. Estos líderes mesiánicos combinan elementos del judaísmo, el catolicismo y el evangelismo, y adoptan el lema “Dios, patria y familia”. Se articulan explicaciones y soluciones místicas a los distintos malestares sociales; de este modo, se tiende a desplazar la responsabilidad hacia abstracciones, lo que permite que las élites que detentan el poder evadan las críticas y mantengan el orden establecido como resultado de “actos de Dios”.

El objetivo es formar sujetos políticos inmersos en la infodemia, el odio y el miedo. Estas tareas se priorizan entre los y las jóvenes. Un objetivo central del neofascismo es generar una cultura antidemocrática desde abajo para lograr, a mediano plazo, legitimar formas antidemocráticas de poder desde arriba.

La pedagogía del *shock* consiste en generar un estado de ánimo de alarma social para instaurar un estado de malestar, desorden e inseguridad, para imponer unos cambios irreversibles e intempestivos. Como analiza N. Klein, se trata de una “doctrina” que instrumentaliza el ejercicio del poder del trauma para actuar contra los intereses de las grandes mayorías. Pretende avanzar en un consenso social para aplicar un temible tratamiento. Los *shocks* a gran escala conducen a regresiones masivas y crean las condiciones de posibilidad para que las personas se conviertan en presas fáciles de los “demagogos”. Un clima de alarma social tiende a convertirse en te-

rreno fértil para la represión y el autoritarismo.

En el contexto norteamericano y latinoamericano germina una pedagogía anticomunista. El neofascismo nativo identifica su lucha contra el comunismo con cualquier alternativa socialista, marxista, progresista o izquierdista. Dos aspectos de esa lucha anticomunista llaman la atención: en primer lugar, según su perspectiva, esas alternativas son un fracaso planetario, un absoluto desengaño; en segunda instancia, en su lucha cultural, consideran, que esas alternativas han triunfado. Una especie de ambivalencia, pero que rememora la característica enunciada por U. Eco de mostrar a los enemigos, al mismo tiempo, como débiles y fuertes. El antisemitismo del fascismo histórico es un medio de unificación autoritario de todas las fuerzas fascistas. Por ejemplo, Milei, en sus entrevistas simplificadoras sobre A. Gramsci, lo condena, pero afirma utilizarlo como herramienta para su “batalla cultural”. Sostiene que, supuestamente, sigue los lineamientos de Gramsci para intervenir en la cultura, la educación y la comunicación.

Utilizan una pedagogía de “guerra” contra la educación pública que se ha convertido en obsesión y causa principal de sus luchas. Acuñan el término de “guerra” porque el desmantelamiento de la educación pública es el trofeo mayor de la “batalla cultural”. Partiendo de una amalgama contradictoria de fundamentos del neoliberalismo, del anarcocapita-

lismo, del neoconservadurismo y amañadas interpretaciones del catolicismo, levantan el estandar de esa “guerra” contra la educación pública. Aplicando la “doctrina del *shock*” expanden una narrativa de tragedia, catástrofe y colapso de la educación pública a cargo del Estado. Un ataque sistemático y continuo contra la educación pública que tiene las más variadas y perversas tácticas: estrangulamiento financiero; desconfianza con la actividad docente; manipulación de los resultados de las pruebas internacionales; la supuesta mediocridad e ineficiencia de sus resultados, y privatización velada o directa, entre muchas otras.

En la base se encuentra una pedagogía de la conspiración que pretende instalar la idea que proclama que existe un modelo educativo público que adoctrina y se ha apoderado de las escuelas y las universidades. Según esta perspectiva, dichas instituciones inculcan exclusivamente contenidos de izquierda, feminismo, “ideología de género” y lenguaje inclusivo. Buscan convencer de que en la educación pública no existe “libertad de expresión” y de que los discentes son manipulados por ideologías de izquierda, comunistas y progresistas.

Se presenta así una supuesta conspiración del comunismo internacional. En particular, las universidades son concebidas como bastiones del “enemigo” y, por tanto, se promueve el miedo y el odio hacia todo aquello que cuestione los valores conservadores considerados verdaderos. Se repite que el “adoctrinamiento” proviene de las ideologías de izquierda, mientras se presentan



las políticas y acciones de los gobiernos de ultraderecha como neutrales y carentes de contenido ideológico. En el fondo, se pregona una escuela “sin ideología” con el propósito de promover una educación que adoctrine exclusivamente en su propia ideología, considerada la única válida y legítima.

Otra de las estrategias consiste en reeditar debates históricos sobre el papel del Estado y la familia en la dimensión educativa. Se presenta al Estado como el principal responsable de la crisis de la educación, dentro de su propósito de transformar de raíz el sistema educativo público; solo aceptarían un papel subsidiario del Estado, pero en ningún momento una función protagónica en el sistema educativo. Desde su perspectiva no es posible dejar la orientación de la educación en manos de sus “enemigos”. No excluyen totalmente al Estado, como en toda tradición neoliberal, pero debe reconfigurarse su responsabilidad y modos de intervención en el campo educativo. Las familias y los padres deben tener un papel central en el proceso pedagógico. La extrema derecha y el neofascismo convergen en su



oposición al monopolio estatal de la educación, que consideran incompatible con la “libertad” educativa. Rechazan cualquier concepción de la educación asociada con la gratuidad, el carácter laico, lo público y el bien común.

Por último, el proyecto político-pedagógico del neofascismo propende por ampliar un consenso de sentido común favorable a la liberalización, mercantilización y privatización de la educación. Establece una interdependencia entre las “fuerzas del mercado” y la supuesta garantía de la libre elección educativa: un sofisma que postula que, a mayor regulación por parte del mercado, mayor sería la “libertad educativa”.

La estrategia para depositar la educación en las “fuerzas del mercado” se despliega a través de las siguientes acciones: presen-

tar la educación pública como un sistema en colapso generalizado; sostener que aquello que no produce resultados eficientes debe ser desfinanciado; implementar una descentralización funcional; y fomentar la participación privada y las políticas educativas de focalización.

Los esfuerzos previos de producción investigativa hispanoamericana permiten orientar un diagnóstico sobre los ejes obsesivos y las estrategias del proyecto educativo neofascista. Asimismo, contribuyen a desarrollar investigaciones sobre sus manifestaciones y coordinadas específicas en las dimensiones nacionales y regionales. El pensamiento crítico debe identificar y prevenir el fascismo en el campo educativo para poder afrontarlo y combatirlo en sus distintas dimensiones educativas y culturales.

Referencias bibliográficas

- Díez-Gutiérrez, E. (2022). *Pedagogía antifascista: Construir una pedagogía inclusiva, democrática y del bien común frente al auge del fascismo y la xenofobia*. Octaedro.
- Gramsci, A. (2023). *Cuadernos de la cárcel* (A. J. Antón Fernández & A. Garrido, Eds.; A. J. Antón Fernández, Trad.). Akal.
- Laje Arrigoni, A. (2022). *La batalla cultural: Reflexiones críticas para una nueva derecha*. HarperCollins México.
- Wanschelbaum, C. (2026). *El proyecto político-pedagógico del neofascismo*. CALAS; Universidad de Guadalajara.



*El misterio detrás del
«tecnofeudalismo»: el neoliberalismo
de nuestros días*
[Cuarta parte]

José Francisco Puello-Socarrás
Escuela Superior de Administración Pública

(...) el pensador abstracto, en su contemplación de la naturaleza, aprende que los seres que él quería crear de la nada, de la pura abstracción, de la divina dialéctica, como productos puros del trabajo del pensamiento que se mece en sí mismo y no se asoma jamás a la realidad, no son otra cosa que abstracciones de determinaciones naturales... Él analiza de nuevo unas y otras abstracciones. Su contemplación de la naturaleza es únicamente el acto confirmatorio de su abstracción de la contemplación de la naturaleza, el acto genético, conscientemente repetido por él, de su abstracción.

K. Marx, Manuscritos Económicos y filosóficos de 1844

A pesar de su inverosimilitud sociohistórica y las inconsistencias teóricas (también metodológicas) de la propuesta de Varoufakis, la “tesis tecnofeudal” ha sido acogida con un renovado y un relativo fervor entre varios analistas. Aunque la “perspectiva feudal” está lejos de ser un “enfoque” novedoso, pues se trata de una literatura ensayada al menos hace tres décadas y que no deja de despertar suspicacias sobre su solidez, al ser una aproximación anfibológica especialmente débil, muchos narradores contemporáneos insisten en observar la transición final desde el capitalismo hacia una supuesta fase ahora etiquetada selectivamente como neo-feudalismo. Respaldando esta moda emergente algunos pensadores marxistas anticoloniales –entre ellos, Ramón Grosfoguel– suscriben la mirada tecnofeudal considerándola “útil” para descubrir el *statu quo* de la sociedad contemporánea¹.

Como fue analizado anteriormente, el tecnofeudalismo no solo fracasa por su incapacidad comprensiva (“com-prender”, aprehender lo fundamental de la realidad actual), sino también resulta frustrante desde sus potenciales explicativos, pues no ofrece una base analítica empírica (histórica) o teórica verosímiles. No obstante, sobre este asunto quedaría por resolver: ¿cuál es entonces el misterio detrás de esta errática etiqueta? ¿Por qué surge en medio de la crisis crónica por la que atraviesa actualmente el sistema social hoy vigente seduciendo acoger sus desvaríos?

No es neofeudalismo. ¡Es el neoliberalismo, estúpidos!

Si los pensadores fascinados por el tecno-neo-feudalismo simplemente hubieran acudido a una mirada crítica –desde el sentido radical de este adjetivo (“Ser radical es atacar el problema por la raíz. Y la raíz, para el hombre, es el hombre mismo.”, Marx *dixit*– sobre el capitalismo realmente existente y, sobre todo, hubieran atendido a un enfoque consistente sobre las expresiones que hoy en día son evidentes dentro de la actual fase neoliberal, todos

estos desvaríos –“hipótesis” y “tesis”– se hubieran disipado, descartándolas de plano. Maher (2026), por ejemplo, lo ha dicho con sencillez y claridad: *no es neofeudalismo, es hipercapitalismo*. Para coincidir con el contenido de esta percepción, la cual debería quedar mejor como una simple declaración desde el sentido común, ni siquiera habría que añadir más prefijos. Aquí, sin embargo, resultaría clave coincidir que bajo una definición mínima del neoliberalismo, este sería el momento social histórico en el cual el capitalismo registra la exacerbación de sus dinámicas –niveles nunca antes vistos en la explotación económica (progresiva y acelerada pauperización precarizada de los y las trabajadores), la dominación política (neofascismos), opresiones culturales en clave de las discriminaciones de clase, género (misoginias), étnico (xenofobias), etario, etc.–, pero sobre todo, una impronta de la que necesariamente hay que ocuparse: la exacerbación (casi irresistible, por lo tanto, crónica) de sus todas contradicciones. El “híper” al que se refiere Maher.

Varias expresiones del capitalismo realmente existente, el neoliberalismo hoy plenamente vigente, han venido siendo interpretadas apresurada y erráticamente como “señales inequívocas” de una nueva vieja época. Los tecno-neo-feudales sin orden ni concierto y con gravísimos déficits de imaginación (empezando por aquella *sociológica*, diría seguramente Wright Mills) anticipan el “regreso” *tecno* sin comprender que los signos escogidos con sesgo no se trataban, sino de auténticos síntomas de esta época capitalista. La ansiosa interpelación al “retorno” eclipsaría que los vistosos acontecimientos neoliberales significan justamente todo lo contrario: un avance –aún en su propia degradación– de la sociedad capitalista y no de otra. Los tecno-neo-feudales han fallado confundiendo el debate socioeconómico –ciertamente neurálgico– sobre la renta *en* el capitalismo (clarificado en un análisis anterior²), pero también han fundido y distorsionado inconvenientemente distintos hechos que son parte de la avanzada neoliberal o simplemente el tipo de neoliberalismo de nuestros días.

¹ En una entrevista reciente, Varoufakis ha sostenido, reculando y contrariando varias conclusiones plasmadas en su obra, que su propuesta «tecnofeudal» no quiso decir lo que él quiso escribir. Ver: (<https://www.youtube.com/watch?v=uuk5xwgmwpo>).

² Recientemente, Costa (2026) en *Mother of Capital* cuyo subtítulo es precisamente “How rent gave birth to modernity” [“Cómo la renta dio origen a la modernidad”] termina por destrozar en lo teórico y en lo histórico la pseudo-argumentación fiel a las desviaciones tecno y neo-feudales.



Por ejemplo, sería imposible concluir que la particular obsesión al CosPlay (*Costume play*) –escenificaciones de roles ficticiales donde se evocan y se recrean los tiempos medievales³–por parte de diferentes grupos simpatizantes de las tesis neoliberales especialmente en los círculos del llamado libertarismo de la *alt-right* podría siquiera sugerir una conexión con la (re)construcción social efectiva de un “nuevo feudalismo” contemporáneo. En *Capitalismo colapsado. Los radicales de mercado y el sueño de un mundo sin democracia* (2023), Slobodian le dedica un capítulo a este asunto: “El cosplay de la nueva edad media” señalando que:

(...) En las discusiones políticas, el cosplay a veces se usa como un término de burla para un tipo de política que es escapista, no comprometida con el mundo real. Pero como señala el propio Friedman, su propia respuesta a la Edad Media es única

en el sentido de que es real. Llevas la ropa de época, te salen ampollas en las manos por la espada, preparas y comes la comida medieval. De la misma manera, el LARPing histórico de los anarcocapitalistas tuvo resultados del mundo real. Nos invitan a especular, pero a hacerlo concretamente, a jugar de verdad (Slobodian, 2023).

Es cierto que este fetiche *recreacionista* de la Edad Media, visiblemente liderado por el hijo de Milton Friedman, David Director Friedman, viene siendo una práctica frecuente y relativamente extendida en distintos círculos de los Estados Unidos durante las últimas décadas a través de lo que se conoce como *Live Action Role Playing* (LARPing)⁴. Más allá de ser un mero juego de roles, el CosPlay o el LARPing tienen un significado político en lo que los neoliberales han elevado como una “guerra (contra)cultural”. Sin embargo, ninguna mentalidad habilitaría para pen-

³ El costume play ha sido una plataforma excéntrica para la difusión (contra)cultural neoliberal como recientemente es el caso del lumpeneoliberal argentino, J. Milei (ver nota en Clarín, 2019). También en la Universidad Francisco Marroquín se exponen maquetas de cartón en lo allá han bautizado como La Liga de la Libertad: un conjunto de standees donde aparecen Friedman, Rand, Mises, Hayek y otros neoliberales caracterizados como “super-héroes”. El cuento: “(bis) Nietos del maíz” se describen los detalles audiovisuales de esta muestra (aquí: <https://www.jfpolitics.com/vademecum/poemas-cortos/bis-nietos-del-maiz/>).

⁴ El pasado 23 de junio, David Director Friedman fue recibido en la Casa Rosada por J. Milei (Presidencia de la Nación Argentina, 2026).



sar en un “Nuevo Mundo Medieval”, literalmente hablando y más allá de ser un recurso exclusivamente retórico nunca tópico.

Lo mismo sucedería con la nostalgia que laten no pocos “traficantes de las ideas” neoliberales (como el propio Hayek los autodenominara) sobre las “virtudes” (políticas) del feudalismo e incluso las morriñas que siempre subrayan los supuestos “buenos tiempos” del Imperio Otomano, pues de Gordon Tullock a David Friedman este sería *el* esqueleto que lograría definitivamente concretar un mundo “anarcocapitalista”, “polilegal” y “poliárquico” (ver Friedman, D., 1978); en últimas, la *realización* de la distopía hayekiana en torno a la *demarquía*, la de-

formación de la democracia liberal en la clave del neoliberalismo.

De hecho, la propia idea de *gobernanza* –la cual hoy recorre el lenguaje común de distintas formas y expresiones y parece estar bastante extendida, aún bajo su usanza inconsciente– es una pseudo-noción que con mucho desconcierto desde la historia real y efectiva del medioevo, Hayek y Coase rescatan (deformaron) en su momento teniendo como referencia las modalidades del gobierno medieval, es decir, en sus anfibológicos términos, a “imagen y semejanza” de un Estado fuertemente estamental y una sociedad profundamente diferenciada y desigual, en lo que para ellos sería un paradigma muy productivo para

A pesar de su inverosimilitud sociohistórica y las inconsistencias teóricas (también metodológicas) de la propuesta de Varoufakis, la “tesis tecnofeudal” ha sido acogida con un renovado y un relativo fervor entre varios analistas. Aunque la “perspectiva feudal” está lejos de ser un “enfoque” novedoso, pues se trata de una literatura ensayada al menos hace tres décadas y que no deja de despertar suspicacias sobre su solidez, al ser una aproximación anfibológica especialmente débil, muchos narradores contemporáneos insisten en observar la transición final desde el capitalismo hacia una supuesta fase ahora etiquetada selectivamente como neo-feudalismo.

Resultaría clave coincidir que bajo una definición mínima del neoliberalismo, este sería el momento social histórico en el cual el capitalismo registra la exacerbación de sus dinámicas –niveles nunca antes vistos en la explotación económica (progresiva y acelerada pauperización precarizada de los y las trabajadores), la dominación política (neofascismos), opresiones culturales en clave de las discriminaciones de clase, género (misoginias), étnico (xenofobias), etario, etc.–, pero sobre todo, una impronta de la que necesariamente hay que ocuparse: la exacerbación (casi irresistible, por lo tanto, crónica) de sus todas contradicciones.

introducir (seguramente mejor: incrustar) en el marco de una sociedad progresivamente neoliberalizada. El término gobernanza, de hecho, se ha puesto de moda para referirse –consciente y, peor aún, inconscientemente– al tipo deseable de comando político neoliberal, es decir, ajustado a la reconstitución de las lógicas mercantiles en el gobierno institucional de los Estados nación, incluyendo la dimensión de las políticas “públicas” (en últimas, paulatinamente público-privadas) para garantizar (imponer) las decisiones e intereses del capital transnacional en las esferas nacionales que deberían someterse progresivamente a la desnacionalización.

El misterio detrás de todos estos delirios, sin embargo, podría no resultar tan delirante.

Las tesis tecno-feudales y neofeudales han sobreinterpretado y malinterpretado una reconfiguración concreta, hoy no solo galopante, sino también vigente, en el capitalismo contemporáneo. Las fusiones y confusiones del tecno/neofeudalismo no advirtieron el hecho según el cual el neoliberalismo de nuestros días avanza y se profundiza en torno a lo que Slobodian muy bien etiqueta como *Zonas*, las cuales directamente configuran “estados de excepción” en el marco histórico de los Estados-nación capitalistas (sin que ellos desaparezcan, pues solo se reconfiguran) y que también pueden ser referidas como un (neo)Colonialismo “al estilo Silicon Valley”.

Por ello,

(...) cometemos un error si vemos el mundo solo en este rompecabezas de naciones. De hecho, como nos recuerdan los estudiosos, el mundo moderno está marcado, perforado, hecho jirones

e irregular, desgarrado y pinchado. Dentro de los contenedores de las naciones hay espacios legales inusuales, territorios anómalos y jurisdicciones peculiares. Hay ciudades-estado, refugios (Nota: *havens* en el sentido de guaridas fiscales), enclaves, puertos libres, parques de alta tecnología, distritos libres de impuestos y centros de innovación. El mundo de las naciones está plagado de zonas, y definen la política del presente de maneras que apenas estamos empezando a entender (Slobodian, 2023).

En estos términos: ¿qué es una “zona”?

(...) En su forma más básica, es un enclave cortado de una nación y liberado de las formas ordinarias de regulación. Los poderes habituales de los impuestos a menudo están suspendidos dentro de sus fronteras, lo que permite a los inversores dictar eficazmente sus propias reglas. Las zonas son cuasi-extraterritoriales, distintas tanto respecto al Estado anfitrión como distintas de él. Las zonas presentan una variedad abrumadora: al menos ochenta y dos, según un recuento oficial. Entre las más destacadas se encuentran la zona económica especial, la zona franca industrial y la zona de comercio exterior (Slobodian, 2023).

Por supuesto, si acudimos a una imagen gráfica de este asunto (por ejemplo, el portal interactivo: <https://www.openzonemap.com/> ofrece esta opción, ver imagen N.º 1) estaríamos tentados a observar –sobre todo cuando se tienen cabezas eurocéntricas y particularmente acriticas de las dialécticas de la historia efectiva– una imagen-mundo que solo en lo superficial podría equipararse a los “feudos” me-

dievales. Sin embargo, en realidad se trata de un fenómeno específicamente del capitalismo tardío y plenamente neoliberal.

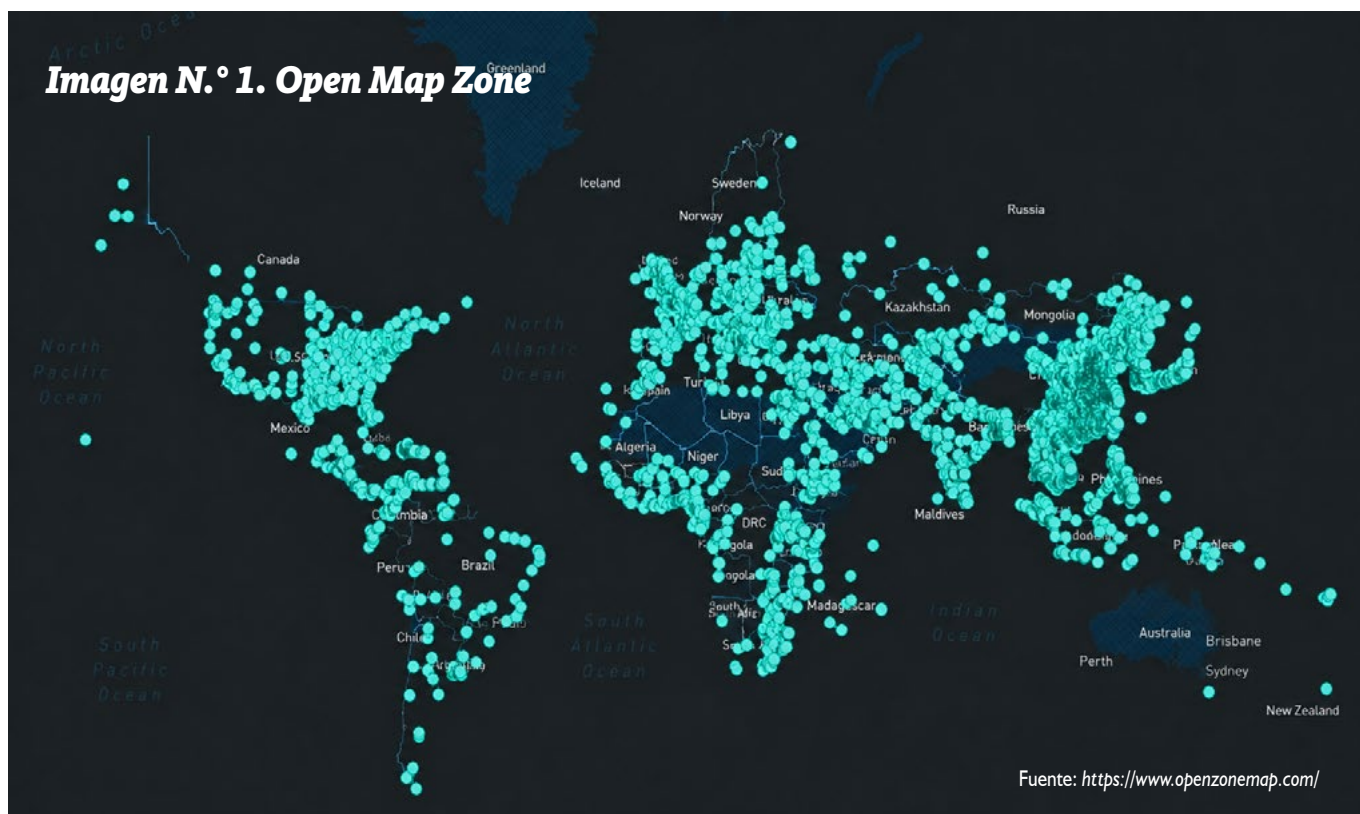
Hoy existen al menos 6 mil zonas o “microórdenes” neoliberales alrededor del planeta y la mayoría de ellas se ubican en Asia, América Latina y el Caribe y África; la mitad se asientan en China y poco más del 10% en los países del capitalismo central. Si se quiere, tal y como lo refiere el propio Slobodian, es la inversión de la frase del Che Guevara (crear “dos, tres Vietnams”), aunque ahora desde la aclamación del “paraíso de Milton” (Friedman) animado por la Sociedad Mont-Pèlerin de provocar: “dos, tres, miles de Hong Kongs”, el horizonte original que dio origen a esta figura en el neoliberalismo (ver Peck, 2021).

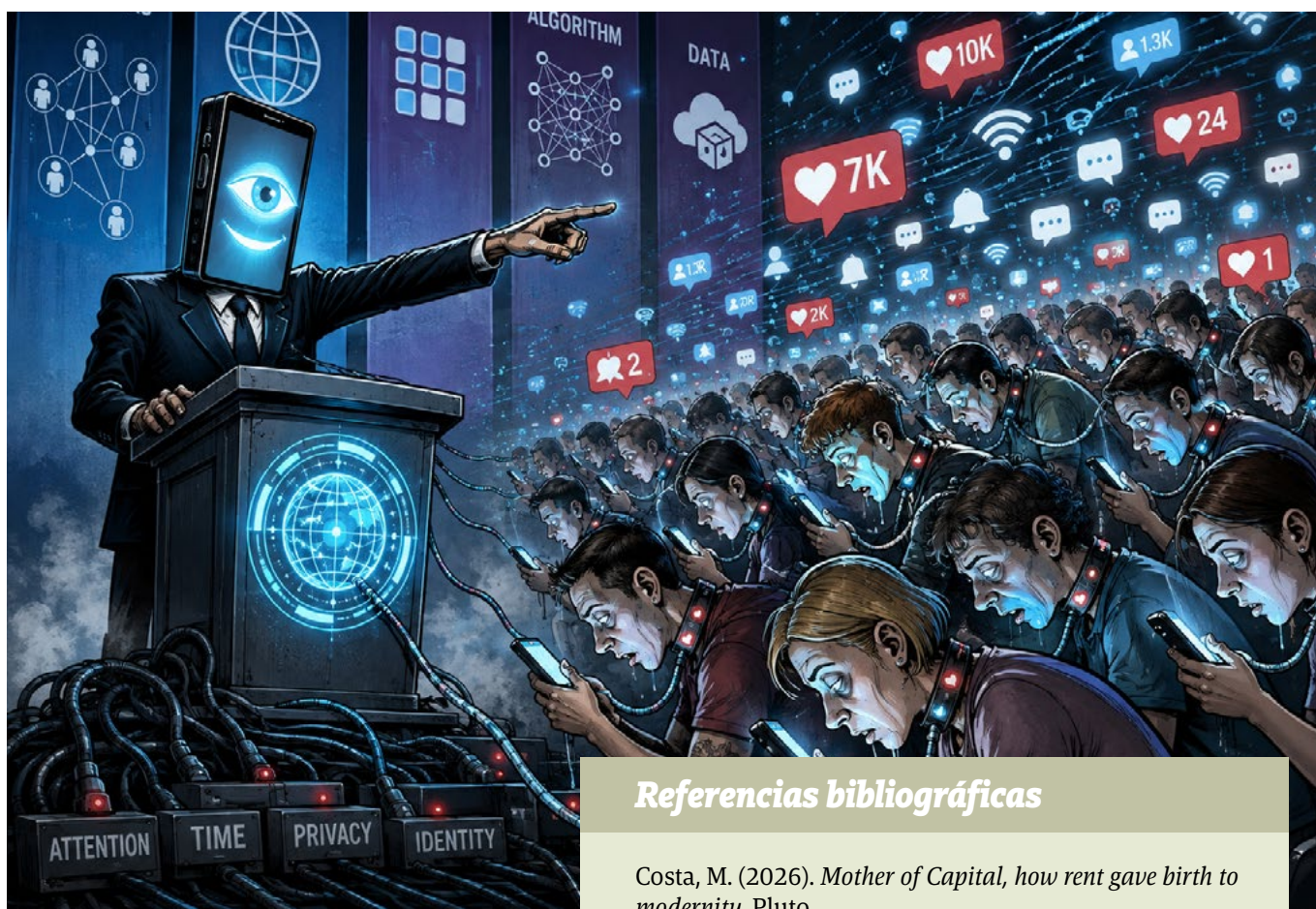
Habría que advertir que las Zonas no es un acontecimiento emergente extraño ni muchos menos críptico. No era una odisea intelectual ubicarlo y simplemente se necesitaban las anteojeras teóricas adecuadas y pertinentes.

En sus versiones menos elaboradas, las Zonas (“especiales”; y valga la anotación, ellas no se agotan en dinámicas “comerciales” o exclusivamente “económi-

cas”, pues implican cuestiones políticas, culturales, etc.) vienen (re)haciendo la arquitectura del neoliberalismo. Por caso, los (antes llamados) “Tratados de Libre Comercio” o los “Acuerdos de promoción” hoy en boga, así como los esquemas trans-atlánticos o trans-pacíficos (supuestamente en suspenso, porque todos ellos siguen adelante “por otros medios”) de ninguna manera avalan –por el contrario, falsean– que las imagerías de una virtual des-globalización o la vuelta hacia los regímenes “proteccionistas” tengan algún grado de verosimilitud económica o sentido político. Bajo la variedad cada vez más insospechada de todos estos formatos lo que sí se verifica (desafortunadamente) es la profundización de las (i)lógicas capitalistas y especialmente de las contradicciones neoliberales en el mundo actual fuera de cualquier retorno neo-tecno-feudal.

Para superar el Holocausto social (Max-Neef *dixit*) provocado por el capitalismo neoliberal se precisan, entonces, diagnósticos no solo comprometidos con el rigor (científico, intelectual, académico), sino también con la convicción (política) si de lo que se trata es de postular las vías alternativas reales y efectivas que al día de hoy son inminentes y especialmente urgentes.





Las tesis tecno-feudales y neofeudales han sobreinterpretado y malinterpretado una reconfiguración concreta, hoy no solo galopante, sino también vigente, en el capitalismo contemporáneo. Las fusiones y confusiones del tecno/neofeudalismo no advirtieron el hecho según el cual el neoliberalismo de nuestros días avanza y se profundiza en torno a lo que Slobodian muy bien etiqueta como Zonas, las cuales directamente configuran "estados de excepción" en el marco histórico de los Estados-nación capitalistas (sin que ellos desaparezcan, pues solo se reconfiguran) y que también pueden ser referidas como un (neo) Colonialismo "al estilo Silicon Valley".

Referencias bibliográficas

Costa, M. (2026). *Mother of Capital, how rent gave birth to modernity*. Pluto.

Friedman, D. D. (1978). *The Machinery of Freedom: Guide to a Radical Capitalism*. Arlington House Publishers.

Maher, S. (2026, mayo 25). It's Not Neofeudalism, It's Hypercapitalism. *Jacobin*. <https://jacobin.com/2026/05/neofeudalism-hypercapitalism-tech-production-economy>

Peck, J. (2021). Milton's paradise. Situating Hong Kong in Neoliberal lore. *Journal of Law and Political Economy*, 1(2).

Puello-Socarrás (2022). (bis) *Nietos del maíz*. Cuento. <https://www.jfpolitics.com/vademecum/poemas-cortos/bis-nietos-del-maiz/>

Slobodian, Q. (2023). *Crack-up capitalism. Market radicals and the dream of a world without democracy*. Metropolitan books.

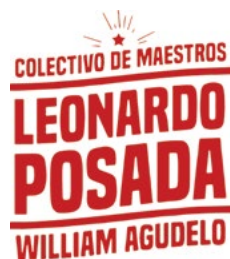
El Presidente Milei recibió al economista David Friedman. (2026, junio 23). Presidencia de la Nación Argentina. <https://www.argentina.gob.ar/noticias/el-presidente-milei-recibio-al-economista-david-friedman>

Javier Milei se vistió de superhéroe para «enfrentar a los keynesianos» y cuestionar al Gobierno. (2019, febrero 19). *Clarín*. https://www.clarin.com/espectaculos/fama/javier-milei-vistio-superheroe-enfrentar-keynesianos-cuestionar-gobierno_0_iSDW9lLa0.html

ESPACIO CRÍTICO EDICIONES

Publicación auspiciada por
Espacio Crítico Centro de Estudios
www.espaciocritico.com
ISSN-2215-8332

CON EL APOYO DE



Las opiniones emitidas por los autores no
comprometen al Consejo Editorial de la Revista.

Todo el contenido de esta publicación puede
reproducirse libremente, conservando sus créditos.



CONCEPTO GRÁFICO, DISEÑO Y MONTAJE:

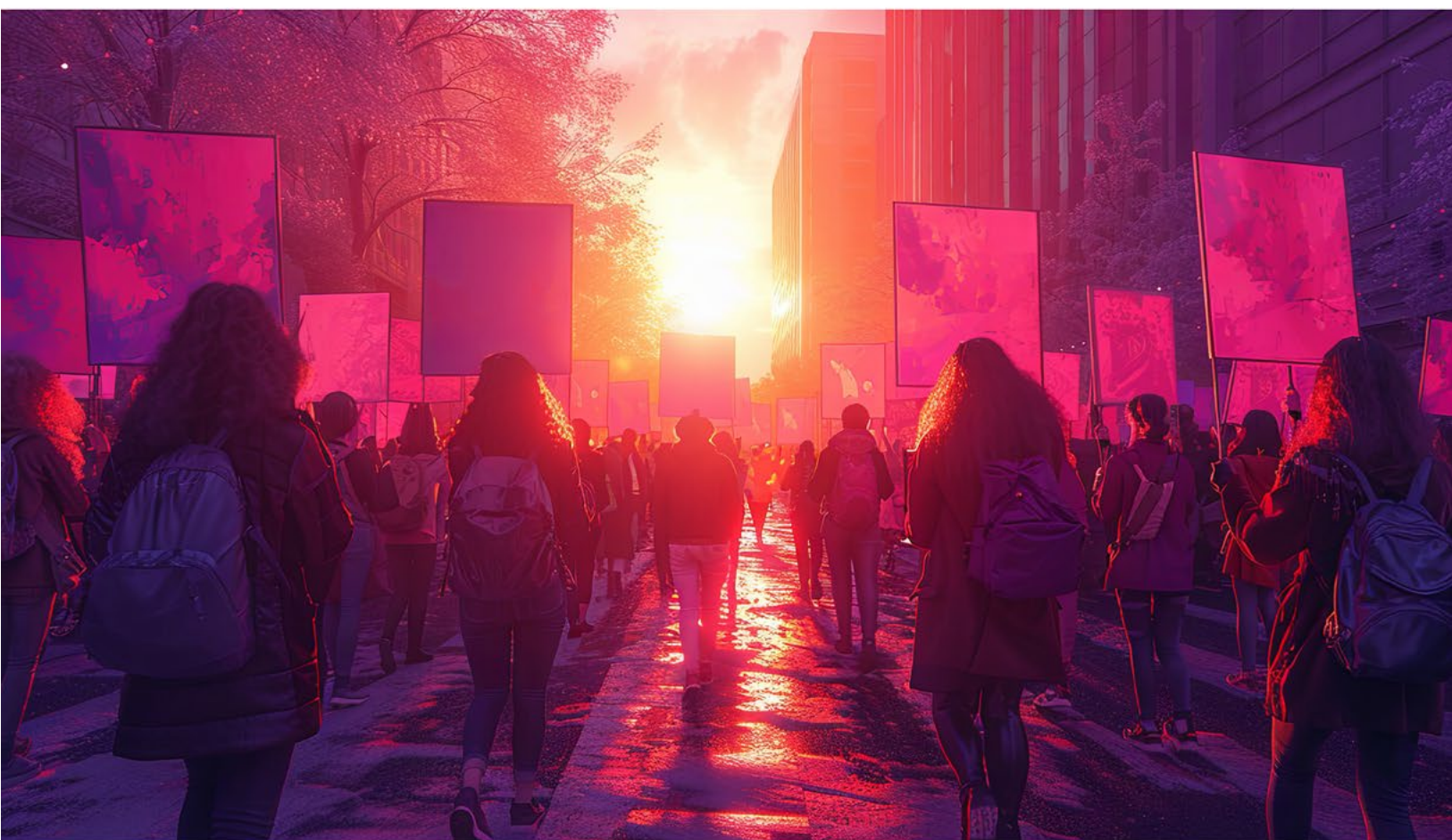
CARLOS ALÍES | ASTROLABIO STUDIO GRÁFICO

ILUSTRACIONES DIGITALES Y FOTOGRAFÍAS

CARLOS ALÍES | ASTROLABIO STUDIO GRÁFICO

En un momento en que la misma burguesía representaba la comedia más completa, pero con la mayor seriedad del mundo, sin faltar a ninguna de las pedantescas condiciones de la etiqueta dramática, y ella misma obraba a medias engañada y a medias convencida de la solemnidad de sus acciones y representaciones dramáticas, tenía que vencer por fuerza el aventurero que tomase lisa y llanamente la comedia como tal comedia.

Karl Marx



IZQUIERDA



<https://www.facebook.com/izqrevco>



https://x.com/izq_rev



<https://www.youtube.com/revistaizquierda>